



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

ELEMENTOS CRISTIANOS EN *SOBRE LOS ÁNGELES*

DE RAFAEL ALBERTI

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

**LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS
HISPÁNICAS**

PRESENTA:

INGRID GUADARRAMA OROZCO

ASESORA DE TESIS:

DRA. BLANCA ESTELA TREVIÑO GARCÍA



MÉXICO, D.F.

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria

A mi Dios, Yahweh, que me salva del cieno y la oscuridad para regalarme luces melódicas y darme un nombre.

ÍNDICE

Introducción	6
Capítulo I. Sobre la crisis	15
1. Una época convulsa	15
2. El poeta en crisis	16
3. Guerra civil en el poeta	23
4. La trinchera de la tradición	29
Capítulo II. Los viajes de <i>Sobre los ángeles</i>	31
1. Viaje poético	31
2. Viaje al pasado	32
3. Viaje a los rituales del pasado	37
4. Viaje del ritual al misticismo	46
5. Viaje hacia abajo	50
5.1 Fernando Savater y el descenso	50
5.2 Elementos bíblicos de las simas	55
Capítulo III. El alma como casa	58
1. “Desahucio”: El inquilino-dueño	58
1.1 Las moradas de santa Teresa	59
1.2 La casa alma bíblica	63
2. “El cuerpo deshabitado”: Ciudades derribadas	68
3. El ángel bueno: Reivindicación	70
4. “Madrigal sin remedio”: Falsa redención	71
Capítulo IV. Los ángeles	73
1. Ángeles anteriores a <i>Sobre los ángeles</i>	73
2. Ángeles buenos, albertianos y dañinos	74
3. Ángeles buenos	75
4. Ángeles albertianos	80
5. Ángeles dañinos	85
6. Ángeles ajenos a la voluntad humana	104

7. El ángel muerto y Cristo	105
Capítulo V. Paraíso frustrado	110
1. El mal minuto	115
2. Mentiras	119
3. Los sepulcros blanqueados	120
4. Antecedentes calcáreos	123
5. La pérdida del gozo	125
6. Renuncia	126
7. Vasos estrangulados	128
8. Los escombros	133
9. Pasos a la quiebra	138
10. Corrosión hasta el hundimiento	139
11. Sobrevivir sin gloria	143
Conclusiones	153
Bibliografía	157

INTRODUCCIÓN

A punto de terminar la tercer década del siglo XX, Rafael Alberti, poeta conocido por sus diáfanos y marinos versos, presenció el nacimiento de una poderosa hueste angélica que vendría a mudar los destellos de sus primeros poemas en ocre aullidos cuyo eco fraguó en los versos de *Sobre los ángeles*.

Las figuras angélicas han sido exploradas desde antaño y hasta nuestros días, pues la cultura, plagada de estos íconos, las ha hecho desfilar con tonalidades beatas y demoníacas, sin olvidar las que contienen un equilibrio de ambas: las humanas.

Los ángeles son, vistos por la cristiandad, esencialmente mensajeros de la fuerza de Dios¹, de su voluntad; por eso cuando Alberti explica que durante la escritura de *Sobre los ángeles*, éstos se le “revelaron [...] como irresistibles fuerzas de espíritu, moldeables a los estados más turbios y secretos de mi naturaleza”² nos ratifica ese carácter espiritual que los constituye y da cuenta del apego que su definición guarda con la concepción cristiana.

Por otro lado, con respecto a la moldeabilidad que refiere Alberti, Elémire Zolla considera que los ángeles benignos representan el ritmo de la belleza y que ese ritmo de belleza guarda influjos malignos, mutables en diabólicos cuando se presentan ciertos incentivos y en ellos: “[...] la violencia se oculta tras el rostro de la clemencia. Ésta es precisamente la belleza que obsesionó a Melville, la manifestación de Lucifer como ángel de esplendor”³; lo cual es una idea que nos permite comprender la segunda parte del concepto que tiene Alberti de sus ángeles: entes que se transforman de acuerdo al estado moral del hombre, fuerzas que acompañan, que podrían instigar, pero que no producen ni generan nada porque no son creadoras, sino compañeras; adheridas a la piel del poeta, pero sin dejar de ser visitantes que lo habitan y abandonan en tanto que se

¹ *Malák* en hebreo significa mensajero. Eugene E. Carpenter y Philip W. Comfort, *Glosario Holman de términos bíblicos*, p. 22.

² Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 246.

³ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 41.

desarrollan las diferentes transformaciones de éste, en tanto que los ritmos cambian.

En la tradición cristiana, no en la Biblia, se cuenta con ángeles mutables en sí mismos, que desarrollan los dos polos morales, uno de ellos es Sariel ⁴, del que aún hoy no hay claridad sobre si es un ángel caído ⁵ o un hijo de la luz ⁶.

Por su parte Zolla nos dirá en *Qué es la tradición* ⁷ que los ángeles se presentan a manera de fuerzas que están *con* el alma, sugiriéndole lo correcto y exhortándola a ejecutar cierta conducta, pero sin crear nada en ella, puesto que él único capaz de crear algo es Dios, él está *en* el alma, la habita y vivifica, se derrama en ella para perfeccionarla.

A partir de lo anterior reconocemos el fuerte vínculo, aunque no la total correspondencia, existente entre los ángeles cristianos y los que acompañan a Alberti, los que lo inspiran.

Zolla nos dirá también que muchas veces la inspiración angélica es moralmente negativa y que sólo seres sensibles como los poetas o locos pueden percibir su acechanza en ambientes cotidianos que casi nadie adivina malignos porque su maldad se expresa sutilmente en elementos desalmados, de mirada opaca, como la que se asoma, según Zolla, en “El corredor de la fábrica bajo el neón, en esas puertas iguales a igual distancia o en una valla de suburbio con los ladrillos colocados a plomada” ⁸; Alberti ciertamente los descubrió, logró descifrar las magras señales angélicas y exigió una explicación, para Zolla estas maldades sólo se explican con maldades precedentes a las que tendrá acceso:

Quien guste de ir retrocediendo de causa en causa anterior, debe llegar razonando, a la causa primera y última: en el infinito hallará el mal de los males. [...] Pero es un avanzar retrocediendo, no en el tiempo, sino en la esencia del mal, saliendo fuera del tiempo. Fuera de la historia profana, a la sagrada, cuyo espacio no es el común, sino es otro, creado por el rito y por el éxtasis ⁹.

Alberti está dispuesto a retroceder, a salir del tiempo y navegar por la historia sagrada en la barca del rito hasta que el éxtasis le muestre aquel mal de males,

⁴ Flora Macallan, *Ángeles*, p. 55.

⁵ El italiano Francesco Traini lo pinta como ángel caído.

⁶ En el libro de Enoc se le presenta como un ángel que penaliza a los que violan las leyes.

⁷ Elémire Zolla, *op. cit.*, p. 42.

⁸ *Ibidem*, p. 212.

⁹ *Idem*.

por eso en “Muerte y juicio” declara “Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni postura” (94) ¹⁰ yo añadiría que lo único que hace falta es el deseo de emprender el más largo y breve de los viajes por los pasadizos de su angélico trayecto mientras las imágenes aladas nos raptan para regalarnos el don que nos permita, como a Alberti, percibir la categoría espiritual de los pensamientos, para lo que Zolla aconseja: “reconocer ciertas inspiraciones constantes, ciertas permanentes, connaturales inspiraciones o espíritus, en fin, cierta voluntad de mal o de bien que provoca determinado movimiento en el interior” ¹¹.

Efectivamente, en los rostros de estos ángeles hay espíritus que discriminan entre el bien y el mal y no son pocos los críticos que han rescatado de los ángeles de Alberti rostros en blanco y negro, cristianos, es el caso de Luis Felipe Vivanco y de Solita Salinas de Marichal, pero otro grupo se muestra reacio a estas concepciones como sería el caso de G. W. Connell, C. B. Morris ¹² y María Asunción Mateo, que comenta: “Los ángeles no tienen nada que ver con los convencionales de la religión católica, sino que son formas casi plásticas de identificar su desasosiego interior con una imagen material contra la cual arremeter” ¹³.

Sin embargo, al descoser las alas de los diferentes ángeles albertianos encontraremos distintas cargas de cristianismo y otras tantas de la personalidad del poeta, por ello, la pregunta que nos surge y trataremos de responder es, ¿cuándo aparecen estas cargas y con qué objeto?

Por otra parte el argumento de la obra no ha sido mostrado y pienso que por eso se mira al texto como enumeración de presencias que manifiesta el protagonista desdoblado en un ambiente infernal, con algunos respiros angélicos y un último suspiro muy humano que otorga al poeta liberación parcial y autoconocimiento.

¹⁰ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*. Me referiré a esta edición siempre que se cite en la obra y lo indicaré señalando la página correspondiente a los versos citados.

¹¹ Elémire Zolla, *op. cit.*, p. 215.

¹² Solitas Salinas de Marichal, *El mundo poético de Rafael Alberti*, pp. 185, 186.

¹³ Rafael Alberti, *Con la luz primera*, p. 41.

Es claro que el mencionado argumento se revistió de las experiencias de la infancia y adolescencia del poeta, pero no es totalmente real que de ellas se sostenga el viaje, puesto que en muchas notamos el condicionamiento de la ideología cristiana que, siendo el pilar moral inculcado al poeta en sus primeros años, detonó varias de ellas, además de intervenir en su interpretación y expresión.

El viaje que emprendemos en esta tesis nos conduce a mirar *Sobre los ángeles* bajo el cristal del cristianismo y especialmente bajo el de su rito iniciático, ello con el fin de corroborar que mediante esta perspectiva el recorrido deja de ser un conjunto de sucesos inconexos y se transforma en un trayecto de maduración que tiene puesta la mira en la redención, por ello recurro a textos místicos como *Las Moradas* de santa Teresa o las explicaciones que san Juan de la Cruz da a su poesía, lo hago para encallar *Sobre los ángeles* en el ambiente de las creaciones literarias marcadas por la tradición cristiana.

Tras el panorama anterior, enfrente la necesidad de excavar entre el pasado del poeta y las presencias angélicas que lo acompañaron, todo para llegar al punto que me permita desentrañar los huesos del viaje poético-iniciático, huesos que obtendré analizando la similitud de *Sobre los ángeles* con ciertos episodios bíblicos, con el proceso cristiano hacia la redención y con los dogmas que promueven en un creyente la experiencia mística; lo anterior ratificará cómo la insidiosa educación religiosa del poeta produjo los andamios sobre los que tejió su obra.

Estoy cierta, como muchos críticos, de que en *Sobre los ángeles* la redención se frustra y por ello no se eleva a la categoría de texto místico, por no lograr la purificación ni la unión con Dios, pero es entonces cuando nos preguntamos, ¿por qué se frustró?, ¿qué factor truncó el proceso?, ¿en qué punto el vómito sanador se tapió?, ¿qué objeto lo detuvo y cómo?, ¿bajo qué intereses el poeta toma la decisión de desviar un trayecto prometedor y encaminarse hacia un mundo arruinado?, ¿cuál fue la ganancia que se obtuvo en la nueva dirección?

He verificado que Alberti se arrastró como un Cristo, desgarrándose por las calles durante la “noche oscura” de su alma, pero sin morir ni resucitar, ¿qué

finalidad tuvieron entonces las heridas discapacitantes?, ¿por qué tanto sufrimiento en el camino?

Creo que todo deriva de que, sin desearlo, el poeta es un hijo de la modernidad, sí, esa que plagó de bencina y ruidosa maquinaria los últimos momentos de su trayecto, que lo arrastró a la vida cotidiana mientras el tiempo mítico se extinguía, que le recordó la importancia de su ego.

Alberti toma la oportunidad de enriquecerse a costa del viaje, pero por su visión pragmática, considera oneroso el último paso y pronto salta lejos del compromiso que se presume terrible e inquebrantable.

Todos funcionamos así: eludimos la carga de los anillos porque el modo en que nos ciñen casi los transforma en horcas que amenazan sin cesar nuestro Yo. Preferentemente devolvemos estos símbolos de compromiso, aún cuando por ello se nos niegue el permiso de vuelo; nos decimos resignados: -el hombre fue hecho para caminar-, aceptamos la pérdida de las alas.

Ya Elémire Zolla asegura que difícilmente alguien querrá pagar el precio de la redención:

Hasta los mayores desalmados saben que semejante tiempo existe [el de la redención], pues ni siquiera ellos ignoran por completo qué es la quietud, la pacificación, la alegría sobria; pero en cuanto se les advierte que, para alcanzar todo eso, hace falta una purificación, un abandono de los vicios predilectos [...] se rebelan gritando al Dios cruel [...] Y, puesto que se avergonzarían de ser completamente sinceros, vedles envueltos en el inconfundible ropaje de la deshonestidad [...]. No ha sido de un día para otro que el hombre desee renovarse, pero sea renuente a purificarse [...]. Es una espera que dura desde siempre, desde que el hombre deseó los beneficios de la pureza interior sin querer pagar su precio en ascesis, desde la época de los antiguos apocalípticos hasta las versiones seculares de la Renovación cíclica¹⁴.

Por otra parte, observo que *Sobre los ángeles* ha permanecido casi intacto bajo la etiqueta del surrealismo y eso ahogó muchas de sus luces. Alberti sólo aceptó que la atmósfera tenía esos tintes, no la obra entera:

Aunque la mayor parte de la crítica –además de considerarlo uno de los mejores libros de poesía del siglo– lo clasifica como surrealista, Alberti nunca estuvo conforme con esta etiqueta y defendió siempre que allí no había escritura automática, sino que todo tenía una referencia a hechos reales concretos, por lo que sí admitía que estaban envueltos en una “atmósfera” surrealista, pero nada más¹⁵.

¹⁴ Elémire Zolla, *op. cit.*, pp. 234-235.

¹⁵ Rafael Alberti, *Con la luz primera*, p. 42.

Lo anterior es verificable, pues desde sus cimientos el texto es una expresión clara de la gran tradición de Occidente, del cristianismo, no sólo una reminiscencia inconsciente de la misma. Este tipo de viaje, el iniciático ligado a las figuras angélicas, urde un entramado que Zolla asegura compuesto por arquetipos perennes que nada logra extirpar de las mentes y de la historia ¹⁶, el viaje de humanos acompañados de ángeles tejedores del destino es en sí tradicional.

Con mi propuesta quiero alumbrar *Sobre los ángeles* e invitar a que se aprecie la gracia que Alberti tuvo para revitalizar un mito por medio de su “relato metafórico”, mito que durante su infancia, petrificado por un fariseísmo ¹⁷ acérrimo, no paró de lastimarlo sin lograr enriquecerlo; quiero mostrar cómo deja de lado los rencores contra las instituciones religiosas y les demuestra la verdadera utilidad de las enseñanzas que le dieron, construyendo, como “ángel albañil”, los peldaños de un sueño liberador.

Mi análisis, en su primer capítulo, explora la crisis social y cultural que lleva a Alberti en busca de una expresión más humanizada, la de *Sobre los ángeles*, que a la par expresa el conflicto personal por el que se ve arrastrado a una metamorfosis de niño diáfano a hombre caótico, a creador que trasciende intereses pueriles como la fama, las riquezas o la prosperidad para enfocarse en la fragua de un texto liberador en el que el refinamiento queda rezagado y da paso a la íntima herida punzante, al reflejo de su rostro: boquete en que revolotean infinidad de presencias aladas.

Al descifrar las miradas angélicas, entendemos que el poeta retrata en ellas su presente y pasado; las enfrenta con el afán de obtener redención y comienza, para poder sobrevivir, una lucha contra la imagen del espejo, un viaje de conocimiento

¹⁶ Elémire nos dice que los ángeles son figuras arquetípicas “que pertenecen al mundo de las figuras indelebles que el hombre reencontrará en los sueños [...] ¿Quién las ve? [...] El que alcanza la visión mística de cierto nivel, descrita en todas las tradiciones como un viaje por un mundo de presencias angelicales, es decir, entre las causas ejemplares de toda figura terrenal [...] un viaje que permite conocer la imagen de los auxilios inexplicables y providenciales, de los sabios urdidores del destino que se perciben como seres alados, refulgentes, de formas puras, rapidísimos, en nada humanos: arcangélicos [...] un viaje que lleva al palacio del Rey celestial, cuyo fulgor no resiste la vista, cuya voz ensordece, y al que se adora enmudecido [...] ¿Es posible saber algo de ello en la tierra a través de algo que no sea el relato metafórico de quien ha visto?”. Elémire Zolla, *op. cit.*, p. 254.

¹⁷ Con este término refiero la actitud legalista que en una religión impide la evolución hacia la religión dinámica.

hacia el límite extremo de su existencia. Por ello *Sobre los ángeles* se revela como la guerra entre el cuerpo y el alma, entre los sucesos y las creencias que conforman al humano, es una batalla que sólo será benéfica si al encuentro de los bandos y siendo estos confrontados, el poeta se atreve a ofrecerlos como sacrificio para, inmolándolos, obtener la unidad.

Ante esta crisis Alberti busca en la tradición cristiana un centro, un criterio salvífico, que no la panacea; busca entender a dónde va y por qué, un lugar para detenerse a nombrar y categorizar, para comprender, para comprenderse y con ello sobrevivir.

En el segundo capítulo analizo los cinco tipos de viajes que el poeta trenza para dar forma a la experiencia relatada en *Sobre los ángeles*: comenzamos en el poético, cuyo objetivo es llegar a los límites de lo indecible, a la religación; retrocedemos un escalón y encallamos en el pasado, donde el poeta se desdobra para, a través de una segunda personalidad, exigirse la entrega de secretos; ya ahí, en el pasado, otro escalón atrás nos lleva a los rituales de su infancia, al tiempo, que deshebrado, vitaliza al cuarto viaje, en que las creencias dejan de ser doctrina y se transforman en vivencia mística. Finalmente caemos por completo en el quinto: el de las simas y su particular desfondamiento.

Por medio de estos cinco tipos de viajes expongo los diferentes parámetros con que me aventuro a definir los mecanismos que permiten el aleteo de *Sobre los ángeles*.

En el tercer capítulo conoceremos, guiados por santa Teresa, la arquitectura del alma albertiana y seremos testigos de la aventura que en ella se desarrolla y que es relatada por medio de cinco poemas: “Desahucio”, “El cuerpo deshabitado”, “El ángel bueno”, “Madrigal sin remedio” y “Juicio”. El argumento de este recorrido esquematiza en gran medida el trayecto general de *Sobre los ángeles*.

Todo comienza en “Desahucio” cuando el poeta se visita, pero su casa está en espera de otros huéspedes, ángeles crueles. Esta casa-alma, ha sido constantemente alegorizada en la tradición cristiana, por ello la analizaremos desde esa perspectiva. Seguimos el trayecto y llegamos a “El cuerpo deshabitado”, para enfrentar un retroceso, pues el alma es lanzada fuera del

poeta, volvemos al estadio en que el hombre está dormido, razón por la cual es atacado. El siguiente punto es “El ángel bueno” en cuya atmósfera reivindicante aparece la presencia benéfica que vitaliza al poeta y lo regresa a la primer morada del alma. Adelante, en “Madrigal sin remedio”, enfrentamos una falsa redención; el poeta asciende hacia la rosa (símbolo del alma) y se abrasa con ella hasta la extinción corpórea, sin embargo, los tizos purificantes son falsos y por ello la redención fracasa. Finalmente “Juicio” evalúa el engaño de “Madrigal sin remedio”.

En el cuarto capítulo emprendemos el análisis de la figura angélica. Para el poeta el sistema de creencias referente a los ángeles pasa por un proceso en que después de expresarse, por primera vez, a través de la aparición ultraísta de uno de ellos, se deslava hasta producir a los ángeles automatizados de “Cal y canto”. *Sobre los ángeles* surge no sólo para recobrar la figura angélica al nivel tradicional, sino para regenerar el mito mismo y revitalizar también, por medio de estos arquetipos, el sistema de fe de donde provienen.

Los ángeles del poeta son presencias cargadas de su personalidad o de rasgos cristianos, lo anterior con mayor o menor inclinación hacia uno u otro lado de la ecuación o equilibrados. Nos detendremos para analizar esos rasgos y su inclinación.

Por otra parte, los ángeles, aunque ligados a la vida humana para ministrarla conforme a la voluntad de Dios, no se subyugan a ella, están muertos para el parloteo humano, sólo escuchan la palabra divina. Es posible que sea esa la razón por la que el poeta llama “muerto” al ángel de “Paraíso perdido”. En este apartado también me doy a la tarea de comparar al “ángel muerto” con la figura salvadora de Cristo como símbolo de redención, lo hago tomando como fundamento un acontecimiento de los evangelios y una profecía de libro de Apocalipsis de la que desentraño la esencia del rito iniciático, prometedora de supervivencia y madurez.

En el último capítulo observaremos el objetivo, la desviación y producto del viaje. Partimos del análisis de “Paraíso”, poema que abre las puertas del alma y muestra la escena en que el poeta busca la razón de su existencia, encontrando únicamente un territorio mudo y sombrío, sin comunión. Para Alberti el Paraíso está definido por la preeminencia del Verbo y regresar a él es regresar al principio,

a la unidad con Dios. Al analizar este poema comprendemos cuál es el destino ideal del viaje y descubrimos la ruta subyacente.

Sin embargo el precio para disfrutar de ese lugar es el conjunto de enfrentamientos con devastadoras fuerzas angélicas, éstos se desarrollarán hasta que sucede “El mal minuto”, episodio que encala las creencias del poeta; sin ellas no hay escudo que lo proteja de las mentiras, “luces sin hueso” que entran pronto a blanquear los ocres laberintos del alma, y así -impidiendo que el poeta pueda enfrentarlos- evitan la autolaceración purificante y boicotean la redención.

Finalmente la consecuencia es un ambiente de renuncia, sin ímpetu; el viaje se arruina, sólo quedan los escombros del alma, la corrosión y hundimiento dan cuenta de la quiebra, pero la honestidad cierra el telón e impide que el trayecto culmine en la muerte total lo que da paso a un sobreviviente.

Capítulo I. Sobre la crisis

1. Una época convulsa

El momento en que se publica *Sobre los ángeles* está marcado por el desastre económico mundial y la inestabilidad social, Solita Salinas de Marichal declara que en el texto publicado por Alberti se refleja esta crisis: “Los poetas, en repetidas ocasiones, han sentido antes que los sociólogos. Este libro tan de aparente fantasía, está en estrechísima relación con lo que venía ocurriendo en el mundo: con la crisis de conciencia universal y la angustia del hombre moderno”¹⁸.

Durante la Primera Guerra Mundial y los momentos posteriores surge un cambio de mentalidad y una honda transformación social y cultural a la que muchos de los jóvenes escritores contestaron con la búsqueda de nuevas formas de expresión; con este objetivo se cobijaron en orientadores como Ortega y Gasset que fue uno de los primeros que interpretó los nuevos signos y se reveló contra el culto excesivo a la palabra (sobre todo en su libro *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela* de 1925¹⁹) que aparecía cegada ante el modo en que España crujía de angustia.

La poesía se vería renovada por la acción de varios poetas que aunque no se separaron totalmente de los “ismos” de la postguerra, sí incorporaron nuevos elementos y temas que fundirían lo contemporáneo con las formas de la tradición profunda de la lírica española en su herencia culta y popular.

Poco a poco, los escritores que parecían demasiado ajenos a los problemas del hombre y la sociedad, uno de ellos Rafael Alberti (recordemos las obras que anteceden *Sobre los ángeles*) se enfilaron en los totalitarismos políticos extremos e irreconciliables. Este fenómeno de carácter universal, llevó a Alberti a ponerse al servicio del Partido Comunista dos años después de la publicación de *Sobre los ángeles* texto que, según Marichal, le proporcionaría al poeta entre “la fealdad, el

¹⁸ Solita Salinas de Marichal, *El mundo poético de Rafael Alberti*, pp. 203, 204.

¹⁹ Ángel del Río, *Historia de la literatura española, t. II*, p. 308.

dolor y las ruinas algo positivo que despertó en él la compasión, el amor al prójimo, al que sufre, a su mundo”²⁰.

2. El poeta en crisis

Para entender la transformación vivida por el poeta considero acertado escuchar este breve recuento biográfico elaborado por él mismo; esbozo escrito en un inicio con plumas diáfanas de las salinas que poco a poco se ennegrecen becqueriánamente hasta transformarse en los aleteos de *Sobre los ángeles*. Observemos su “Autorretrato con parecido”:

Yo soy Rafael Alberti [...] nací a la sombra de las barcas de Cádiz, cuando las gentes campesinas de toda Andalucía se agitaban, hambrientas. Los primeros blancos que aclararon mis ojos fueron la sal de las salinas, las velas y las alas tendidas de las gaviotas. En los zapatos de mi infancia duerme la arena ardiente de las dunas. Esquivando las clases del colegio, mirando en éxtasis el mar o revolcándome en sus olas, sentí unos deseos infinitos de recorrer los océanos como niño grumete. [...] Jugué bajo las naves en penumbra de las bodegas perfumadas del aliento del vino y toreé becerrillos bravos, de cuatro señales en el cuerpo. Fui dibujante y pintorcillo de playas [...] Y cuando abandoné mi bahía gaditana y se me abrieron en Madrid las puertas y salones del Museo del Prado ya me sentí de súbito un muchacho capaz de amar a Goya y Zurbarán [...].

Yo soy Rafael Alberti, pero ahora un poeta que comienza, un pintor que desea obsesionadamente se le olvide, un poeta en despunte que no duerme y sueña con su mar y su honda nostalgia se le resuelve en músicas y ritmos de canciones playeras y marinas. Viajero por Castilla, registro en mi cuaderno en mínimos poemas, toda su desolada geografía, los bellos nombres de sus pueblos, sus gentes serias, graves, hasta llevar, en nombre de mis mares del sur, mi homenaje a la mar brava del norte. Luego, los dramáticos montes cordobeses —Andalucía la alta—, no lejos de las tierras y jardines lorquianos, le quebraron los ritmos a mi canto, cambiándole los tonos de luz, cubriéndolo a momentos con un velo de sombras.

Yo soy Rafael Alberti [...] el que haciéndose huésped becqueriano de las nieblas se agarró en lucha desesperada con los ángeles, cayendo al fin herido, alicortado, a la tierra²¹.

He aquí expuesta brevemente la metamorfosis del niño azul en laberíntica casa de espantos, nebulosa plagada de ángeles...demonios y fantasmas; en que la batalla del alma regaló perfeccionamiento y resignación.

Sobre los Ángeles encumbra a Rafael Alberti como poeta sin que él lo pretendiera, lo sabemos porque fue compuesto con el fin de dar testimonio de la transición que lo llevó a la madurez, al crecimiento bajo la conciencia de los límites humanos, dejando de lado el ímpetu de obtener crédito literario. Marichal también está conciente de que esta obra, más que ir tras el “vocablo bello”, esta enfocada en la búsqueda de plenitud, por eso opina: “Alberti al acabar su viaje ha

²⁰ Solita Salinas de Marichal, *op. cit.*, pp. 203, 204.

²¹ Rafael Alberti, *Prosas*, pp. 17-18.

descubierto que sólo a través de las imperfecciones, los fracasos, se puede hallar un camino de perfección”²².

Por su parte Elémire Zolla (ratificando el punto de vista de Marichal) considera que la “gran poesía” nunca estará supeditada a fines distintos a “enseñar el arte de la liberación”:

La gran poesía atiza de nuevo la llama, redescubre el pathos de la vida inspirada [...]. El ápice de una experiencia así se alcanza cuando un hombre se libera de sí mismo hasta el punto de convertir cuerpo y alma en puros materiales de una representación simbólica [...] El salvador es aquel que hace de su vida una representación sacra, cuyo fin no es dispensar riquezas, prosperidad o alivio del sufrimiento, sino enseñar el arte de la liberación²³.

En *Sobre los ángeles* se verifica lo dicho por Zolla sobre el nulo interés de obtener “riquezas o prosperidad”; esta obra se genera más allá de la salida que el poeta hace del cascarón, pues durante sus días angélicos ya había surcado asuntos básicos como encontrar su medio de expresión o dominarlo; tampoco buscaba reconocimiento, ya que sostenía los triunfos de sus obras anteriores²⁴; es más, en los meses que antecedieron a *Sobre los ángeles*, casi se petrificó bajo las fuentes de belleza que le proporcionó *Cal y canto*, por lo que, dejado atrás ese periodo, consideraría: “[...] mi locura por el vocablo bello casi llegó a su paroxismo en el año del centenario de Don Luis de Góngora, cuando con *Cal y canto* la belleza formal se apoderó de mí hasta casi petrificarme el sentimiento”²⁵.

Aunque parecía que tocaba el cielo, su época de pintor había lanzado augurios malignos contra su vida exitosa de poeta, ya que de la misma forma que su “pintura de loca y rutilante pasó a bañarse de ocre y morados, saltando a un realismo semejante al más negro de la escuela española”²⁶, su poesía se separaría de la claridad de sus primeros modelos para, como lo relata en su *Arboleda perdida*, generar imágenes de tonalidades pardas:

Qué espadazo de sombra me separó casi insensiblemente de la luz, de la forma marmórea de mis poemas inmediatos, del canto aún no lejano de las fuentes populares, de mis barcos, esteros y salinas, para arrojarme en aquel pozo de tinieblas, aquel agujero de

²² Solita Salinas de Marichal, *op. cit.*, p. 246.

²³ Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 96.

²⁴ En 1925 obtiene el Premio Nacional de Literatura por *Marinero en tierra*, en 1926 comienza a colaborar en la *Revista de Occidente* y en 1927 interviene activamente en el homenaje a Góngora.

²⁵ Juan Cano Ballesta, *La poesía española entre pureza y revolución (1920-1936)*, p. 23.

²⁶ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 135.

oscuridad, en el que bracearía casi en estado agónico, pero violentamente, por encontrar una salida a las superficies habitadas, al puro aire de la vida ²⁷.

Sucedió que, aunque los tiempos de posicionarse ante los otros concluyeron, la obsesión primera de *parecer* desencadenó en Alberti la necesidad de *ser*, de humanizarse; prueba de ello fue su separación, en el año en que se publica *Sobre los ángeles*, de la generación refinada que apadrinó las formas de sus cantos diáfanos; divorcio que ratificó con la publicación de su “Auto de fe (mapas de humedad)” en el que Juan Cano Ballesta no percibirá más “la complacencia en las vibraciones y encantos de los objetos exteriores, sino la herida punzante de una realidad social y política, que arranca remordimientos al alma sensible” ²⁸.

Todo lo anterior, ese brusco cambio de piel, fue consecuencia de que con cada paso que Alberti dio hacia el pedestal de los laureados poetas, sus manos adquirieron, en el fragor del canto, herramientas inalienables y divinas con las que labró pureza; pero su alma no pudo escapar del barro que salpicó a causa del movimiento constante de esos instrumentos productores de belleza. Cuando éste se endureció, había varias máscaras que no revelaban los rasgos de su rostro ni para él mismo, que ardían en la piel, que la secaban y lo arrojaban a una inminente decadencia.

Alberti caminó en busca de su reflejo, de instantes de aguas claras que le permitieran reconocerse; se miró en varias charcas producidas por las tormentas de su vida y designó a las enigmáticas imágenes encontradas “ángeles”. “El ángel del misterio” revelará esta búsqueda al mostrar sus pozos habitados por “frías voces” (70) que no sabemos si “[...] son de un solo cuerpo o muchos cuerpos, / de un alma sola o muchas almas” (70), es un asunto indescifrable para el poeta que sólo atina a contestar “no sé” (70) y nos lanza la pelota para transformarnos en algo más que espectadores, para obligarnos a tomar su posición, a jugar en la casa de los espejos y así imprecarnos con la exigencia: “decídmelo” (70).

En este trayecto halló fantasmas con rasgos que parecían suyos, pero que no se le declaraban irrevocablemente puesto que se habían mezclado con las míticas presencias cristianas de que estuvo plagada su niñez. Él, en resumen, se

²⁷ *Ibidem*, p. 131.

²⁸ Juan Cano Ballesta, *op. cit.*, p. 92.

transformó en “El ángel desconocido” y bañado en la “¡Nostalgia de los arcángeles!” (19), exigió nuevamente al espectador: “Miradme” (19), apremió la atención de los doctos, para descubrir señales divinas entre su carne, y esperó que a pesar de su mundana vestimenta lograsen advertir sus alas, pero el ejercicio sólo le arrancó frases decepcionantes: “Nadie sabe cómo fui. / No me conocen”(19).

Con esos ángeles llegó el aviso de que todas las beatas instituciones de su infancia aún le enfermaban los días, es más, logró advertir que de no revelarse ante ellas, su futuro estaba condenado, la serpiente, con que antaño le amedrentaron, lo engulliría sin oportunidad de redención.

Aquellos reflejos agudizaron la fidelidad de sus imágenes cuando al visitar las cumbres y los valles lejanos del *Iznájar* logró percibirse casi por completo en el rostro de la muerte ²⁹, de la soledad, de la ausencia, del odio y envidia que asfixiaba sus venas, que le empujaban a la inminente caída:

Yo no podía dormir, me dolían las raíces del pelo y de las uñas, derramándome en bilis amarilla, mordiendo de punzantes dolores la almohada. ¡Cuántas cosas reales, en claroscuro, me habían ido empujando hasta caer, como un rayo crujiente en aquel hondo precipicio! ³⁰.

Gastón Bachelard nos dice que las circunstancias de la caída estarán ligadas a las aflicciones que el hombre se extrae con la pala y el zapapico, en el caso de Alberti, éstas se expresan mediante la multitud de presencias dañinas, demoníacas, espantosas:

Existe la psicología ascensional positiva y la negativa que habla de las metáforas de la caída moral. [...] Para clasificar todas las circunstancias es necesario examinar todas las aflicciones de un terrestre que lucha, en sus noches dramáticas, con la sima, que excava activamente su sima, que trabaja con la pala y el zapapico, y con manos y dientes, en el fondo de esta mina imaginaria donde tantos hombres padecen durante sus pesadillas infernales ³¹.

La poesía de Alberti, al sufrir el proceso de humanización, permitió al poeta contemplar su decrepitud, su caída; durante ese descenso pudo extraer los conflictos no resueltos, conflictos que expresó en su *Arboleda perdida* y personificó en sus vastos ángeles. A continuación, con el objetivo de conocer

²⁹ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 177.

³⁰ *Ibidem*, pp. 245-246.

³¹ Gastón Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 26.

cuáles fueron algunos de esos conflictos, cito el catálogo sentimental que aparece en un pasaje de *La arboleda perdida* ³² (pasaje que alude al periodo en que se gestó la obra angélica), acto seguido, asocio cada uno de sus elementos a varios de los poemas que forman *Sobre los ángeles* y que los expresan con claridad:

- Los celos

En *La arboleda perdida* encontramos “Los celos más rabiosos, capaces de tramar en el desvelo de la noche el frío crimen calculado” mientras en *Sobre los ángeles* en “El ángel rabioso” presenciamos las terribles “noches armadas” (40) que no pueden detener “los milenios de odios” (40) y “las lluvias de rencores” (40) que bañan todo el paraje almático hasta transformarlo en un mar de rabia.

- El suicidio como idea recurrente

En *La arboleda perdida* enfrentamos “La triste sombra del amigo suicida, como un badajo mudo de campana repicando en mi frente” mientras en *Sobre los ángeles* en “Los ángeles muertos” encontramos la fatídica escena en que la “navaja de afeitar abandonada al borde de un / precipicio” (109) atestigua el cierre de telón.

- La envidia y el odio

En *La arboleda perdida* aparecen “La envidia y el odio inconfesados, luchando por salir, por reventar como una bomba subterránea sin escape” y en *Sobre los ángeles* “El ángel envidioso” exhibe al poeta como una casa ensimismada, que “ciega las ventanas” (63) mientras su boca rebosa un canto maligno tan amplio como “Un cielo, verde de envidia” (63).

- La pobreza

En *La arboleda perdida* aparecen, como símbolo de carestía, los fríos y decepcionantes “bolsillos vacíos, inservibles ni para calentar las manos”, de la misma forma en “Muerte y juicio” de *Sobre los ángeles* encontramos esos bolsillos vacíos asociados con la desnudez y malicia: “Desnudo, sin los billetes de inocencia fugados en sus bolsillos” (93); ciertamente, desde el punto de vista bíblico, la inocencia es riqueza espiritual y la malicia pobreza.

³² Los conflictos corresponden a esta referencia: Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, pp. 246-247.

- La soledad en sus sonámbulas caminatas

En *La arboleda perdida* el poeta emprende “caminatas infinitas, sin rumbo fijo, bajo el viento, la lluvia y los calores” mientras la familia permanece “indiferente y silenciosa ante esta tremenda batalla” que hacía al poeta caer “sonámbulo, por los pasillos de la casa, por los bancos de los paseos”; *Sobre los ángeles* expresará esta situación en “El cuerpo deshabitado”, dará fe de un poeta que transita como “[...] traje / deshabitado, hueco, / cal muerta, entre los árboles” (23), como un ser que “Va muerto. / Muerto de pie, por las calles” (23).

- El miedo

En *La arboleda perdida* aparecen “Los miedos infantiles” que traen al poeta “remordimientos, dudas” y “temores de infierno”; *Sobre los ángeles* revivirá esos miedos a través de “Los ángeles crueles” que revolotean en los “¡Jardines del sur, desechos!” (53)³³ para recordar la culpabilidad de las manos infantiles cuya diversión fue tronar los cráneos de pájaros inocentes y dejarles “ciegos los picos” (53), la culpabilidad de “manos, / aún calientes, de aquel tiempo” (54) que ahora entierran “alas y hojas difuntas” (54).

- La ignorancia

Se expresa en *La arboleda perdida con los* “Ecos umbríos de aquel colegio jesuita” que el poeta amó y sufrió; mientras en *Sobre los ángeles* aparece triunfadora ante “El ángel de los números” al cual inutiliza y deja: “sin vida, amortajado / sobre el 1 y el 2, / sobre el 3, sobre el 4...” (33).

- La inconformidad

En *La arboleda perdida* el poeta se muestra “descontento” por su obra anterior, y en *Sobre los ángeles*, en “El ángel desengañado”, descubre la coronación inválida de esa obra, puesto que los que encumbran al poeta son “ciudades, / sin vivos ni muertos” (35) son “nadie” (35).

- La impaciencia

En *La arboleda perdida* el poeta confesará: “Mi prisa, [era] algo que me impelía incesantemente a no pararme en nada, a no darme un instante de respiro” era una

³³ En el siguiente apartado de este capítulo analizaremos el significado del “sur” y con ello entenderemos que los jardines desechos aluden a la situación del cuerpo, a sus actos, a los actos ejecutados por sus manos.

impaciencia sofocante que en *Sobre los ángeles* se expresará por medio de “Los ángeles de la prisa”, “seis ascuas” (52) anónimas que empujan al poeta mientras éste exige: “¡Paradme todo, un momento!” (52).

El catálogo no termina, son “Muchas cosas más, contradictorias, inexplicables, [y] laberínticas”³⁴ las que componían el flujo lacerante de un parloteo interno que mostraría huestes de desgracia reanimándole los temores de infierno al poeta, quien entre sus cascajos preguntaba:

¿Qué hacer, cómo hablar, cómo gritar, cómo dar forma a esa maraña en que me debatía,
como erguirme de nuevo de aquella sima de catástrofes en que estaba sumido?
Sumergiéndome, enterrándome cada vez más en mis propias ruinas, tapándome con
mis escombros, con las entrañas rotas, astillados los huesos³⁵.

El poeta, atrapado, sigue irremediamente el curso del viaje, el ciclo iniciático que desembocará en el mundo de sus difuntos (seres, sucesos, recuerdos) para generar la cruenta lucha que le proporcione algún tipo de redención.

Su herramienta creadora y defensiva, la palabra, lo arrastra a admitir las premoniciones del enfrentamiento con la serpiente; porque nadie adquiere dones excelsos para guardarlos en su funda eternamente, las espadas existen por causa de las batallas. Ante la inminente afrenta, el poeta encara al peor de sus enemigos, lo desenmascara durante “El ángel del misterio”, se trata de él mismo, guerrero desdoblado que en “[...] un caballo sin nadie va estampando / a su amazona antigua por los muros” (70) mientras en “las almenas grita, muerto” (70) alguien que él tocó “dormido en un espejo” (70).

Ahora, las herramientas verbales conseguidas para afirmarse frente a otros le servirían para indagarse, destruirse y resurgir no siendo más un hombre, sino un héroe moderno que se resigna a sobrevivir, sin plenitud, ni universalidad, pero sí conciencia; lo constatamos en “El ángel superviviente” cuando “La última voz de un hombre ensangrentó el viento. [y] Todos los ángeles perdieron la vida. Menos uno, herido, alicortado” (112), uno que continuó su camino sin el furioso estrépito del alma enmarañada.

³⁴ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 246.

³⁵ *Idem*.

Esta obra pragmática, es una fuente de supervivencia que brotó de un hombre con algo más que sed y hambre, con la necesidad de desear, desear que sus ojos volvieran a mirar y sus pulmones buscaran aire.

Alberti, sin máscaras que le protejan de la intemperie en que la lluvia ácida destroza rostros, se entrega en “Paraíso perdido” y es traicionado por el empuje angélico que le remiten al boquete de soledad, angustia y ansiedad del que se supuso salvado; viaja por el territorio de los derrames de odio, por el “¡Boquete de sombras!, [el] ¡Hervidero del mundo!” (12), lo hace sin defensa con el “ángel muerto” (13) y el alma perdida entre un “espanto / de tinieblas sin voces”.

Esta angustiante escena de “Paraíso perdido” irremediamente nos envía a la ilustración que presenta Zolla sobre la posesión chamanística ³⁶ que inicia con el empujón a la dimensión del rito, posesión cuya finalidad es un viaje de conocimiento:

A lo largo de *Sobre los ángeles* el poeta traicionado o “poseído” recorrerá el campo de batalla mientras las manecillas se desvanecen durante su retroceso en búsqueda del centro, de su centro; para Zolla esta metáfora expresa que “ir hacia los confines del tiempo o del espacio no es más que la metáfora de un ir al principio por el que todo se rige. El viaje hacia la esencia del existir se proyecta, para hacerse algo comprensible, en un viaje hacia el límite extremo de lo existente” ³⁷.

3. Guerra civil en el poeta

Y atrás, más atrás, mientras los pies “giran sobre sí mismos” y los párpados ceden para admitir el mundo de lo invisible, el de la pesadilla recurrente; más y más atrás, también va resurgiendo y adquiriendo densidad toda la tradición cristiana montada en ecos infantiles, va soplando trompetas, anunciando la contienda venidera.

³⁶ Zolla nos dirá que en el rito para inducir la posesión “tras la atmósfera embriagadora los sujetos se desvanecen y resbalan fuera de sí, el arrebató de la posesión es a menudo pavoroso; como empujados por un resorte, giran sobre sí mismos, y a veces será oportuno luchar para permanecer vigilantes”. Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 141.

³⁷ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 30.

Así es como arriba al páramo el choque de “Los ángeles bélicos” (30) la guerra que divide al poeta.

Interpretado por los elementos de “Can de llamas” (66) entendemos que “Los ángeles bélicos” expresa el procedimiento a través del que se genera la trascendente guerra interna del poeta, proceso cuya reminiscencia debemos tener siempre presente mientras recorremos *Sobre los ángeles* pues será un instrumento fundamental que nos permitirá acceder a la visión aérea desde la que el campo de guerra expresa claramente el enfrentamiento entre el “seco y metálico cuerpo” (simbolizado por el sur) y el “alma espiral” (simbolizada por el norte), entre los ideales humanos y los divinos, entre la supervivencia y la vida plena.

A continuación exploremos estos poemas y descifremos el significado de sus contenciosos elementos, de su sur y norte:

“Can de llamas”	“Los ángeles bélicos” (NORTE, SUR)
Sur. Campo metálico, seco. Plano, sin alma, mi cuerpo.	Viento contra viento. Yo, torre sin mando, en medio.
Centro. Grande, tapándolo todo, la sombra fija del perro.	Remolinos de ciudades bajan los desfiladeros. Ciudades del viento sur, que me vieron.
Norte. Espiral sola mi alma, jaula buscando a su sueño.	Por las neveras, rodando, pueblos. Pueblos que yo desconozco, ciudades del viento norte, que no me vieron.
[...]	
¡Norte! Se agiganta el viento norte... y huye el alma.	Gentío de mar y tierra, nombres, preguntas, recuerdos, frente a frente (30).
¡Sur! Se agiganta el viento sur... y huye el cuerpo (66-67).	

Como vemos “Los ángeles bélicos” presenta una lucha entre “nombres, preguntas y recuerdos” del “sur”, que lo conocen y sus contrarios del “norte”, que no lo conocen, pero que vienen a pelear para obtener el mando.

¿Con qué derecho vienen las del “norte”, ciudades y pueblos que conforman el ideal que da movimiento espiral al alma según “Can de llamas”? sucede que, aunque no lo vieron, él sí las identifica, en los pasajes de la historia sagrada, en el

gran camino a la purificación y redención de que son símbolo las vidas bíblicas que conforman ciudades enteras en el conocimiento que le heredó la tradición familiar, la cristiana³⁸.

Los dos bandos, “norte” y “sur”, se acercan rotando sobre sí mismos, los del sur como: “Remolinos de ciudades / [que] bajan los desfiladeros” Y los del norte: “Por las neveras, rodando, / [sus] pueblos”, ambos muestran los ciclos que las componen: las del sur, los ciclos de vida del poeta y las del norte, los ciclos de liberación de los héroes bíblicos.

Los nórdicos son ciclos místicos de crecimiento, espirales ascendentes que permiten escapar de la red carnal para así encaminarse, por medio de la purificación, a la redención; las balumbas de esta región traen entre su carga la ideología inculcada al poeta durante su niñez a través de los relatos bíblicos, una ideología que se vivifica cuando, según Elémire Zolla, surge la oportunidad de experimentar una pantomima litúrgica como la que nos ocupa en *Sobre los ángeles*, una pantomima de guerra interna cuyo ápice es el autosacrificio:

Para ayudarnos a vivir la experiencia de liberación, se prepara una pantomima [...] La precederá la expulsión de todos los recuerdos del mundo exterior, la coronará un mudo recogimiento.

Para entrar de nuevo en el Origen, en la Unidad [...] El ápice de la liturgia es un sacrificio, que es la tremenda y turbadora metáfora de nuestro retrainamiento de este mundo múltiple a la unidad [...] el último aliento de la víctima abre de par en par la puerta que da a la verdad³⁹.

La crisis que culmina en la guerra sur vs. norte también es expuesta en “Can de llamas” ¿Con qué se obtendría la paz?, con un mítico “can”⁴⁰ figura a la que el poeta pide que salte sobre los elementos antagónicos con la pretensión de unirlos bajo su peso y crear un ente integro, un Yo que condense cuerpo y alma, vivencias e ideología; el poeta exige “¡Hiérellos!” (66) muérdelos y purifícalos entre tus “[...] aullidos / dentados de agudos fuegos” (66); pide que los lleve al céntrico

³⁸ Al hablar de “Los sepulcros blanqueados” dentro del quinto capítulo analizaremos como la nieve y frío son para el poeta símbolos bíblicos de purificación.

³⁹ Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 89.

⁴⁰ Podría tratarse del “animal-custodio” del que habla Elémire Zolla: “Esta parte intuitiva, vaticinadora del alma, que tenía que dar el dictamen, que presentía los acontecimientos, que resolvía los problemas de forma imprevisible, y a la que favorecían improvisadas iluminaciones, era imaginada como un animal, especialmente por los teutones y los indios de América, estimaban el conocimiento de este animal-custodio como lo que más debía estimular al hombre a partir de joven a viajes peligrosos, exponiéndose a la tortura, al hambre, al insomnio”. *Qué es la tradición*, p. 179.

promontorio, montículo tradicional del sacrificio que en “Can de llamas” es levantado en el “Centro. / Grande [...]” (66) que todo lo tapa con la “sombra fija del perro” (66), la sombra “candente, intensa, infinita”. Por su parte “Los ángeles bélicos” levantará también su montículo representado por una “torre sin mando, en medio” (30) en que el viento norte y el viento sur “viento contra viento” (31) luchan para que el “Yo” (31) de la torre sea pronunciado.

“Los ángeles bélicos” nos deja en suspenso, no retrata el desenlace de la contienda; “Can de llamas” sí, se esfuerza y atrapa el instante en que los contrincantes al huir montados en sus agigantados, soberbios vientos, frustran la paz:

¡Norte!
Se agiganta el viento norte...
y huye el alma.

¡Sur!
Se agiganta el viento sur...
y huye el cuerpo (67).

El héroe, sin el sacrificio de fuego bajo la “candente, intensa e infinita” (67) sobra del can, pierde la oportunidad de obtener quietud y unificación, queda hecho nada, un cuerpo deshabitado que seguirá en búsqueda de su centro, un “Campo metálico, seco. / Sin nadie. / Seco” (67).

Norte y sur, frente a frente, uno contra otro, seguirán buscando la purificación para sobrevivir, el norte aportará su estructura espiral y el sur la revestirá con las experiencias del poeta, mezclados se ofrecerán como un sacrificio que lo redima y unifique.

Quedamos hipnóticamente atrapados por el movimiento rotatorio, por la magia espiral de estos poemas, por el viento que al golpearnos con sus contrariadas fuerzas nos hace girar como un derviche, nos convertimos en el remolino arenoso que habita el abandonado campo de batalla, somos la espiral... porque todo ha sido una espiral, los bandos se acercaron formándola, rodando y remolineándose, casi se han dado una odiosa caricia en lo más extasiado del terreno, casi se han sacrificado en el montículo, casi se han unificado en la gran espiral.

¿Qué es la espiral?, Federico González dirá que en ella:

Vemos simbolizado el doble movimiento centrífugo y centrípeto que realiza todo ser: de la unidad o centro supremo a los diversos y escalonados grados de la creación [...] simboliza

la comunicación entre la tierra y el cielo; entre lo material y lo espiritual; y permite el doble movimiento ascendente-descendente que perpetuamente realizan las energías de la creación. Es un símbolo axial que representa también la expansión gradual de la conciencia ⁴¹.

Por lo anterior nos convencemos de que, ante todo, esta guerra pugna por trascender el “plano” territorio del cuerpo y montada en espirales emprender un recorrido gradualmente integrador que pueda entregar como último galardón la redención misma.

Ahora, El encuentro de dos espirales de principios contrarios (norte, sur) nos remite a otro símbolo: el eje de caduceo, del que Jack Tresidder dirá en su catálogo de símbolos que es “imagen de la dualidad unificada de serpientes espirales de fuerza opuesta” y que nos sugieren “la tensión creativa inherente en el cosmos” ⁴².



Eje de caduceo

Sobre este símbolo, Elémire Zolla apuntará en el capítulo que dedica a “La ciudad perfecta” en su obra *Qué es la tradición* que cuando las poblaciones que integran una ciudad no se encuentran y entrelazan como estas serpientes, se pierde la naturaleza sagrada del lugar, se disgregan las orientaciones exactas y sagradas ⁴³.

Enfoquémonos en esa ciudad perfecta y asociémosla a la imagen del cosmos albertiano en que ciudades del sur y norte se desplazan hacia un centro, ese “centro” es un montículo “una torre” que Alberti definiría “candente, intensa, infinita”, el lugar en que se efectuará el sacrificio entre “[...] aullidos / dentados de agudos fuegos”. Elémire considera en su estudio sobre las ciudades sagradas algunos aspectos que nos permiten ahondar en el significado que arrojan “Los ángeles bélicos” sumados a “Can de llamas”; para empezar nos dirá que cosmos, ciudad y alma santificada son la misma cosa y por tanto cada una de sus partes

⁴¹ Federico González, *La Rueda, Una Imagen Simbólica del Cosmos*, p. 54.

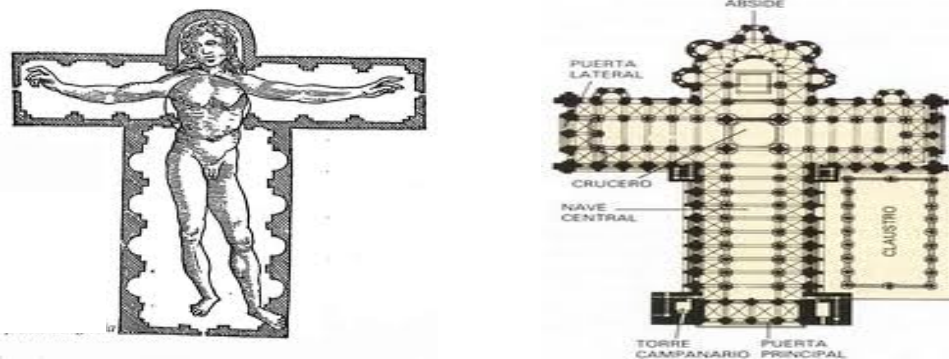
⁴² Jack Tresidder, *1001 Symbols*, p. 288.

⁴³ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 193.

podrá superponerse a cada una de las otras ya que la ciudad arcaica fue ante todo un símbolo cuya planificación recapitula el cosmos, con un centro del que emana el hombre divino ⁴⁴.

Como vimos, dentro del cosmos-ciudad-alma albertiana también encontramos la dualidad espacial: Norte y sur representando contrarios y en medio de ellos el can, “dentado de agudos fuegos”, que simboliza la piedra central que era el eje del universo ⁴⁵.

Tomando en cuenta que el sistema de fe conocido por Alberti es el cristianismo, visitemos su templo; Elémire nos dirá que en él nuevamente encontramos la superposición de las partes del cosmos-ciudad-alma ⁴⁶, además de la dualidad de los extremos (ábside-cabeza-clero vs. puerta-pies-pueblo) separada por el eje que pasa a través del *mundos* (el crucero). Para Alberti estas partes representarán los pueblos del norte (correspondientes al alma y en este caso al clero) y los del sur (correspondientes al cuerpo y en este caso pueblo):



Clero y pueblo albertianos se trasladan hacia el lugar del sacrificio, hacia el

⁴⁴ Zolla nos dirá “La ciudad es el alma del sabio, según el versículo de levítico 26:12 donde Dios dice: “Caminaré en ti y seré tu Dios”; la ciudad ideal, metáfora del alma del sabio y del cosmos entero, es Jerusalén, que significa “ciudad de paz”. Es fácil deducir las consecuencias habituales: si los tres términos, “ciudad”, “cosmos”, y “alma santificada” son análogos, cada una de sus partes podrá superponerse. *Ibidem*, pp. 191-192.

⁴⁵ Sobre este centro Elémire apunta: “Al edificar la ciudad debía creársele, ante todo, un centro, el punto por el que pasará el eje del mundo que unía y dividía los infiernos y el firmamento, y sobre el cual situar la sagrada piedra inmemorial de los arcaicos adormecimientos de incubación. *Ibid.*, p. 185.

⁴⁶ Cristo ha declarado que su cuerpo es el Templo (Juan 2, 19-21), el centro, por tanto, de la ciudad [...] estas palabras del evangelio de san Juan se convertirán en principio arquitectónico: la iglesia estará orientada con el ábside a oriente, hacia el Sol *Justitiae*, la cabeza de Cristo será el ábside, los brazos los transeptos, las manos perforadas, las puertas, el torso con las piernas, la nave y el corazón será el altar mayor [...] Si se compara esta iglesia con los recintos urbanos zodiacales se descubre que a occidente está el clero y a oriente el pueblo, según la repartición clásica de las dos funciones distintas, separada por el eje que pasa a través del *mundos*. *Ibidem*, p. 193.

crucero, con movimientos espirales que me remiten a lo dicho por Elémire sobre la circunvalación laberíntica en el ritual de consagración de un templo católico:

Una vez edificada, se consagra la iglesia [...] Las ceremonias populares que todavía se llevan a cabo en ciertos santuarios demuestran la relación de la forma eclesiástica del rito con el arquetipo megalítico que se puede reconstruir en sus tres momentos:

1. Se hacía una procesión en espiral, dando vueltas en torno a la piedra o dolmen precisamente de izquierda a derecha.
2. Luego se procedía a la lustración.
3. Después [se procedía] al adormecimiento de incubación sobre la piedra sagrada.

El rito eclesiástico conserva todos estos momentos: la procesión y la circunvalación laberíntica, girando primero en un sentido y luego en el otro, la lustración mediante la poción sagrada embriagadora y, por último, por medio de la conmemoración de Jacob dormido sobre la piedra, la incubación [...] el baptisterio, al igual que el altar, es la piedra sagrada en contacto con los difuntos y con el cielo⁴⁷.

En conclusión, estos dos poemas expresan el rito en que fuerzas contrarias se conjugan buscando un sacrificio que provoque unidad e integración, sin embargo el proyecto sucumbe ante la cobardía de los elementos a sacrificar, su huida desvanece el ritual y deja el cosmos albertiano convertido en “Campo metálico, seco” (67).

En el capítulo IV, cuando en su tercer apartado abordemos la naturaleza de los ángeles albertianos, verificaremos que el caso de “Los ángeles bélicos” reitera su significado a través de otros poemas como: “Los dos ángeles”, “El ángel del misterio” y “Los ángeles sonámbulos”.

4. La trinchera de la tradición

¿Qué ofreció la ideología cristiana al poeta para que la rescatara e hiciera uso de sus principios en *Sobre los ángeles*? Elémire Zolla considera que los textos sagrados, los “tradicionales” por excelencia son una especie de brújula que nos provee de coordenadas cuya función es ordenar el cosmos, delimitarlo mientras viajamos, ofrecernos “un criterio salvífico que si alguna vez hubiera que traspasarlo, sepa traspasarse”⁴⁸.

Zolla define a toda la demás cultura que no se fundamenta en la tradición o que pugna abiertamente en su contra como “cultura crítica”; en ella ve un desencadenante de sufrimiento para el hombre, porque le impide acceder a un centro, la mira como promotora de un devenir sin sentido ni categorizaciones

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 196-198.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 26.

morales, es un sistema que no busca una causa final y permite que todo fluya en una persecución sin sentido en que “el bien es correr, el mal detenerse, y el mal mayor es querer saber adónde se va y por qué”⁴⁹; es una cultura con metáforas amorfas cuyo significado se aleja lo más posible de las que expresan crecimiento y plenitud. Exactamente del sufrimiento provocado por estas caóticas imágenes huía el poeta antes de tomar el ascético andamio de la “Tradición”, lo sabemos porque la visión de Zolla no deja de evocarnos las imágenes ansiosas, inteligibles y vertiginosas de “Los ángeles de la prisa”, entes a los que el poeta exige que detengan su eufórica marcha:

¡Paradme!
Nada.
¡Paradme todo, un momento!
Nada.
No querían
que yo me parara en nada (52).

Porque mientras elementos como los mencionados en “Los ángeles de la prisa”: tierra, cielo, mar, aire, fuego, pueblos, montañas, riberas y ríos (51-52) no frenen, serán enemigos que evitan la quietud reveladora de misterios, de nombres y rostros que expresarían las coordenadas hacia la sanidad.

Comprendemos ahora por qué Alberti encalla en el cristianismo tras gritar ¡Paradme! No por las promesas de Paraíso⁵⁰ que brinde la tradición, sino para descubrir un rostro en la quietud de las aguas, un guiño angélico a pesar de la ausencia de alas.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 22.

⁵⁰ Zolla acepta que “La cultura del comentario es una tensión hacia un imposible que, en realidad, busca su consumación del otro lado de la muerte [...] El texto terrible y fascinante [el tradicional] tolera bien la comparación con un cerco de murallas; no excluye los contagios, ni las pestes, ni las obsesiones, encierra luchas y engaños. No se le pida aquello que no puede dar: el Edén”. *Ibid.*, p. 26.

Capítulo II. Los viajes de *Sobre los ángeles*

En este capítulo recorreremos los tipos de viajes que el poeta trenza para dar forma a la experiencia relatada en *Sobre los ángeles*. En un primer nivel se encuentran: El poético, el que nos traslada al pasado y el del desfondamiento como tipo de trayecto; después, como subproductos del traslado al pasado, surgen el que, ahondando en el pasado, explora sus rituales y el que, en medio de los rituales pretende obtener la llama mística.

1. Viaje poético

El dinamismo en la poesía implica, por sí, el viaje de un estadio a otro; se trata de una situación evolutiva de traslado hacia la esencia; una necesidad de abstraerse, de olvidar lo definido, lo seguro, lo accesible y cotidiano, para adquirir el conocimiento que “nos conduce a los límites de lo indecible”; al análisis y descripción de la experiencia fundamental, del dato primario: a la “religación”⁵¹. Gastón Bachelard nos dirá que el verdadero poeta evita la evasión y busca el “viaje”⁵² a través de sus versos, busca conmovernos, “empujarnos” a un trayecto poético cuya regulación pretende generar un sentido vital.

En *Sobre los ángeles* el viaje es también una urgencia de explorar los temores e inestabilidades humanos y así, en el ápice de la experiencia, rescatar al nómada antiguo que se mantenía integrado al cosmos, ilimitado mental y sensorialmente.

El viajero pretende el descubrimiento de mundos con los que se vincule en lo esencial, mundos utópicos que rayan en lo fantástico, deseados en el brío de la sangre; por eso el viaje poético exige desatarse, romper la reja que construimos para evitar el contacto desgastante con nuestra esencia, con el despliegue de fuerzas candentes y hurañas que nos forman; percibir más de lo acordado con el riesgo de formar un tercer ojo y no involucionar, de romper normas y entrar en el catálogo de locos.

⁵¹ Concepto desarrollado por Xavier Zubiri y citado por Ramón Xirau en *Entre la poesía y el conocimiento antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericana*, p. 558.

⁵² Gastón Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 12.

En realidad la vida misma es un viaje, su final seguro es la muerte, si al detenerse alguien pretende evitar variaciones, se equivoca, puesto que implica atrofiarse y atrofiarse es ya una modificación.

La vida, en conclusión, es una transformación infinita que podría ser vista como una infinita desventura para los buscadores de estabilidad que aborrecen las eventualidades y que, seguramente, son enemigos de los viajes que se emprenden a destinos indeterminados y maravillosos.

El viaje de *Sobre los ángeles* entra en el catálogo de aquellos que son producto de la desventura; el hombre es informado sobre la misma y surge la necesidad de transformarse, moverse, viajar; porque los relatos nos enseñan que los problemas se resuelven viajando.

Ciertamente Alberti constata su propia desgracia, por ello emprende el viaje a sus *negras simas* con el sano deseo de resolverse.

2. Viaje al pasado

El pasado es importante porque fundamenta lo que vivimos en el presente y alimenta nuestra intuición para no caminar a tientas en el tiempo venidero.

Alberti en “El cuerpo deshabitado” nos hace saber que aquel que no recuerda (“Recuerdo. No recuerdo” (23)) se transforma en un “[...] traje / deshabitado, hueco” (23) que “Va muerto. / Muerto de pie por las calles” (23). Para no seguir hueco tras equívocos (Yo seguía... Dos voces / me dijeron que a nadie” (23)) Alberti paga un viaje a la tierra repulsiva, la del pasado; sin embargo la comprensión del pasado es plausible hasta cierto punto, porque lo que suele llegarnos de él son ecos, no podemos rescatarlo íntegro y por ello nuestros análisis frecuentemente son sesgados. Bachelard nos advierte que el pasado es inestable y cuando la memoria lo rescata sus rasgos han variado porque lo captamos en “una red de valores humanos, valores de intimidad”⁵³ nutridos por el espíritu y el alma, por ello “para ir a los archivos de la memoria hay que encontrar valores más allá de los hechos”⁵⁴.

⁵³ Gastón Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 158.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 159.

El poeta, ya en la guarida de esos ecos, de sus valores, teje con las imágenes del recuerdo un capullo que lo envolverá completamente, lo emana desde los labios para obtener un navío que lo traslade al mundo que escondió de sí mismo.

En “Los ángeles sonámbulos” Alberti se desdobra en la habitación y el habitante, en la oruga y el capullo; convertido en pared se revela para exigir al huésped que enfrente sus sótanos, que viaje para expresarse los secretos del pasado:

Pensad en aquella hora:
cuando se revelaron contra un rey en tinieblas
los ojos invisibles de las alcobas.

[...]

También,
también los oídos invisibles de las alcobas,
contra un rey en tinieblas.
Ya sabéis que mi boca es un pozo de nombres,
de números y letras difuntos.
Que los ecos se hastían sin mis palabras
y lo que jamás dije desprecia y odia al viento.
Nada tenéis que oír.
¡Dejadme!

Pero oídos se agrandan contra el pecho.
De escayolas, fríos,
bajan a la garganta,
a los sótanos lentos de la sangre,
a los tubos de los huesos.

Un rey es un erizo sin secreto (79-80).

Ya Avicena en su “*relato del pájaro*”⁵⁵ sufre un desdoblamiento similar al de Alberti y lo describe alegorizando sobre la misma imagen, la del “erizo” que debe entregar su secreto, que debe vaciarse y morir si desea mantenerse vivo:

Escondeos como hace el erizo, que en la soledad muestra su secreto y esconde su exterioridad. ¡Dios me es testigo! ¡Que vuestro secreto aparezca, que vuestra exterioridad desaparezca!⁵⁶

El desdoblamiento genera así nuevas personalidades con funciones distintas a la principal, a la del héroe. Durante “los ángeles sonámbulos” lo que surge es un cirujano que desentraña el pasado desprendiendo la piel, imagen similar a la que nos regaló Avicena.

⁵⁵ Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 127.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 127.

Respecto al desdoblamiento de Alberti, ya Vivanco advertía que le era necesario para “seguir existiendo”⁵⁷ y Solita Salinas consideraba que “paraíso e infierno, que aparecen y desaparecen en imágenes rotas, caóticas, están situados dentro de nosotros mismos”⁵⁸ (así entendemos que Alberti parezca desdoblarse en hordas angélicas) y citaba al poeta en “Muerte y juicio”: “Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni postura” (94).

Bachelard considera que el desdoblamiento se produce en la ensoñación cuando el soñador se transporta a otro mundo en que él mismo es otro, su “doble”⁵⁹, que a su vez es doble como el poeta mismo que le dio origen, pues contiene un “*animus y anima*”, así nos enfrentamos al “nudo de todas nuestras paradojas: el doble es el doble de un ser doble [por lo que] el soñador solitario se enfrenta a situaciones cuadripolares”⁶⁰.

“El ángel del misterio” verificamos la teoría de Bachelard, pues el poeta se muestra como un pozo que guarda muchos nombres, sombras, cuerpos y almas:

Un sueño sin faroles y una humedad de olvidos,
pisados por un nombre y una sombra.
No sé si por un nombre o muchos nombres,
sí por una sombra o muchas sombras.
Reveládmelo.

Sé que habitan los pozos frías voces,
que son de un solo cuerpo o muchos cuerpos,
de un alma sola o muchas almas.
No sé
Decídmelo (70).

El poeta desearía que alguien le explicara esta multiplicidad de personajes por la que se ve habitado. A diferencia de Bachelard, Zolla, examinando el rito bautismal, plantea que el desdoblamiento en el cristiano no es la manifestación de su variable personalidad, sino consecuencia de un proceso de purificación que nos disocia de entes perfectamente amoldados a nuestro organismo; porque vaciados de todo lo circunstancial, especialmente el pasado, somos remitidos a nuestra

⁵⁷ Solitas Salinas de Marichal, *El mundo poético de Rafael Alberti*, p. 240.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 241.

⁵⁹ Bachelard nos indica que “La literatura sobre el doble no escasea [...] Los psicólogos y los psiquiatras han estudiado el “desdoblamiento” de la personalidad. Pero esos desdoblamientos son casos extremos en donde de alguna manera se rompen los lazos entre dos personalidades desdobladas. La ensoñación – y no el sueño- conserva el dominio de esos desdoblamientos. *Ibid.*, pp. 123-124.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 125-126.

esencia y desde allí percibimos los breves límites entre nuestro rostro, el angélico y el demoniaco. Él llama a esta percepción “el arte del discernimiento del espíritu maligno”⁶¹.

Es así como, durante esta purga, el pasado y sus representantes alados (cada uno de ellos habitó al poeta en un momento determinado del pasado, cada uno tiene una fecha de nacimiento y un desarrollo paralelo a la vida del poeta) deben ser deslindados, enfrentados y expulsados mientras recorremos el caos. Disociarnos de ellos, extirparlos, se hace necesario si queremos que el Infierno se distancie y permita la entrada al Paraíso.

De hecho John Cowper Powys en *El arte de olvidar lo insoportable* define al pasado como lugar infernal, un “objeto incestuoso y maligno”⁶² que de no ser enfrentado impide la obtención de un fundamento sólido para la vida⁶³.

A este respecto, como aconseja Powys, el poeta enfrenta su turbulenta y maligna verdad cuajada de huestes de ángeles bélicos, mentirosos, rabiosos, desesperados, crueles, iracundos, envidiosos, vengativos, avaros y otros que habitan el cielo de *Sobre los ángeles*.

Powys asevera que aún cuando la naturaleza de este tipo de recuerdos parece repelernos, el encararlos nos lleva al único lugar que sirve como cimiento a la madurez, una madurez que todo héroe ansía conseguir y en pos de la cual elude

⁶¹ Zolla dira que: “En el episodio de la tentación de los Evangelios se encuentra el arte del discernimiento del espíritu maligno, Cristo es bautizado, desciende sobre él el Espíritu Santo, que enseguida lo empuja al desierto, donde sufrirá el bautismo de fuego, de las tentaciones. El desierto, el lugar informe, tierra “caótica”, es decir, un corazón despojado de todo [...]. Retrocediendo más acá de cualquier apariencia, renunciando a todo alimento. Cristo ayuna durante cuarenta días, ¿por qué debe enfrentarse a la tentación en el desierto durante cuarenta días?

La ilustración bautismal tiene por objeto arrojar a Satanás del interior del hombre; ello permitirá verlo, por tanto, como un ser externo a sí mismo, como un instigador, como un tentador [...].

El *Génesis* es un rito iniciático con el que nos distanciamos de la presa de lo creado y nos libramos a la realidad precósmica; el ayuno de cuarenta días en el desierto es una celebración del *Génesis*. El desierto es, de hecho, un lugar de purificación [...] Después de cuarenta días, el hambre se deja sentir; tras el más perfecto de los ritos, se recae en lo cotidiano. Y Satanás tiene la palabra. Pero ya está identificado: Es totalmente externo a nosotros, ya no es carne de nuestra carne, si sabemos imitar, llevar encima a Cristo.

Satanás se presenta ahora en su capacidad de reducirse a lo infinitamente pequeño, (evanescente voz en los márgenes de nosotros mismos o en el centro de nosotros mismos) o de dilatarse en lo infinitamente grande [...] El mal está allí providencialmente a fin de hurtarnos a él, o para que aprendamos qué posibilidades del mismo hay en nosotros”. Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, pp. 220, 225.

⁶² John Cowper Powys, *El arte de olvidar lo insoportable*, p. 14.

⁶³ *Idem*.

la autoprotección y se entrega a la autolaceración; considera que “El imperativo categórico que nos impulsa a encarar lo que nos mortifica, es un fenómeno mental de singular interés: el vicio de la autolaceración (¿Vicio primigenio, primitivo, mítico?)”⁶⁴.

Durante “los ángeles sonámbulos” asistimos al ataque que el poeta emprende contra sí mismo en el afán de extirparse el pasado. Momento en que verificamos el cumplimiento de la advertencia de Powys sobre la autolaceración:

Ojos invisibles, grandes, atacan.
Púas incandescentes se hunden en los tabiques.
Ruedan pupilas muertas,
sábanas (79).

Powys exhibe incluso el carácter mítico del viaje en que el protagonista se desdobra para mostrar la antagonía que lo habita: “perseguido y perseguidor”⁶⁵, éste último expresado, en *Sobre los ángeles*, por las presencias angélicas.

En “Los ángeles sonámbulos”, donde ya verificamos la práctica de desdoblamiento, ahora presenciamos la división de la naturaleza del poeta en ese “perseguidor y perseguido” cuando Alberti pide a una segunda presencia que deje de hostigar su pasado, que no indague más sobre él:

Lo sabéis, lo sabéis. ¡Dejadme!
Si a lo largo de mi se abren grietas de nieve,
tumbas de agua paradas,
nebulosas de sueños oxidados,
echad la llave para siempre vuestros párpados
¿Qué queréis? (79).

Finalmente, si alguien se atreve a mirar por el boquete oscuro en que el pasado despliega sus huestes –sus ecos alados– deberá terminar el proceso para salvar su vida, entregar lo más que le sea posible, arrancárselo y exponerlo, liberarse de ello y perdonárselo porque como predica Powys: “Una imaginación sensible sabe que cuando ha cedido a la contemplación de la cabeza de la Gorgona, y ha experimentado el horror, la repugnancia y el disgusto, es necesario que olvide, que entregue, que se lave si ha de conservar la cordura”⁶⁶; por eso Alberti queda sin escapatoria después de mirar y provoca el viaje de *Sobre los ángeles*.

⁶⁴ John Cowper Powys, *op. cit.*, p. 14.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 15.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 23.

En “Invitación al aire” el poeta dialoga con el pasado, esa “Sombra de veinte siglos” que vive en las profundidades horrendas de “veinte tumbas”; la invita a exponerse, a airearse y con ello conceder liberación al poeta:

Te invito, sombra, al aire.
Sombra de veinte siglos,
a la verdad del aire,
del aire, aire, aire.
[...]
Sombra sin luz, minera
por las profundidades
de veinte tumbas, veinte
siglos huecos sin aire,
sin aire, aire, aire (37).

Porque como dirá Bachelard, estas sombras pasadas, tal vez provenientes de la infancia, deben encontrar un futuro que las resuelva:

Esta infancia entre brumas y resplandores, esta vida en la lentitud de los limbos, nos da una cierta espesura de nacimientos. ¡Cuántos seres hemos empezado a ser! ¡Cuántas fuentes perdidas que sin embargo han corrido! [...] Ensoñaciones hacia la infancia: ese pasado muerto tiene en nosotros un futuro, el futuro de sus imágenes vivas, el futuro de ensueño que se abre delante de toda imagen recuperada ⁶⁷.

3. Viaje a los rituales del pasado

Recordemos que nuestro trayecto es emanado por los labios de un hombre con la infancia construida en una sociedad plagada de mitos y ritos católicos, leyendas sobre héroes cristianos (santos) y sus empolvadas imágenes. Recorramos algunos ecos de estas creencias para comprender la importancia del sistema que conforman y, al ritmo de sus rituales, durante el pasado del poeta, escuchemos poblar el alma albertiana con los colores del cristianismo.

Iniciemos con el desplome de los soberbios demonios cuyo fulgor se desvanece mientras la caída angustiante los debilitaba; su descender se asemeja al que ocurre en “Paraíso perdido” cuando el poeta prorrumpe “¡Oh boquete de sombras!” (12) entre un “[...] espanto de tinieblas sin voces!” (12) mientras internamente toma conciencia de su gran pérdida y en un desmayado lamento exclama: ¡Qué pérdida mi alma! (12).

Del otro lado de la moneda, *Sobre los ángeles*, permite la convivencia con el vitalizante “ángel bueno”, con su sabia y protectora compañía, su sonora

⁶⁷ Gastón Bachelard, *op. cit.*, p. 170.

comuni3n que “dentro del pecho” (42) abre “corredores anchos, largos, / que sorben todas las mares” (42), que produce latidos nuevos “¡Campanas!” (43) cuyo repicar redime a la manera de una “carta” (43) divina.

Por supuesto aparecen las consecuencias irremediables del pecado, como las de “El 1ngel rabioso” que llega con su agrio aliento a “incendiar” (40) los mares de “milenios de odios” (40) y “lluvias de rencor” (40) que el poeta ha guardado tras sus “puertas de sangre” (40).

Tambi3n tenemos noticia de consecuencias agradables, como los frutos del esp3ritu –productos sanadores que emanan paz y benignidad– como en “El 1ngel bueno” tras cuyo arribo se “alumbran todas las calles” (42), se “acercan todas las torres” (42), las “ciudades deshabitadas / se pueblan” (42), los “trenes descarrilados, unidos / marchan” (42), y los “naufragios antiguos flotan” (42) todo ello como consecuencia de los amores entre la luz y el agua: “la luz moja el pie en el agua” (42).

En resumen, la historia sagrada y los dogmas cristianos est1n latentes en Alberti, esperando el afortunado pretexto que dispare la b3squeda de sus im1genes, su resurrecci3n, no como recuerdo, sino como esquema de vida, como gu3a en un viaje que descendiendo asciende.

Solita Salinas de Marichal puntualiza que este conocimiento religioso obtenido por Alberti durante su niñez lo trascendi3 hasta plasmarse en su obra, pues “En sus aņos de estudio en el Colegio de los Jesuitas del Puerto, entre los cuales el de la historia sagrada era el m1s constante, Alberti acumul3 una sabidur3a ang3lica considerable. Al lanzar por los aires a sus huestes aladas, 3stas despiertan en nosotros m3ltiples ecos”⁶⁸.

Por su parte Bachelard asegura que: “Los recuerdos puros repetidos sin cesar, se convierten en estribillos de la personalidad”⁶⁹ lo cual provoca que la infancia dure toda la vida, pues “animar1 largos sectores de la vida adulta”⁷⁰, los har1 regresar constantemente; por lo anterior interpretamos que en Alberti se impuso la necesidad de regresar a la infancia en ese “sector” cuyos estribillos cantan las

⁶⁸ Solita Salinas de Marichal, *El mundo po3tico de Rafael Alberti*, p. 195.

⁶⁹ Gast3n Bachelard, *La po3tica de la ensoņaci3n*, p. 161.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 39-40.

razones de su conciencia; esta necesidad se produjo porque hoy como antaño todo hombre, y el lo es, necesita el fragor de la victoria entre sus dedos, necesita convertirse en héroe, en el héroe que deseó ser durante los años alados de su infancia; quiere vivir y rescatarse, desea renacer y por ello es capaz de permitir la engullición más primitiva, de caer al “boquete de sombras” (12) y ser un deglutido Jonás que –al salir de la ballena– acepta su monstruosidad para impactar al mundo a través de ella; necesita presentarse “vivo”, aunque el costo sea la deformidad; espera aparecer, aunque sea “herido, alicortado” (112); y es que el hombre, aún hoy, se atreve a emprender el viaje iniciático si éste le permite escuchar en su laberinto cuando menos el eco del silbo creador.

Alberti sólo conoce una historia de redención, un laberinto que explorar, un rito de crecimiento, un mito de amor y un héroe, el más grande del mundo occidental: Cristo, que clavado en la memoria del poeta genera el ímpetu con que su alma se enciende para buscar el “Paraíso” (13).

En sus recuerdos subyacen los latidos de la historia sagrada, en ella el héroe se entrega al prójimo sin escatimar su propia muerte, Tito, discípulo del apóstol Pablo, dirá de Cristo: “[...] quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” ⁷¹.

El del héroe será entonces un relato que exige al creyente el compromiso de la imitación hasta el punto en que se logre la extinción del ego para permitir la recreación de la personalidad heroica en el individuo en cuestión, a este respecto el apóstol Pablo predicará: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” ⁷². Con lo anterior nos es revelada una dinámica en que la deidad se entrega por el hombre y el hombre cierra el ciclo –unifica las fuerzas del cosmos– entregándose por ella. Es por esto que el poeta busca sacrificar en “Can de llamas” su cuerpo, “su carne” diría el apóstol Pablo, pues para él no es más que un “Campo metálico, seco” (66).

⁷¹ *Biblia devocional de estudio*, Tito 2:14.

⁷² *Ibidem*, Gálatas 2:20.

En esta atmósfera el sacrificio que supone la engullición –sufrido por Alberti en “Paraíso perdido”– se presenta como el viaje purificador que transforma benéficamente, tal como lo relata el libro de Jonás que profetiza sobre el modo en que Cristo morirá y resucitará al tercer día:

Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás; y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches [...].

Y oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez [...]. Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra ⁷³.

El sacrificio es, como vemos, un procedimiento costoso, que permite que del sufrimiento derive el crecimiento, sin embargo, cuando evadimos el sacrificio y caminamos sin cautela creyendo en las bondades aparentes de aguas malignas que en sus adentros ocultan “hoyas y lodos” (110) surgen seres dañinos que acechan codiciosos de la vanidad que nos habita y, a modo de “alacranes” (110), esperan la cercanía de nuestros pasos para hacernos sufrir, devorarnos y dejar “plana, sin alma” (66) nuestra vida sin un ciclo que corone el sufrimiento enfrentado, atrapados en el sinsentido. “Los ángeles feos” son la expresión de ese sufrimiento que no fructifica, son fantasmas que duermen en el “vaho” (110) de las “charcas” (110) apocalípticas “donde el amoníaco aprieta la codicia de los alacranes” (110) y en donde “Si os atrevéis a dar un paso, / sabrán los siglos venideros que la bondad de las aguas es aparente” (110); ciertamente es un poema que camina de la mano con la escena del noveno capítulo del libro de Apocalipsis ⁷⁴ en que se abre el pozo del abismo y sube un vaho que es como “humo de un gran horno” y que oscurece “el sol y el aire” Alberti dirá en “Los ángeles feos” que genera el “alba más desgraciada”; de ese humo salen langostas terribles y poderosas cuyo único deseo es lastimar como escorpiones a aquellos que “no tuviesen el sello de Dios en sus frentes”, aquellos que renuentes al sacrificio se han autocondenado al sufrimiento sin sentido.

Todo lo anterior define la dimensión del relato divino de salvación, el relato de entrega, sacrificio, transgresión, premio y castigo en que no se escapa de las consecuencias durante la vida o después de ella, en que los frutos expresan la naturaleza del hombre; respecto a esos frutos, no podemos negar el surgimiento

⁷³ *Ibid.*, Jonás 1:17, 2:1, 2:10.

⁷⁴ *Ibid.*, Apocalipsis 9:2-4.

de uno de ellos en Alberti, la templanza ⁷⁵, pues es claro que su impaciente violencia, tras *Sobre los ángeles*, queda moderada.

En consecuencia podemos presumir que obtuvo la capacidad de vivir en cualquier clase de circunstancia ⁷⁶, de trascender los asuntos “de la carne”, y ser “inmortal”, tal como lo predicará en “Morada del alma que espera la paz” en sus *Sermones y moradas*, obra que, entre otros asuntos, hace un recuento de lo acontecido en *Sobre los ángeles* donde el poeta fue “el único hombre capaz de hacer frente a un batallón de ángeles”, es por eso que en ella se atreve a lanzar el reto:

Heridme a mí, heridme porque soy el único hombre capaz de hacer frente a un batallón de ángeles
 Pero ya no existen: Los carbonicé a todos en un momento de hastío.
 Soy inmortal: no tengo quien me hiera.
 Y ahora me aburro ante las posturas desesperadas de los muertos que sueñan inútilmente con la resurrección de la carne ⁷⁷.

Sí, el Nuevo Testamento predicará con antelación lo expuesto por Alberti en sus *Sermones y moradas*: la cristiana es la historia en que los héroes son probados, pelean y vencen:

	Nuevo Testamento	Sermones y moradas
Son probados con laceraciones.	[...] y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado ⁷⁸ .	Heridme a mí, heridme porque soy el único hombre capaz de hacer frente a un batallón de ángeles
Derriban fortalezas	Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días ⁷⁹ .	Pero ya no existen: Los carbonicé a todos en un momento de hastío.
Ganan batallas aún contra la muerte; son inmortales.	[...] y que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio [...] ⁸⁰ .	Soy inmortal: no tengo quien me hiera.

⁷⁵ La carta a los Gálatas nos informa sobre los frutos esperables en un espíritu sano: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”. *Ibid.*, Gálatas 5:22-23.

⁷⁶ En la carta del apóstol Pablo a los Filipenses, en el capítulo 4:12, se define que la templanza cristiana implica saber vivir humildemente, hambrientos y con necesidad, o tener abundancia y estar saciados, esto sin que el ánimo se altere por ninguna de las dos circunstancias. El adquirir esta capacidad nos hace seres trascendentes, de cierta forma inmortales.

⁷⁷ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, p. 149.

⁷⁸ *Biblia devocional de estudio*, Hebreos 11:30

⁷⁹ *Ibid.*, Marcos 4:29.

⁸⁰ *Ibid.*, 2 Timoteo 1:10

En los pasajes de la fe el esfuerzo es recompensado con la paz y gozo eterno su mundo es el la muerte que da vida; el apóstol Pablo lo dirá así: “Porque nosotros que vivimos, constantemente estamos siendo entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo mortal”⁸¹.

Del mismo modo, en la “Morada del alma que espera la paz” en *Sermones y moradas*, Alberti ratifica el paso por una nocturna muerte que desembocó en vida cuando él, en *Sobre los ángeles*, enfrentó a “un batallón de ángeles”. En esa morada aparece: la horda demoníaca representada por el conjunto de alacranes que le impiden sosegar, el amanecer como una batalla contra estos seres (“Un alba gritó: ¡la guerra!”), las purgas que durante la “noche” oscura de su alma le extrajeron entes envidiosos, iracundos y coléricos (“vómito” de la “luna”), el valor para enfrentarlos y el regalo de la paz, cuyo símbolo es el revolotear de la “paloma 948” a quien ya nada le obstaculiza el tránsito:

Los cielos alacranados de aquel siglo impedían el advenimiento de las nuevas palomas.
El rencor se exaltaba en la cal excrementicia de los más viejos palomares.
Un alba gritó: ¡la guerra!
[...]
Al cerrarse un pestillo, la noche gritó: ¡muerte!
Y la luna que hasta entonces los astrónomos habían calculado yerta, abrió su boca por tres
lustros para vomitar sangre: sobre las espumas verdes de la envidia, sobre los
charcos amarillentos de la ira, sobre los paredones rojos levantados por la cólera.
[...]
Heridme a mí, heridme porque soy el único hombre capaz de hacer frente a un batallón de
ángeles.
[...]
Mas he aquí la paloma 948⁸².

Como vemos Alberti conoce el ciclo en se desarrolla la vida cristiana: ese morir para renacer; sabe que el creyente lee en cada rito el mismo argumento, por ejemplo en el bautismal: en primer instancia se representa la muerte con la engullición de las aguas (símbolo de la existencia terrestre y mundana que cubre al hombre y mantiene su espíritu muerto⁸³) en segunda el escape de ellas o más claramente la expulsión que ellas hacen del nacido de nuevo ya que es un ser

⁸¹ *Ibid.*, 2 Corintios 4:11.

⁸² Rafael Alberti, *op. cit.*, p. 148-149.

⁸³ “Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno”. *Biblia devocional de estudio*, 1 Juan 5:19.

ajeno a su naturaleza ⁸⁴ y finalmente el renacer que provee al discípulo del don preciado ⁸⁵; Ahora veamos como Alberti expone su renacer en “Sin más remedio” de *Sermones y moradas*:

Tenía yo que salir de la tierra,
la tierra tenía que escupirme de una vez para siempre como un hijo bastardo,
como un hijo temido a quien no esperan nunca reconocer las ciudades.
Había que llorar hasta mover los trenes y trastornar a gritos las horas de las mareas,
dando al cielo motivo para abandonarse a una pena sin lluvia.
Había que expatriarse involuntariamente,

[...]

Tú tenías a la fuerza que haber nacido solo y sufrido sin gloria [...] ⁸⁶.

El creyente en el bautismo ⁸⁷ imita a Cristo en su muerte y resurrección, el apóstol Pablo explica que al sumergirnos somos: “[...] sepultados con él [Cristo] en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos” ⁸⁸. Lo mismo sucede por medio del rito eucarístico ⁸⁹, pues, al hacernos partícipes del sacrificio que representa, nos insta a buscar el sacrificio personal.

Alberti sabe que todo lo anterior produce sus ciclos espirituales, sus ritos, el modo en que descifra los significados, los mecanismos de su pensamiento, es su historia y la de su pueblo, es el alma de la España por la que fue fraguado y que irremediamente lo atrae:

¿De donde sacamos los españoles esa poderosa tristeza, esas aguas terribles del pozo de la muerte, ese vivo y lejano dolor que nos estremece y hace sentirnos atraídos, hasta no poder despegar de ese temblor de párpados entornados, que nos penetran, fijos, sobre esos ojos como mirando desde el más allá ... Si el tremendismo español fuera siempre así no viviríamos, y eso que lo siguen todavía miles de cuadros religiosos, oscuros, penumbrosas legiones que hacen de la pintura española, hasta Goya, un angustiado pozo repetido de aguas insoportables [...].

[...] ¡Oh tristeza, oh temores, oh despiadados siglos de responsos, ejercicios espirituales loyolescos, rosarios...! [...].

Yo escribí sobre los ángeles, un libro, descendidos muchos de sus peldaños en el infierno, pero donde la nebulosa se concretaba casi siempre en claridad, inspirándome en algunas miniaturas de *Los Beatos* aquí, en *Europalia 85*, expuestos, lo más maravilloso

⁸⁴ El apóstol Juan aclara que el cristiano se transforma en un desterrado: “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”. *Ibid.*, Juan 17:14.

⁸⁵ “Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”. *Ibid.*, Hechos 2:38.

⁸⁶ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, pp. 125-126.

⁸⁷ En “viaje al pasado” en este mismo capítulo, cuando hablé del desdoblamiento, cité, en la nota al pie número 12, el análisis que Zolla presenta sobre el significado iniciático del rito bautismal.

⁸⁸ *Biblia devocional de estudio*, Colosenses 2:12.

⁸⁹ *Ibid.*, Mateo 26:26-28.

quizá de esta exhibición del alma endemoniada española. Algunos de aquellos poemas míos están vistos, gráficamente, en estos ángeles, en esos que se abren en seis alas [...] Toda la serie de *Los beatos* se me aparecieron apocalípticamente entonces, trayéndome ahora aquí, a estas neblinas nórdicas [...]⁹⁰.

Alberti se reconoce como un hombre marcado por el pensamiento religioso:

[...] como se va viendo, lo que más preocupaba a toda mi familia era nuestra educación religiosa, nuestra formación en los principios más rígidos en la fe católica con todas sus modestísimas consecuencias [...] de todos aquellos colegios andaluces se salía solamente con la cabeza loca de padrenuestros, pláticas terroríficas, y con tal cúmulo de faltas ortográficas e ignorancias tan grandes⁹¹.

Se recuerda como un niño negativamente sellado por faltas inconcientes contra los ritos básicos, como el eucarístico, por mofarse de ellos eludiendo el sacrificio que corresponde a un creyente:

De este sacrilegio [no haberse mantenido en ayunas, sacrificando la carne, antes de comulgar], a pesar de los remordimientos que me espantaron el sueño durante muchas noches, no se enteró nadie. Jamás me acusé de él a confesor alguno. No sé si desde entonces he vivido en pecado mortal⁹².

Bajo el acuerdo de que Alberti tiene una perspectiva marcada por los mitos cristianos y sus ritos esenciales, entendemos que *Sobre los ángeles* coincida con sus elementos (motivos) o se traspongan y traduzcan en él. Elémire Zolla habla de este proceso en que los textos sagrados son revividos por un creyente que los traduce conforme a su circunstancia, y así, crea un mundo habitado por arquetipos divinos (ángeles en el caso de Alberti):

[...] inspiradamente, divinamente traducido y traspuesto [el texto sagrado], somos elevados de la muerte a la vida, del cadáver del mundo que cotidianamente se nos muestra al cuerpo animado resplandeciente de vida, al mundo como se nos aparece si se convierte en un tapiz de metáforas que hablan de arquetipos que manifiestan lo divino, la creación a partir de la nada⁹³.

De esta experiencia surge un texto anagógico⁹⁴ y análogo al mundo visible que expresa metafóricamente su vivencia (en este caso la de *Sobre los ángeles*), porque no existe otro modo de expresar una vivencia espiritual:

El contemplativo goza de encuentros inefables. No redacta fichas de ellos, no hace comprobaciones de padrón, sino que elabora con precisión un relato que sea perfectamente análogo a su encuentro. Es escrupulosamente exacto, justamente porque no acumula noticias, hechos que se han de cuadrar. Ofrece el relato, y quien quiera hacer

⁹⁰ Rafael Alberti, *La arboleda perdida tercero y cuarto libros (1931-1987)*, pp. 360-361.

⁹¹ Rafael Alberti, *La arboleda perdida libro primero y segundo*, p. 25.

⁹² *Ibidem*, p. 14.

⁹³ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 31.

⁹⁴ Interpretación de las escrituras por la que se pasa del sentido literal a un sentido espiritual.

uso de él que lo ponga de nuevo en la mente, que lo contemple. Es un molde al cual vendrá a adherirse una experiencia, sobre él cabe alucinar con provecho⁹⁵.

Por su parte Bergson nos advierte que la doctrina no comunica la experiencia mística, esta permanecerá resguardada en el interior del alma privilegiada porque aunque el contemplativo busque las metáforas más precisas, nunca logrará capturar esa vida espiritual, ya que el simple hecho de expresarla se revela como un riesgo, puesto que sacrificará o mutilará su sentido real⁹⁶.

Recordemos que el mito, en sí, es entendido como un relato acerca de la divinidad en el cual cree el pueblo, es una manifestación cognoscitiva de la religión que por su significación se liga a actos rituales, acciones morales, organización social y actos prácticos. El rito expresa al mito en movimientos y acciones metafóricas que según Zolla transportan a “la experiencia de lo sagrado en [mediante] la suspensión de toda relación con el mundo cotidiano”⁹⁷.

Desde la perspectiva de Bergson mito y rito son formas cerradas de moral resguardadas por una religión estática⁹⁸, sin embargo, la función de mitos y ritos es propiciatoria, pues se transmiten con la intención de que los iniciados los traduzcan y adquieran la experiencia mística de unión con la divinidad, lo cual conduciría a dinamizar la religión. Elémire define este proceso de la siguiente manera:

La Tradición es la transmisión de la idea del ser en su perfección máxima, por tanto de una jerarquía entre los seres relativos e históricos fundada en su grado de distancia de aquel punto o unidad. Dicha jerarquía se transmite a veces no de hombre a hombre, sino desde lo alto, es una teofanía que se concreta en una serie de medios: sacramentos, símbolos, ritos, definiciones discursivas cuyo fin es desarrollar en el hombre aquella parte o facultad o potencia o vocación, como quiera decirse, que pone en contacto con el máximo del ser que se le permita, situado en la cúspide de su constitución corporal o psíquica el espíritu o intuición intelectual. Dado que el máximo del ser es la unidad, la *Imitación de Cristo* dice: “Quien lo encuentra todo en la unidad y lo ve todo en la unidad puede tener el corazón estable y vivir en paz con Dios”⁹⁹.

⁹⁵ Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 148.

⁹⁶ “[...] la doctrina está muy lejos de comunicar la experiencia mística [...]. Las palabras que componen el mensaje del místico sólo sugieren y describen su experiencia porque no pueden expresar lo inexpresable”. Gabriela Hernández García, *La vitalidad recobrada un estudio del pensamiento ético de Bergson*, p. 103.

⁹⁷ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 255.

⁹⁸ Gabriela Hernández García, *op. cit.*, p. 92.

⁹⁹ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 118.

Alberti fue aleccionado con los mitos y experimentó los ritos mientras corría el hilo de su vida, en *Sobre los ángeles* genera un relato en que dinamiza estas formas cerradas de moral y hace de cada episodio de su vida un símbolo que transporta al lector a un molde al que puede adherir su imaginación y alucinar con provecho en la suspensión de toda relación con el mundo cotidiano; es un molde que, según Gastón Bachelard, nos trae el permiso de soñar:

Estudios sobre la imaginación actual pueden ayudarnos a encontrar de nuevo los principios oníricos de ciertos mitos. Si los símbolos se transmiten tan fácilmente es porque se transmiten en el terreno mismo de los sueños. La vida activa les lleva con mucha frecuencia, la contraria. El ensueño sin fin los nutre. [...] Una imagen fundamental debía, por el crecimiento mismo del sueño, pasar a nivel cósmico¹⁰⁰.

Sin duda se evocará la cultura antigua para explicar las imágenes del fabulista, pero no es una razón para subestimar la imaginación personal. Parece en efecto que la cultura, al darnos a conocer los mitos antiguos que se asemejan a ciertos temas de nuestros ensueños, nos trae el permiso de soñar¹⁰¹.

4. Viaje del ritual al misticismo

Sobre los ángeles sube el siguiente peldaño y lucha contra la religión estática de los seres amados a través de sus propias armas: el catolicismo acérrimo enfrentado a sí mismo por medio de una vivificación de los mitos que lo originaron. Descubre ante los ojos de los “fariseos”¹⁰² el verdadero significado de sus símbolos petrificados, antiguas cápsulas de conocimiento que al perder movimiento llenaron las conciencias españolas de telarañas densas y pegajosas en que el temor inyectó su veneno, sus prejuicios lacerantes. Para entender esta última fase del viaje albertiano será importante que Bergson nos explique la diferencia entre religión estática y dinámica:

La función general de la religión estática consiste en prevenir, mediante la fabulación, los peligros que la inteligencia provoca a la sociedad. Es una religión infraintelectual, natural.

La estructura social más primitiva tiene ya a la inteligencia como sustituto del instinto y junto con ella a la función citada. Pero esta religión no es la única estructura que se ha producido en la historia; por un esfuerzo espiritual el hombre pudo salir de la simbolización y fabulación propias de la religión natural, y logró coincidir con la corriente evolutiva de la vida. De esta manera surge una religión dinámica unida a una intelectualidad superior. Bergson la caracteriza como supraintelectualidad. Esta es pues la otra forma esencial de religión

La religión dinámica tiene una significación moral más alta que la estática; en esta última, el hombre se subordina a la función fabuladora para mantener una realidad

¹⁰⁰ Gastón Bachelard, *El aire y los sueños*, p 270.

¹⁰¹ *Ibidem*, pp. 273-274.

¹⁰² Estos personajes históricos y bíblicos son considerados el símbolo nuevo testamentario de la religión estática condenada por el cristianismo cuando este, en sus inicios, fue dinámico.

imaginaria que sostenga el orden y estabilidad del todo social. En cambio la confianza en el equilibrio de la estructura social en la religión dinámica, depende del amor a la humanidad y del apego al impulso de la vida.

A través del misticismo ésta transporta al alma a un plano más elevado desde donde coincide con la vida y se relaciona con los otros; da la seguridad social y la confianza en su estabilidad, al igual que la religión estática, pero esta seguridad será eminente en comparación con la otra; esto se debe a la diferencia de naturaleza, más que de grado, que hay entre estas dos formas de la religión. Para Bergson la distinción se nota en los alcances que su acción tiene para la humanidad¹⁰³.

El poeta irreverente y curioso nace en medio de la telaraña de religión estática. –¡Cristo baja al mundo! – Gritan sus tíos en medio del ritual de la vida religiosa – ¡Para la redención, para perdonar nuestros pecados!– Le susurran lento al oído sus tías. Su madre lo mira al alma, lo escruta, le regala flores con aroma nuevo y deja correr fuentes fidedignas de su pecho. Ella es rescatada por su hijo en medio de *La arboleda perdida*, casi en el resplandor solar de su frondoso ramaje: “Una mujer rara y delicada, que tanto como sus santos y vírgenes amaba sus plantas y las fuentes, las canciones de Schubert que tocaba al piano, las coplas y romances del sur, que a mí sólo transmitía quizá por ser el único de la casa que le atrajeran sus cultos y aficiones”¹⁰⁴.

Ella, puso en sus manos el botón por florecer del mito tradicional: –¡Vive como héroe, muriendo cada día!– Húndete como él en la telaraña y lucha, lucha hasta el día de tu nacimiento, cuídate de los grilletes perlados porque el mito augura que el que teje la telaraña buscará tus días desérticos como buscó los de Cristo y vendrá a decirte que puede regalarte el mundo sin necesidad de tu entrega, es el engañador y ha cegado a todos tus contemporáneos y a los que te precedieron; “familia hundida” por la que el poeta se lamenta:

¡Cuántos brazos y angustiados pulmones hemos visto luchar fiera y desesperadamente por subir de esas simas, sin alcanzar al fin ni un momentáneo puñado de sol!

¡Cuánta familia hundida! ¡Horrible herencia de escombros y naufragios!

Los seres más queridos de mi infancia y años juveniles flotan por el fondo de esas tristes pavesas, perdidos para siempre, muerta ya en mí la esperanza de verlos algún día, firmes, sobre la luz. Por esos mares de esperanza ruedan, como ahogados vivientes, mis hermanos y hermanas, mis primos, multitud de lejanos amigos del colegio y, lo más doloroso, maestros admirados, compañeros de generación literaria¹⁰⁵.

¹⁰³ Gabriela Hernández García, *op. cit.*, p. 98.

¹⁰⁴ Alberti, Rafael, *La arboleda perdida libro primero y segundo*, p. 17.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 26

Ese, el espíritu de la fe muerta, sacrificada en un madero cuyas astillas hoy son reverenciadas en “oraciones al toque de Ánimas por capillas oscuras”¹⁰⁶ es el objeto contra el que Alberti ha decidido su lucha, el objeto aborrecido que mató la esperanza del niño:

Aunque en la actualidad deteste y odie el imbécil alarde antirreligioso, si no peor en su extremo, por lo menos tan desagradable e inculto como el más cerril de los beatos, quiero consignar una vez más en mi obra la repugnancia que siento por este último espíritu católico español, reaccionario, salvaje, que nos entenebreció desde niños los azules del cielo, echándonos cien capas de ceniza bajo cuya negrura se han asfixiado tantas inteligencias verdaderas¹⁰⁷.

Raíces antiguas e infantiles, extienden su savia hasta el ramaje de *Sobre los ángeles*, pero en ellas no hay palpitaciones, provienen de la edad cantora de mitos y sólo contienen huesos descarnados; no hay una fuerza que impulse, porque los que entonaron los cantos heroicos nunca intuyeron al héroe y con su voz transformaron el gozo del contacto con la divinidad en beatería, superchería barata, muerte, pesadilla constante de vida sin significado, mito disuelto y empolvado:

[...] una rama muerta prolongada hasta hoy en una interminable pesadilla de tíos y tías, primos, primas, tías y tíos segundos, beatos, maniáticos, borrachines, ricos, pobres, terribles. [...] verdadero y tiránico reinado de los tíos. En todas partes me los encontraba [...] a las ocho de la noche, en el banco de piedra de algún paseo solitario o hablando solos, de rodillas, en el rincón oscuro de la iglesia más apartada [...] ese histérico dominio, ese celoso y bien intencionado poder no se me aclara y duele hasta unos años más allá de cuando se adquiere eso que llamamos uso de razón [...]¹⁰⁸.

Ellos, asesinos e hipócritas, fingieron ser amantes del mito mientras le degollaban y dejaban ir por las cloacas su sangre para, en su lugar poder custodiar ángeles de piedra guardados en capillas y envueltos en oraciones de ciclos pervertidos.

El poeta dejó atrás la infancia, pero –durante la “noche oscura” de su alma– se impuso la necesidad de enfrentarla, de abrir las doctrinas selladas; en palabras de Bergson “tiempo de trascenderse”:

Existe un puente necesario entre lo estático y lo dinámico, entre lo cerrado y lo abierto, este puente es la intuición humana que hace que el hombre se trascienda a sí mismo mediante el esfuerzo creador.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 16

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 25.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 11.

[...] La experiencia de la creación por la que pasa el místico en este contacto es una emoción supraintelectual que precede a las ideas; es la irrupción del impulso creador. Esta apertura a la vida creadora pone en contacto al místico con el origen dinámico de la vida¹⁰⁹.

Alberti lucha contra la tradición de sus antepasados porque odia ver su decadencia y emprende esta batalla, porque la decadencia de ellos es la de él mismo, si los enjuicia, la condena lo persigue, porque, como nos dice, son “Gentes de las que aún siento en mí su eco, de las que aún me reconozco retazos de su voz y ademanes”¹¹⁰.

El poeta decide romper el velo, las capas de polvo que –lanzadas por sus antepasados– lo han cegado, se desvanecerán cuando termine el viaje por entre las transgresiones, desde luego no entre todas, la vida humana no es suficiente para rastrear el total de actos y sus consecuencias. Este es sólo el inicio, la toma de conciencia, un primer viaje, contacto de nacimiento que como latido cardíaco deberá romper la pausa y empujarlo nuevamente desde el alma, mientras el aliento le dure.

Se embarca en esta empresa, para dinamizar la religión estática al punto que le permita una relación mística con el origen de toda fuerza, llamado por Bergson el principio trascendente¹¹¹; lo cual nos permite deducir que gran parte del valor del texto no radica únicamente en los ritos y mitos que subyacen en él, sino especialmente en la transición de la moral cerrada –basada en la tradición inculcada al poeta por sus padres y tíos– a la moral abierta profesada en una religión dinámica que en su más desarrollada manifestación logra el único misticismo reconocido por Bergson: el cristiano¹¹². Me parece necesario establecer que, sin embargo, para Bergson la relación entre el misticismo y la religión estática es inalienable, puesto que el primero se logra escalando en la segunda¹¹³.

¹⁰⁹ Gabriela Hernández García, *op. cit.*, pp. 99,100.

¹¹⁰ Alberti, Rafael, *La arboleda perdida libro primero y segundo*, p. 26.

¹¹¹ Gabriela Hernández García, *op. cit.*, p. 107.

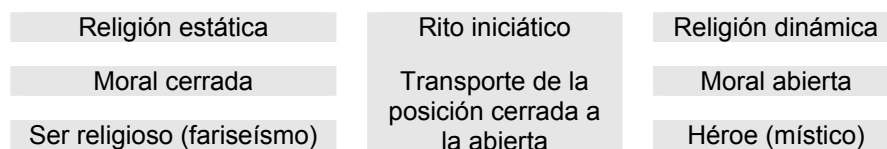
¹¹² *Ibidem*, p. 102.

¹¹³ Bergson aclara que: “La propagación del misticismo depende en gran medida de la relación estrecha que mantiene con la religión estática; ésta es entendida por Bergson como la cristalización o sedimentación de lo que el misticismo depositó en el alma de la humanidad; es por la religión que se transmiten y conservan las experiencias que tuvieron los místicos, por medio de la enseñanza doctrinal, accesible e inteligible para todos los hombres. Por tanto el misticismo no se

El objetivo de Alberti es –tras seguir los pasos expuestos por el rito iniciático– dinamizar la religión que le fue enseñada como un sistema estático y muerto, petrificado, y así lograr el contacto con la divinidad; pero, hará falta decir que a pesar de su esfuerzo y aunque se obtienen beneficios cercanos a la redención, ésta, tal cual, no se verifica.

En el siguiente apartado analizaremos la opinión de Fernando Savater sobre el resultado del ritual, que no necesariamente traerá el contacto con la divinidad, sino que puede traer aún “la resignación, el enriquecimiento de posibilidades o la aceptación de su finitud” ¹¹⁴. Elémire Zolla concuerda con Savater y nos dice que existe ganancia aún cuando el seguimiento del ritual sea por “breves trechos” ¹¹⁵.

En conclusión, el que la religión se transforme en un sistema viviente genera una moral abierta considerada como el galardón del héroe: personaje mítico que busca la redención. A manera de esquema:



El camino del héroe es un rito de iniciación para aquel que desee amar como hombre, amar más allá del agrado que nos provoque el otro, más allá de la atracción y aceptación que nos produzca el monstruo del espejo, amar-nos.

5. Viaje hacia abajo

En este capítulo analizaré el descenso desde dos perspectivas: La que propone Fernando Savater en *La infancia recuperada* para entender su significado espiritual y la bíblica, que nos hace reflexionar sobre la necesidad que tenemos de experimentarla.

5.1 Fernando Savater y el descenso

Con respecto a la vigencia de la estructura del viaje iniciático, Savater considera que: “El ochenta por ciento de los textos de aventuras revisten explícita o

opone a la religión estática, sino que mediante ella se mantiene latente el impulso originario de los místicos”. *Ibid.*, p. 105.

¹¹⁴ Fernando Savater, *La infancia recuperada*, p. 69.

¹¹⁵ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 274.

implícitamente la forma de un viaje, desglosable siempre con suma facilidad en pasos hacia la iniciación”¹¹⁶, para él, estas obras en que la aventura rige el texto guardan siempre la siguiente estructura:

El adolescente, todavía en el ámbito placentario de lo natural, recibe la llamada de la aventura acompañado por un iniciador, figura de energía demoníaca a quien juntamente teme y venera, emprende un trayecto rico en peripecias, dificultades y tentaciones; debe superar sucesivamente pruebas y, finalmente, vence al monstruo o más generalmente, afronta a la Muerte misma; al cabo renace a una nueva vida, ya no natural, sino artificial, madura, de un rango delicadamente invulnerable¹¹⁷.

Esta estructura nos remite a la de *Sobre los ángeles* en que: El ángel muerto permite la caída del poeta al que le sobreviene la subsecuente visita de hordas angélicas que llenan su trayecto de peripecias, dificultades y tentaciones cuyo objetivo es generar la mortal confrontación del poeta consigo mismo, su entrega a la transformación, a la mutilación, al corte de alas con que, finalmente, paga madurez e invulnerabilidad¹¹⁸. Para Savater este andamiaje que transparenta el rito iniciático tiene propósitos casi paradójicos que van de la obtención de “la virilidad, la resignación, el enriquecimiento de posibilidades, [a] la aceptación de su finitud”¹¹⁹.

Savater lee en la materialidad de los diferentes tipos de viaje iniciático significados que revelan características espirituales de los mismos, a nosotros nos interesará uno en especial, el del descenso, del viaje hacia abajo y nos interesa porque Alberti nos revela que sus ángeles “no eran los del cielo [...] [sino los de] los más hondos subsuelos de la tierra”¹²⁰.

Las características espirituales que se revelan en el descenso albertiano son: El desfondamiento, la inestabilidad física y mental y el encuentro con su esencia interior, central.

- Desfondamiento

Fernando considera que el descenso puede tratarse de una manera de “Desfondar el fundamento que nos subyace”¹²¹ y Elémire Zolla nos aclara que el hombre

¹¹⁶ Fernando Savater, *op. cit.*, p. 69.

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ Ya antes hablé de la invulnerabilidad obtenida por el poeta –la templanza– en el tercer apartado de este capítulo cuando analicé “Morada del alma que espera la paz” de *Sermones y moradas*.

¹¹⁹ Fernando Savater, *op. cit.*, p. 71.

¹²⁰ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Tercero y cuarto libros (1931-1987)*, p. 38.

¹²¹ F. Savater, *op. cit.*, p. 71.

contemporáneo se ha enfundado en un materialismo que lo aísla de lo religioso pero que inevitablemente se desfonda y provoca enfrentamientos con ángeles perversos ¹²². Respecto a este asunto Alberti confiesa:

¿Qué espadazo de sombra me separó casi insensiblemente de la luz, [...] para arrojarme en aquel pozo de tinieblas, aquel agujero de oscuridad, en el que bracearía casi en estado agónico, pero violentamente, por encontrar una salida a las superficies habitadas, al puro aire de la vida? ¹²³.

Alberti no se desfonda conscientemente, es un suceso ajeno al que –por deseo oculto o impotencia real– él da cauce; el hecho es que la caída es inminente y esta conciente de haber perdido su estabilidad: “Yo había perdido un paraíso, tal vez el de mis años recientes, mi clara y primerísima juventud, alegre y sin problemas” ¹²⁴ factor que, según Fernando, puede distinguirse en este tipo de trayectos en los que “se pierden las más estables coordenadas” ¹²⁵.

- Inestabilidad física y mental

Otra característica en común, más allá de la ficción del texto, es que en el empeño de abrir el espacio inferior puede tambalearse nuestra estabilidad física, nuestro equilibrio mental, la misma razón ¹²⁶; este hecho se ratifica en las vivencias experimentadas por Alberti durante la gestación de *Sobre los ángeles*, lo sabemos por las escenas que expone en *La arboleda perdida*:

[...] Me encontraba de pronto como sin nada, sin azules detrás, quebrantada de nuevo la salud, estropeado, roto en mis centros más íntimos. Me empecé a aislar de todo. De amigos, de las tertulias, de la residencia, de la ciudad misma que habitaba. Huésped de las tinieblas llegue a escribir a tientas, sin encender la luz, a cualquier hora de la noche, con un automatismo no buscado, un empuje espontáneo, tembloroso, febril, que hacía que los versos se taparan los unos a los otros, siéndome a veces imposible descifrarlos en el día. El idioma se me hizo tajante, peligroso, como punta de espada. Los ritmos se partieron en pedazos, remontándose en chispas cada ángel, en columnas de humo, trombas de ceniza, nubes de polvo. Pero mi canto no era oscuro, la nebulosa más confusa se concretaba, serpenteante como una víbora encendida. La realidad exterior que me circundaba urdiéndose en la mía, sacudía mis antros con más fuerza, haciéndome arrojar en medio de las calles, enloquecida lava, cometa anunciador de futuras catástrofes. Lo hacía enfermo, solo. Nadie me seguía [...] ¹²⁷.

¹²² “Hemos llegado a un momento histórico en que el envoltorio de plomo de las teorías materialistas, en las que el hombre se había encerrado para no recibir más influencias celestiales ni tampoco emanaciones de los infiernos, empieza a resquebrajarse por abajo, y los espíritus del mal suben a adueñarse del hombre inerme, que ha olvidado los conjuros más simples”. Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 206.

¹²³ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 245.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 246.

¹²⁵ F. Savater, *op. cit.*, p. 72.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 71.

¹²⁷ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, pp. 246-247.

Como señala Savater, este tipo de viajes llevan a “Abismarse en lo que nos sustenta” ¹²⁸, en la raíz de nuestra existencia en lo que Alberti bautiza como sus propias ruinas:

¿Qué hacer, cómo hablar, cómo gritar, cómo dar forma a esa maraña en que me debatía, como erguirme de nuevo de aquella sima de catástrofes en que estaba sumido?

Sumergiéndome, enterrándome cada vez más en mis propias ruinas, tapándome con mis escombros, con las entrañas rotas, astillados los huesos ¹²⁹.

Savater asegura que: “si el suelo ya no puede utilizarse como apoyo puesto que lo hemos abierto, lo que nos sostenía pasa a ser lo que nos cubre” ¹³⁰ y por eso Alberti acaba “tapándose con sus escombros”.

Como vimos, el poeta considera que este viaje saca a flote sus aspectos “contradictorios, inexplicables y laberínticos” ¹³¹, a partir de esos adjetivos podríamos coronar el trayecto con una palabra: enloquecedor, que de hecho es otra característica de los descensos subrayada por Savater.

- Viaje al centro

Alberti en *La arboleda perdida* nos confiesa que el carácter espiritual de sus ángeles es muy semejante “a los estados más turbios y secretos” ¹³² de su naturaleza; el viaje que el poeta emprende está plagado de estos seres que son, como Savater lo entiende, la revelación subterránea de “lo podrido, lo olvidado, lo temido, lo que debe ocultarse” ¹³³; esencialmente Savater indica que si se ha de hablar de un viaje hacia abajo, se ha de hablar de un viaje al centro; subraya que no podemos olvidar que reptamos sobre una esfera, y que el destino es el centro de la misma.

Cuando hablamos del símbolo de la esfera tenemos que hacer varias consideraciones que nos permitan asimilarlo en su totalidad para imaginar cómo el canto de Alberti “serpenteante como una víbora encendida” viaja atravesando la esfera por un radio que le conduce a sus centros:

Se puede ver al centro de la esfera como el Yo único y verdadero, la esencia espiritual que constituye la identidad más profunda del ser, y a la circunferencia como a los múltiples

¹²⁸ F. Savater, *op. cit.*, p. 71.

¹²⁹ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 246.

¹³⁰ F. Savater, *op. cit.*, p. 72.

¹³¹ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 246.

¹³² *Idem.*

¹³³ F. Savater, *op. cit.*, p. 72.

egos con los que de ordinario solemos identificarnos. El radio será aquí el camino que en virtud de la iniciación recorreremos en la búsqueda de ese centro supremo que cada ser individual únicamente puede encontrar en su propia interioridad¹³⁴.

Entendemos que el viaje al centro, al ombligo divino, proporciona poder espiritual y autoconocimiento; Alberti corrobora esta creencia, que asocia el viaje hacia abajo con la introspección destinada al encuentro divino, cuando nos muestra el origen de los ángeles y demonios fincados en su interior, que surgieron: “mientras había estado trabajando en mis centros, de donde ensangrentados de mi propia sangre me los iba extrayendo, clavándolos en aquellos poemas que ya tocaban su fin”¹³⁵.

El poeta se consideraba “roto en sus centros más íntimos”¹³⁶, de esa ruptura emergió la necesidad del viaje verbal, que, aunque confuso en su brote, concretó una imagen mítica, reptante, de “víbora encendida”¹³⁷ en sus palabras.

Savater considera que en todo tiempo lo que está abajo ha sido especialmente tentador; puesto que allí se encuentra el reino de los muertos; para Alberti, se trata del reino de todos sus ancestros, de su pasado ligado a ellos, se trata de un tesoro oculto que no ha podido asimilar y que por tanto no le ha podido enriquecer, no le ha dotado con aquello que le permitirá acceder y controlar mejor su circunstancia.

La esperanza con que se vulnera la superficie y se escarba en ella es la de surgir de nuevo, renacer. Savater nos recuerda que: “El segundo natalicio nos proporciona fuerzas renovadas, una disposición vital impecable que el contacto con el infierno ha templado y una familiaridad con lo fundamental que hace perder su horrible prestigio a lo irremediable”¹³⁸.

A Alberti le es revelado que el triunfo será el galardón de su heroico viaje verbal cuando visita la caverna de Altamira y se atreve a predestinar sus ángeles a la luz: “Abandoné la cueva cargado de ángeles, que solté ya en la luz” comenta. No es gratuito que el poeta ligue la afortunada visita a la caverna de Altamira con el triunfo de sus ángeles, pues parece incuestionable que la estructura del relato de este paseo está trabada con la del viaje iniciático descrito en *Sobre los ángeles*:

¹³⁴ Jack Tresidder, *1001 Symbols*, p. 146.

¹³⁵ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 252.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 246.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 247.

¹³⁸ F. Savater, *op. cit.*, p. 72.

Atravesamos unos campos sembrados, rasos, sin señales de nada. De pronto al bajar un declive del terreno, surgió una puertecilla. ¡Quién lo hubiera pensado!, por allí se penetraba al santuario más hermoso de todo el arte español. A oscuras empezamos a descender hacia el fondo de la tierra. Una luz se encendió, pero seguimos caminando por un pasillo estrecho, más en pendiente cada vez y húmedo. Yo ni me atrevía a respirar observando las rocas laterales, deseoso de descubrir algún indicio de lo que íbamos a ver. Nada. De repente unos ocultos reflectores se prendieron. Y ¡oh maravilla!, estábamos ya en el corazón de la cueva, en la oscuridad pintada más asombrosa del mundo. Recostados sobre las grandes piedras del suelo, pudimos abarcar mejor, ya que es baja la bóveda, aquel inmenso frescor de los maestros subterráneos de nuestro cuaternario pictórico. Parecía que las rocas bramaban. Allí en rojo y negro, amontonados, lustrosos por las filtraciones de agua, estaban los bisontes, enfurecidos o en reposo. Un temblor milenarío estremecía la sala. Era como el primer chiquero español, abarrotado de reses bravas pugnando por salir. Ni vaqueros ni mayores se veían por los muros, Mugían solas, barbadadas y terribles bajo aquella oscuridad de siglos. Abandoné la cueva cargado de ángeles, que solté ya en la luz, viéndolos remontarse entre la lluvia, rabiosas las pupilas ¹³⁹.

En esa oscuridad de los siglos, en la “nada del mundo”; él, el héroe mítico, anduvo “sin sueño, buscándose” por entre las profundidades que le hicieron ascender, porque como Ramón Xirau dice: “La paradoja [...] viene a decirnos que en la contemplación mística el ascenso es caída y la caída, ascenso” ¹⁴⁰.

5.2 Elementos bíblicos de las simas

Para finalizar este apartado revisemos los elementos bíblicos cuyas características empatan con las de las simas expuestas en *Sobre los ángeles*.

Al comenzar el viaje en “Paraíso perdido” descubrimos al poeta “sobre el último filo” (12) en el segundo que antecede la caída, ese que permite percibir la desgracia, pero que niega toda posibilidad de retorno. Al compararlo con lo expuesto por el apóstol Pedro respecto a los ángeles caídos, podríamos conjeturar que el destino del poeta es el mismo infierno:

Texto bíblico	<i>Sobre los ángeles</i>
Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio ¹⁴¹ .	muerta en mí la esperanza, ese pórtico verde busco en las negras simas. ¡Oh boquete de sombras! ¡Hervidero del mundo! ¡Qué confusión de siglos! (12)

¹³⁹ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 252.

¹⁴⁰ Ramón Xirau, *Entre la poesía y el conocimiento. Antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericana*, p. 555.

¹⁴¹ *Biblia devocional de estudio*, 2 Pedro 2:4.

Deshebremos lentamente los elementos de la escena. Con respecto al “¡Hervidero del mundo!” dos son las ocasiones en que los hervideros aparecen en la Biblia y en las dos aluden al poder de Dios:

1. ¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia!¹⁴².
2. Hace hervir como una olla el mar profundo, y lo vuelve como una olla de unguento. En pos de sí hace resplandecer la senda, que parece que el abismo es cano¹⁴³.

En la primera cita el hervir habla del establecimiento de la jerarquía y justicia de Dios por medio de la manifestación de su poder; la segunda parece complementar la historia, ya que muestra cómo ese hervidero tiene utilidad, es disciplina que adelante, en el camino, puede transformarse en unguento, siempre que el héroe no pierda su fe; llegado ese momento se nos regala la promesa sustentadora del valiente y fiel: el abismo puede transformarse en luz.

Por su parte, el espanto también es disciplina bíblica:

Y no pudo sufrirlo más Jehová, a causa de la maldad de vuestras obras, a causa de las abominaciones que habíais hecho; por tanto, vuestra tierra fue puesta en asolamiento, en espanto y en maldición, hasta quedar sin morador, como está hoy¹⁴⁴.

El espanto es un lugar “sin voces”; en él no hay presencia, ni existencia; es el momento de soledad que nos frunce el alma ante el inminente desastre.

Al poeta los errores pasados le agrietaron el piso y cayó; sin embargo, bíblicamente muchas de las caídas son procesos que derivan en victoria, el simple hecho de caer lleva consigo la promesa de redención, de ser librado “del hoyo de corrupción”¹⁴⁵.

El les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante?¹⁴⁶.

El héroe de *Sobre los ángeles* es justo y asume su posición errónea, su consecuente caída, pero no se rinde y marcha en busca de redención; aún cuando para encontrarla deba explorar su pasado y enfrentar sus antiguos hechos; viajar para desentrañar, atacar y vencer a un conjunto de demonios.

¹⁴² *Ibidem*, Isaías 64:1-2.

¹⁴³ *Ibid*, Job 41:31-32.

¹⁴⁴ *Ibid.*, Jeremías 44:22.

¹⁴⁵ *Ibid.*, Isaías 38:17.

¹⁴⁶ *Ibid.*, Mateo 12:11.

Revisando el recuento bíblico de caídas, no existe una peor a la acaecida en el Edén, cuando el hombre perdió la vida espiritual. Inspeccionando Génesis encontramos a la serpiente –el ángel orgulloso– alimentando la soberbia humana, derramando néctar de ego en los oídos del primer Adán, promoviendo visiones que le consolidasen como dios, haciéndolo soñarse poseedor de una fuerza que haga exigible el potencial divino. El logro: la primer y reiterada caída humana, el decrecer constante, la degradación perenne.

Pero, aunque este primer Adán es el que patrocina la pérdida del Paraíso y la muerte del espíritu, hay un hombre que es llamado el “postrer Adán”, Jesucristo, que surge con una función contraria, la de vivificar al espíritu humano ¹⁴⁷; por tanto, si el héroe ha de ser vivificado, es necesaria la caída que le haga entender su condición de muerte, y es en busca de la dádiva del segundo Adán, del “que estuvo muerto y vivió” ¹⁴⁸ que el Héroe cae a las *negras simas*, para imitar su autolaceración y, como él, obtener la redención.

En el rito cristiano el hombre, tras la caída, necesita experimentar la propia crucifixión ¹⁴⁹, y no sólo eso, porque según la fe es necesario además deslindarse del “mundo”, respecto a lo cual el apóstol Pablo declara: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” ¹⁵⁰. En la caída de “Paraíso perdido” ratificamos el extrañamiento que el héroe experimenta con respecto al mundo, cuyas ciudades, ríos, cumbres, mares, aves y cielos (11,12) permanecen indiferentes ante él.

Adelante, en el análisis que hago de “El ángel de arena” en el segundo apartado del cuarto capítulo dedicado a los ángeles dañinos, ratificamos la conciencia que el poeta tiene del significado de la primer caída bíblica y del antagonismo entre el escenario que la precede y el que se despliega como su consecuencia.

¹⁴⁷ El apóstol Pablo dirá sobre los dos Adanes: “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante [...] El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo [...] Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”. *Ibid.*, 1 Corintios 15:45, 47, 22.

¹⁴⁸ *Ibid.*, Apocalipsis 2:8.

¹⁴⁹ En palabras de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. *Ibid.*, Mateo 16:24.

¹⁵⁰ *Ibid.*, Gálatas 6:14.

Capítulo III. El alma como casa

Tras comprender los tipos de viajes que Alberti efectúa para resolver su crisis espiritual; en este capítulo conoceremos la arquitectura de su alma, viajaremos a través de ella descendiendo entre los túneles de su pasado, de sus rituales y del misticismo de los mismos; así descifraremos la aventura que se desarrolla entre sus galerías subterráneas por medio de cinco poemas: “Desahucio”, “El cuerpo deshabitado”, “El ángel bueno”, “Madrigal sin remedio” y “Juicio”.

Debo decir que el argumento de este breve recorrido esquematiza en gran medida el trayecto general de *Sobre los ángeles*, es como si Alberti a través de estos poemas iniciales nos regalase el plano de un paisaje que, más adelante, recorreremos magnificado.

1. “Desahucio”: El inquilino-dueño

En “Desahucio” el poeta se visita, pero como un extraño, disociado de sí; da la impresión de ser un inquilino más hospedado por el alma y no el dueño. Por su parte, los otros huéspedes son espíritus que manipularon al poeta hasta hacerse parte de su personalidad y, tras inestabilizarlo, obtuvieron el control.

En este episodio Alberti pregunta al nuevo inquilino, al parecer él mismo, sobre el momento en que dejará el lugar para dar entrada a sus antiguos habitantes:

Te pregunto:
¿Cuándo abandonas la casa,
dime,

qué ángeles malos, crueles,
quieren de nuevo alquilarla? (17-18).

Esta casa-alma por el momento no alberga agresores, pero hubo “ángeles malos, crueles” (18) que la habitaron y amenazan con regresar a luchar por ella pues la consideran suya, eso motiva al que arrienda a preguntar sobre la partida del nuevo. La casa-alma es un cascarón que nada ha atesorado, un lugar sin virtud que Alberti describe como: “Sola, / sin muebles y sin alcobas, / deshabitada” (17). Al visitarla (visitarse) permite que el aire se introduzca y la hiera: “[...] el viento hiere / las paredes, / las más finas, vítreas láminas (17).

El poeta se considera ¿esclavo?, ciertamente, pues al entrar, los versos producidos por su percepción sesgada nos da algunas pistas que podrían advertir esta situación: “Humedad. Cadenas. Gritos. Ráfagas” (17).

Abordaremos el recorrido de esta propiedad espiritual desde dos manifestaciones del cristianismo: la de la mística española de los siglos de Oro representada por santa Teresa en *Castillo interior o las moradas*¹⁵¹ y la principal, la bíblica.

1.1 *Las moradas* de santa Teresa.

Iniciaré el análisis presentando un breve esquema del desenvolvimiento del rito iniciático ascensional en *Las moradas* y los aspectos que caracterizan cada uno de los estadios que refiere:

Reino	Morada	Características	Situación del hombre
Espiritual	7°	Unificación	Despierto
	6°	Santificación	
	5°	Santidad	
Humano	4°	Presencia del Espíritu Santo en el alma	Despierto
	3°	Prueba de sinceridad hacia Dios	
	2°	Proceso de purificación	
	1°	Devoción y la búsqueda del alma;	
HOMBRE FUERA DE LAS MORADAS			Dormido

En “Desahucio” el hombre logra entrar a las moradas primera (de búsqueda) y segunda (de purificación).

A pesar de que *Sobre los ángeles* y *Las moradas* hablan de una misma experiencia, la perspectiva es distinta y teniendo frente a nosotros la opinión de dos viajeros será importante denotar en que radica la diferencia de sus perspectivas:

“Desahucio”	<i>Las moradas</i>
<ul style="list-style-type: none"> • Viajero novato. • El poeta habla de la experiencia mientras la vive. • Crónica del viajero novato. 	<ul style="list-style-type: none"> • Viajero experimentado. • La santa habla de la experiencia vivida y aconseja sobre como lograr el éxito. • Crónica del viajero experto.

¹⁵¹ Por su misticismo, *Castillo interior o las moradas*, funciona como elemento a través del cual descifrar los poemas albertianos, pero también porque, al madurar la experiencia angélica, Alberti escribirá *Sermones y moradas* que a la par de *Castillo interior o las moradas* es la crónica del viajero maduro que categoriza los elementos de una experiencia espiritual a través del alma.

Como notamos santa Teresa es una experta que entrega una crónica posterior al éxito de su viaje, mientras que el poeta nos regala su experiencia en tiempo real.

A continuación analizaremos diferentes aspectos de esta primer y segunda moradas teresianas en que el poeta desarrolla su “Desahucio”. El primero será la apreciación de éste como estancia:

A. El alma como estancia, castillo-casa

Morada primera, capítulo 1	“Desahucio”
[...] considerar nuestra alma como un castillo [...] adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas ¹⁵² .	Sola, sin muebles y sin alcobas, deshabitada (17).

Para el poeta y la santa el alma es habitable, sin embargo, por el momento, el poeta percibe un lugar sin subdivisiones, mientras que la santa habla de un lugar con muchos aposentos; el desacuerdo se explica por las diferentes perspectivas. En el inciso “D” de este apartado la santa aclara por qué las almas novatas no aprecian muchas de las características del alma.

B. Alma de cristal

Morada primera, capítulo 1	“Desahucio”
[...] considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal ¹⁵³ .	De rondón, el viento hiere las paredes, las más finas, vítreas láminas (17).

En este punto el poeta y la santa coinciden, el alma es un cristal claro pero de gran fortaleza, como el diamante. En “Desahucio” corroboramos la resistencia de este material al enterarnos de cómo soporta las fuertes ráfagas de viento.

C. Entrada a sí mismo

Morada primera, capítulo 1	“Desahucio”
Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él ¹⁵⁴ .	Ángeles malos o buenos, que no sé, Te arrojaron en mi alma (17).

¹⁵² Santa Teresa de Jesús, *Castillo interior o las moradas*, p. 23.

¹⁵³ *Idem*.

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 26.

Entrar al alma no es sencillo, la santa advierte que el interesado averiguará el cómo; por su parte, el poeta es intempestuosamente arrojado a ella. Desde las dos perspectivas este es un lugar ajeno y de complicado acceso, a pesar de nombrarse nuestra alma. Santa Teresa lo expone así:

[...] si este castillo es el ánima claro está que no hay para qué entrar, pues se es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene ¹⁵⁵.

¿Qué percibe el poeta al entrar en su alma? No mucho, algunas imágenes a ráfagas, escuetas y sin matices. Veamos que opina Santa Teresa al respecto:

D. Impedidos para apreciar al alma

Morada primera, capítulo 1	“Desahucio”
En fin, entran en las primeras piezas de las bajas [los viajeros]; mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar; harto hacen en haber entrado. [...] porque con tantas cosas malas de culebras y víboras y cosas emponzoñosas que entraron con él, no le dejan advertir a la luz. Como si uno entrase en una parte adonde entra mucho sol y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir. Clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento o cosas de esas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos para no ver sino a ellas ¹⁵⁶	Humedad. Cadenas. Gritos. Ráfagas (17).

He aquí la clave de por qué el poeta no aprecia más alcobas o muebles, pues como la santa dice “harto hacen en haber entrado” con todo y las ataduras “de pies y manos” ¹⁵⁷, de las cadenas e impedimentos para “ver la hermosura del castillo”. Por supuesto el hombre que no ha recorrido el camino completo no puede concientizarse de la existencia de alcobas y del proceso que experimenta.

La entrada del poeta al alma supone un descontrol según Santa Teresa. Tal vez la situación novedosa o la ruina del lugar sean las causas de esta percepción turbada.

E. Turba en la casa

Morada primera, capítulo 2	“Desahucio”
¡Oh Jesús, qué es ver a un alma apartada de ella! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡qué turbados andan los sentidos [...] ¹⁵⁸ .	Humedad. Cadenas. Gritos. Ráfagas (17).

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 27.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 29.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 245.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 32.

Imaginamos un ambiente veloz, como el de la caída a un precipicio, en él no logramos descifrar el paisaje que nos circunda porque desde nuestra perspectiva se compone sólo de “ráfagas”.

Según santa Teresa la casa no se encuentra vacía, sus inquilinos son expertos en el engaño y destrucción, son crueles demonios.

F. Mañas demoníacas

“Desahucio”	Morada primera y segunda
<p>Te pregunto: ¿Cuándo abandonas la casa, dime, qué ángeles malos, crueles, quieren de nuevo alquilarla?</p> <p>Dímelo (17-18).</p>	<p>[...] como el demonio siempre la tiene tan mala, [voluntad] debe de tener en cada una [morada] muchas legiones de demonios para combatir que no pasen de unas a otras; y como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trampantojos [...] no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias ¹⁵⁹.</p>
<p>Pasa el alma aquí muchos trabajos, en especial si entiende el demonio que tiene aparejo en su condición [...]; todo el infierno se juntará para hacerle tornar a salir fuera ¹⁶⁰.</p>	

La santa nos alerta sobre los demonios que cohabitan la primer morada y hacen todo por expulsar al recién llegado, también advierte que si la persona en cuestión no procura adueñarse de la casa quedará paralizada, “encalada” podría decir Alberti. “Desahucio” ratifica lo dicho por santa Teresa cuando el casero apresura al nuevo inquilino para que abandone la casa y permita que inquilinos crueles regresen.

Estamos frente a un asunto esencial de “Desahucio”: las mañas demoníacas para que, como la santa dice: “las almas no se conozcan ni entiendan sus camino”. Analicemos a los involucrados en esta cuestión:

Desdoblamiento del viajero		Demonio
<p>Nuevo inquilino: Parte del viajero que desea conocerse.</p>	<p>Casero: Parte del viajero que prefiere el status quo.</p>	<p>Su objetivo es evitar que el viajero se conozca y acceda a la última morada en la cual la divinidad y él se unificarían</p>
<p>El objetivo del viajero es lograr su redención: el encuentro del hombre consigo mismo para que, unificado, se entregue a la divinidad para abrir el canal comunicativo que vitaliza el “Paraíso”. Cuando Dios habita al hombre lo hace morir a sí mismo y él lo rige.</p>		

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 38.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 49.

Ahora completemos la interpretación que hemos hecho de la entrada a las primeras moradas con la visión bíblica del fenómeno.

1.2 La casa-alma bíblica

En “Desahucio” ciertos ángeles lanzan al poeta al alma, él no puede identificarlos como demonios o ángeles, pero hay dos cuestiones con respecto a ellos de las que está seguro:

La primera es que reconoce la diferencia moral entre estas presencias sobrenaturales –los ángeles– y aunque nos aclara su incapacidad para diferenciarlos, menciona que los hay “malos o buenos” (17), lo que corresponde a los principios del cristianismo. Bíblicamente los ángeles buenos fungen como ayudantes del hombre en su camino hacia la redención, a diferencia de los ángeles malos o demonios que a través de engaños pugnan por la confusión para llevar al hombre hasta su destrucción.

Los ángeles buenos encauzarán al hombre a descubrir la existencia de su alma, vida espiritual y posibilidad de eternidad. Estos seres Llevan noticias de Dios a los hombres ¹⁶¹, les dan sabiduría¹⁶², los invitan a convivir con Dios ¹⁶³, los liberan¹⁶⁴, e introducen en lugares de redención ¹⁶⁵. Todas estas acciones van encaminadas a lograr que el hombre se redima, son oportunidades que le permiten entrar en comunión con la divinidad, mientras que los demonios evitarán, abierta o encubiertamente, que el hombre siquiera reflexione sobre su espiritualidad, especialmente cuando lo habitan.

Los demonios no pueden ofrecer al hombre oportunidades de redención o hacerlo entrar a espacios de bendición porque ellos mismos han sido desterrados y lanzados a lugares áridos como lo expresa el profeta Ezequiel ¹⁶⁶ y en tanto que el hombre contenga en su alma ese tipo de paisajes áridos, podrá ser habitado por demonios, quienes nunca promoverían que viajara a su interior y se concientizara

¹⁶¹ *Biblia devocional de estudio*, Apocalipsis 22:16.

¹⁶² *Ibidem*, Apocalipsis 10:10.

¹⁶³ *Ibidem*, Apocalipsis 10:10.

¹⁶⁴ *Ibid.*, Hechos 12:11.

¹⁶⁵ *Ibid.*, Hechos 12:11.

¹⁶⁶ “[...] fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector”.*Ibid.*, Ezequiel 28:13, 16.

de la podredumbre de su alma porque eso vaticinaría su lanzamiento ya que nadie desea cohabitar con inquilinos que le destruyen.

Los demonios o ángeles caídos, por su naturaleza de seres desterrados, buscan un lugar habitable, un alma que permita su entrada, un receptáculo. Recordemos el bíblico caso del endemoniado gadareno ¹⁶⁷, en ese pasaje la búsqueda que el hombre hace de Dios depende de que el hombre esté conciente, porque cuando los demonios están fuera y él en su cabal juicio, puede emprender el camino de redención, (el gadareno finalmente desea acompañar a Jesús en su viaje). Mientras esto no suceda, el viajero de *Sobre los ángeles* se muestra desdoblado y una de sus personalidades, el casero, remeda a “Legión” abogando por que los “ángeles malos” no sean enviados a otro lugar.

En vista de que los demonios no promueven el autoconocimiento ocasionado al alma por un viaje, podemos sospechar que quien arroja al poeta dentro de sí es un ángel bueno, pero no podemos asegurarlo porque Alberti declara que no lo sabe: “Ángeles malos o buenos, / que no sé / te arrojaron en mi alma”.

He aquí la segunda cuestión, el poeta es incapaz de anunciar cual de los dos seres es el que le arroja dentro de su alma; “que no sé” (17) nos dice. Curiosamente la cautela con que maneja el asunto y por la que no emite un veredicto sobre la naturaleza moral de los ángeles que interactúan con él es también bíblica, no hay modo de afirmar que un ángel es bueno o malo ya que para un cristiano no está permitido andar entremetiéndose en su invisible e indescifrable naturaleza ¹⁶⁸, se prohíbe porque el demonio primeramente es, mentiroso y embaucador, y el hombre no posee la sabiduría suficiente para evitar

¹⁶⁷ Y cuando salió él [Jesús] de la barca, en seguida vino a su encuentro, un hombre con un espíritu inmundo. [...] Y [Jesús] le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos. Y le rogaba que no los enviase fuera de aquella región. [...] Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos [...] Jesús les dio permiso. [...] Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, sentado, vestido y en su juicio cabal [...] Al entrar él [Jesús] en la barca, el endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. *Ibid.*, Marcos 5: 2, 9, 10, 12, 13, 15, 18.

¹⁶⁸ La carta de Pablo a los habitantes de Colosas lo dice así: “Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal”. *Ibid.*, Colosenses 2:18.

sus embustes, a este respecto el apóstol Pablo nos recuerda que: “el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz”¹⁶⁹.

A fin de cuentas estos seres entran a escena con un objetivo: lanzar al hombre dentro de sí, podría parece ilógico, puesto que hablamos de un hombre que trata de entrar en contacto con una parte suya, sin embargo es una experiencia bíblica común puesto que el hombre se desdobra para contactar, platicar, atormentar, probar, salvar, luchar y adueñarse de su alma¹⁷⁰; tomando en cuenta estos aspectos entendemos que el hombre puede no ser el amo de su alma y tener que luchar por recobrarla, por ser “dueño de sí mismo” para con ello adquirir uno de los frutos del espíritu: “el dominio propio”¹⁷¹.

Esta es la razón de los subsecuentes enfrentamientos con la legión de ángeles “malos, crueles” de que se compone *Sobre los ángeles*.

Pero la lucha no será entre negro y blanco, pues el peor enemigo del viajero es él mismo que, desdoblado en su papel de casero, comienza por auto apresurarse a renunciar a la casa, a la misión: “¿Cuándo abandonas la casa?” (18) se pregunta; porque sabe que “ángeles malos” la desean.

El alma representada por una casa “sola, sin muebles y sin alcobas, deshabitada” (17) que permanece dividida porque ocasionalmente es habitada por su verdadero dueño sin dejar de serlo por demonios es una clásica situación bíblica; Jesús opinaba con respecto a una casa-alma dividida por razón de inquilinos demoniacos que: “Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá”¹⁷².

Veamos algunas citas que ejemplifican la alegorización bíblica del alma-casa sana y sus características:

Construcción
correcta de la
casa-alma.

[...] vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo¹⁷³.

Muebles y alcobas
de la casa.

Y con ciencia se llenarán las cámaras
De todo bien preciado y agradable¹⁷⁴.

¹⁶⁹ *Ibid.*, 2 Colosenses 11:14.

¹⁷⁰ *Ibid.*, Salmos 42:4; Lucas 12:19; Proverbios 11:17; Proverbios 11:17; Lucas 9:25; Lucas 9:25; Tito 1:8; 2 Pedro 1:6.

¹⁷¹ *Ibid.*

¹⁷² *Ibid.*, Mateo 12:25.

¹⁷³ *Ibid.*, 1 Pedro 2:5.

Cristo en la casa. [...] pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriamos en la esperanza¹⁷⁵.

En la siguiente escena descubriremos la descripción de una casa enferma y la similitud que guarda con la casa de “Desahucio”:

Quando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero¹⁷⁶.

Inmediatamente asociamos esta terrible cita con el deseo de los “ángeles malos”: alquilar nuevamente la casa; por su parte el cristianismo acepta como una de sus doctrinas que el hombre funcione como hábitat de esos ángeles:

Dios puede permitir que sus hijos sean atormentados por demonios. Y los criados de Saúl le dijeron: He aquí ahora, un espíritu malo de parte de Dios te atormenta¹⁷⁷.

Los humanos contamos con un alma en la que pueden entrar demonios. Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce¹⁷⁸.

Es por eso que la casa de *Sobre los ángeles*, constante receptáculo de demonios, se encuentra: “Sola, / Sin muebles y sin alcobas, / Deshabitada” (17) pues es similar a las almas endemoniadas (como la del gadareno) y por eso permanece relegada en lugares inhóspitos, sin posesiones ni virtud, desnuda; en contraste la casa-alma-templo es una estructura que cuenta con varias cámaras ascendentes cuyo objetivo es generar en el alma una vía escalonada que permita la maduración adecuada para acceder a la cámara principal:

Vía escalonada en que paulatinamente se adquieren virtudes Y con ciencia se llenarán las cámaras De todo bien preciado y agradable¹⁷⁹.

Unión del alma con Dios por medio de las cámaras Atráeme; en pos de ti correremos. El rey me ha metido en sus cámaras; nos gozaremos y alegraremos en ti¹⁸⁰.

Hablemos de la entrada. Cuando el poeta arriba, con él entra un viento agresivo que: “[...] hiere / las paredes, /las más finas, vítreas láminas (17).”

¹⁷⁴ *Ibid.*, Proverbios 24:4.

¹⁷⁵ *Ibid.*, Hebreos 3:6.

¹⁷⁶ *Ibid.*, Mateo 12:43-45.

¹⁷⁷ *Ibid.*, 1 Samuel 16:15.

¹⁷⁸ *Ibid.*, Lucas 22:3.

¹⁷⁹ *Ibid.*, Proverbios 24.4.

¹⁸⁰ *Ibid.*, Proverbios 24.4.

Ahora veamos la función bíblica del viento hiriente, el que abrasa y destruye:

Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos ¹⁸¹.

Así ha dicho Jehová: He aquí que yo levanto un viento destructor contra Babilonia, y contra sus moradores que se levantan ¹⁸².

Este viento acaba con la maldad, es un elemento “estruendoso” que simboliza la entrada de la presencia de Dios a una casa para purificar al hombre:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen ¹⁸³.

El viento de *Sobre los ángeles* “hiere las paredes”, que posiblemente tienen una funda “calcárea” de maldad que las recubren ¹⁸⁴ y que exige purificación, son recubrimientos de falsedad como el blanqueamiento mencionado por el apóstol Pablo al increpar la hipocresía del sumo sacerdote: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?” ¹⁸⁵ o la descubierta por Ezequiel:

[...] uno edificaba la pared, y he aquí que los otros la recubrían con lodo suelto, di a los recubridores con lodo suelto, que caerá; vendrá lluvia torrencial, y enviaré piedras de granizo que la hagan caer, y viento tempestuoso la romperá [...] Haré que la rompa viento tempestuoso con mi ira, y lluvia torrencial vendrá con mi furor, y piedras de granizo con enojo para consumir ¹⁸⁶.

Estas citas van de la mano con la interpretación que hago del poema “Nieve viva” en el tercer apartado del capítulo quinto, en donde abordo la naturaleza y consecuencias del recubrimiento de hechos, del engaño y mentira como generadores de la desviación del viaje.

Concluimos, por lo anterior, que el viento pretende purificar este lugar pero antes de finalizar revisemos otro momento bíblico en la visión sepulcral de Ezequiel:

¹⁸¹ *Ibid.*, Salmo 11:6.

¹⁸² *Ibid.*, Jeremías 51:1.

¹⁸³ *Ibid.*, Hechos 2:1-4.

¹⁸⁴ En “Nieve viva” hay un elemento níveo e impuro que blanquea al alma engañosamente, a la manera del los bíblicos “sepulcros blanqueados”.

¹⁸⁵ *Ibid.*, Hechos 23:3.

¹⁸⁶ *Ibid.*, Hechos 23:3.

[...] me llevó el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. [...] Me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos [...] yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis [...] y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu. Y me dijo: Profetiza al espíritu [...] y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán¹⁸⁷.

Encontramos una nueva circunstancia en que este elemento funge como vivificador al entrar en humanos desahuciados e infundir el Espíritu de Dios para vivificarlos; lo anterior nos remite a *Sobre los ángeles*, donde el poeta era un muerto espiritual cuando sus únicos inquilinos eran “ángeles malos”, por lo que el viento entra para purificar y, ahora sabemos que también, para vitalizar; ejerce una doble sanación.

Gastón Bachelard opina que el viento manifiesta la cólera cósmica, la tempestad que es necesaria para crear ¹⁸⁸ y que deriva en el “grito” (otro de los elementos que surgen cuando el viento entra al alma albertiana), primer realidad verbal y cosmogónica ¹⁸⁹ que personifica el surgimiento del sonido.

Ahora, volvamos al asunto de los feroces inquilinos, si han sido desalojados ¿termina la batalla? Bíblicamente apenas comienza, puesto que según el evangelio de Mateo:

Quando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero ¹⁹⁰.

Puesto que cada inquilino desahuciado regresa con siete espíritus peores que él, podemos entender las cruentas visitas de los poemas posteriores.

2. “El cuerpo deshabitado”: Ciudades derribadas

En “Desahucio” el poeta logra entrar en la casa-alma, pero parte de su personalidad le insiste en que salga; ahora nos enteramos de que el “casero” lo sacó arrojándole un “carbón ardiendo” (20), “Vete” (20) le ordenó dos veces.

¹⁸⁷ *Ibid.*, Ezequiel 37:1-11.

¹⁸⁸ “El torbellino cosmogónico, la tempestad creadora, el viento de cólera y de creación, no son captados en su acción geométrica, sino como donadores de poder, nada puede ya detener el movimiento giratorio”: Gastón Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 280.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 282.

¹⁹⁰ *Biblia devocional de estudio*, Mateo 12:43-45.

Al salir el alma, la luz que obtuvo el poeta durante su estadía en ella, desaparece mientras ella muere “en las esquinas / y en las casas” (20) lo que provoca que el cuerpo quede “vacío” (20) como un “negro saco” (20) y deambule “sin nadie” (21); el poema también detalla que ya “muerta” (21) sale llena de “largas púas de encono / y olvido” (21) que le perforan los ojos; como tiene forma de casa entendemos la saquen “cuatro sombras malas” en hombros” (21).

El poeta, “saco vacío”, duerme ¹⁹¹, está ausente de la casa-alma, así lo describen los versos de “El cuerpo deshabitado”, en donde aparece “dormido, / maniatado” (22) y por tanto “indefenso” (22); esta situación es una invitación abierta a los “[...] reinados de yel y sangre, / cielos de azufre, / [y] mares de vinagre” (22) a extinguirlo, es una invitación a que las “Nieblas de a pie y a caballo” (22) cuyos humos él conoce, vengan a borrarlo y borrarlo totalmente, porque arremeten también contra “las murallas” (22), “los fuertes de las ciudades” (22) que lo velaban y “las torres empinadas” (22) que vigilaban su sueño.

Según santa Teresa la “cerca de este castillo” ¹⁹², el conjunto de murallas, fuertes y torres albertianos es el cuerpo, habitado totalmente por “salandijas” y “bestias” ¹⁹³, por eso sabemos que los demonios derrumban aún el cuerpo que “vela” al poeta dormido.

Advierte santa Teresa que cuando las almas “no procuran entender y remediar su gran miseria” ¹⁹⁴, es decir, su estadía en la cerca, entonces “quedarse han hechas estatuas de sal por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Lot” ¹⁹⁵; esta conclusión es similar a la consecuencia que experimenta el poeta cuando queda hecho “un traje / deshabitado, hueco, / cal muerta, entre los árboles” (23).

El poeta se lamenta porque lo que había en su interior no era una casa o un castillo, era una ciudad entera, “[...] la mejor de las ciudades! (25), y él “la perdió sin combate” (24) por eso es que lo encontramos “Solo, en el filo del mundo, /

¹⁹¹ Recordemos que, según santa Teresa, cuando el hombre no está en su alma duerme espiritualmente. Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 245.

¹⁹² *Ibidem*, p. 25.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 27.

¹⁹⁴ *Idem*.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 27.

clavado ya, de yeso” (24), encalado, con la naturaleza humana perdida y convertido en “[...] un boquete / de humedad, negro, / por el que no se ve nada” (24) es el vacío total que no regresa ni un “eco” (24). Qué gran contraste entre la ciudad y lo que queda ahora de él, una “cueva, / un pozo [...] seco” (25).

En este punto el poeta nos aclara que los “ángeles turbios, coléricos” (25) (demonios) fueron los autores de la “carbonización” (25) del alma y cuerpo; pero recordamos entonces que el poeta al iniciar “El cuerpo deshabitado” dijo que él había lanzado al alma: “Yo te arrojé de mi cuerpo, / yo, con un carbón ardiendo” (20), entendemos la situación al considerar que las personalidades demoníacas no sólo lo habitan, sino se funden con él y provocan que sea su mano la que carbonice al alma, aunque bajo la voluntad colérica de un ángel destructor.

Para terminar, las presencias dañinas salen del cuerpo del poeta en busca de otra casa que demoler y a la distancia las vemos hundirse “[...] en la velada, / fría luz en silencio, / de una oculta ventana (26).

3. “El ángel bueno” : Reivindicación

En “El ángel bueno” la presencia benéfica visita al poeta y a través de una “ventana” (27) de su alma contacta con él, lo despierta; llega para hacer una pequeña revolución que, con luz y agua, reanime al poeta, lo levante y regrese a la morada almática en que fue arrojado durante “Desahucio”:

-¡Oh anhelo, fijo mármol,
fija luz, fijas aguas
movibles de mi alma!

Alguien dijo: ¡Levántate!
Y me encontré en tu estancia (27).

Santa Teresa explica que en muchas ocasiones la destrucción, como la vivida en “el cuerpo deshabitado”, deriva en beneficios, como los de “El ángel bueno”:

Por eso no os desaniméis si alguna vez cayereis, para dejar de procurar ir adelante; que aún de esa caída sacaré Dios bien, como hace el que vende la triaca para probar si es buena, que bebe la ponzoña primero ¹⁹⁶.

¹⁹⁶ *Ibid.*, 52.

4. “Madrigal sin remedio”: Falsa redención

La estancia ahora puede ser observada por el poeta con mayor detalle porque los “fuegos tristes” (28), producto de la carbonización hecha por los ángeles coléricos, se han ido, y aunque de ellos quedan los “humos lentos” (28) que tardan en desaparecer y aún ocultan parte del paisaje, el poeta puede percibir “[...] el castillo, nívea cárcel, donde la rosa olvida sus fantasmas” (28). Sí, descubre la belleza del alma y su corazón se apresura a asaltar la luminosa cárcel ¹⁹⁷:

[...] mi corazón, sin voz, sin batallones, viene solo al asalto
de esas luces, espejos de ceniza,
llevadoras a un muerto sur de muertes (28).

Al parecer, este camino iluminado por cenizas, no es adecuado, no vivifica. De cualquier modo su pecho asciende hacia la rosa y se abrasa con ella:

Ve su pecho ascendido en dos arroyos de agua y sangre, hacia el tuyo
quemado ya por huecos tizos fáciles,
falsos, flor, pena mía, sin remedio (28).

El pecho del poeta viene a la búsqueda de los mismos símbolos floridos que santa Teresa desea durante el primer capítulo de las quintas moradas:

“[...] venimos de aquellos santos padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de la que hablamos [...]” ¹⁹⁸.

La experiencia de muerte que nos relata la santa, también es similar a la del poeta llevado “a un muerto sur de muertes” (28):

Que así es una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo; deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios, de manera que aún no sé yo si le queda vida para resolgar ¹⁹⁹.

El poeta, igual que la santa, habla de la muerte carnal, recordemos que para él “sur” es símbolo del cuerpo como lo vimos en “Can de llamas”: “Sur. / Campo metálico, seco. / Plano sin alma, mi cuerpo” (66). El violento conflicto entre norte y sur precede a *Sobre los ángeles*, reconozcámoslo en estos versos de “¡Eh, los toros!” en *Cal y canto*:

¡Eh, los toros! No se sabe
de quién esta voz: si llueve

¹⁹⁷ En “Can de llamas” el alma también es identificada con una cárcel: “Espiral sola mi alma, / jaula buscando a su sueño” (66).

¹⁹⁸ *Ibid.*, 104.

¹⁹⁹ *Ibid.*, 105.

de lo alto, norte –¡vida!–,
si de lo bajo, sur –¡muerte!–²⁰⁰.

Ahora, continuando con la muerte carnal, vemos que puede ser “sabrosa” porque el “sur”, símbolo de sequedad plana y metálica, perece. La extinción corpórea también va de la mano con el abraso de la flor, expuesto por la santa al finalizar las moradas sextas:

[...] esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparación con esto otro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puede sufrir, aunque con pena, andándose así esta alma abrasándose en sí misma²⁰¹.

Pero los tizos provienen de un fuego engañoso, son “falsos” y por eso durante el madrigal no se “remedia” la situación del poeta, no hay un verdadero amanecer a pesar de la visión de contacto con el núcleo del alma: La “rosa”. No hay redención.

Nos recuerda esta engañosa visión aquellas sobre las que igualmente advierte santa Teresa en el mismo capítulo de las moradas quintas: “[...] porque en la morada que queda dicha [...] queda el alma dudosa si se le antojó [la experiencia mística], si estaba dormida, si fue dado de Dios, [o] si se transfiguró el demonio en ángel de luz”²⁰².

El episodio de engaño es evaluado en el siguiente poema, “Juicio”, allí la nivea visión, invasora y falsa, que se desató en “Madrigal sin remedio” y que robó la redención con sus mentiras, es traspasada por la luz y desenmascarada para mostrar su falta de significado: “Ya el fallo de la luz hunde su grito, juez de sombra, en tu nada” (29). Para Alberti esta nieve sólo trató de sorprendernos, no contenía purificación y por ello se le enjuicia como a “sombra” (29). Tras el juicio muere una de las esperanzas del poeta: “una estrella fue apagada” (29) nos dice.

Ahora, si el alma pretende obtener la redención, tendrá que emprender el camino largo y purificarse, expulsar de sus recovecos a los ángeles caídos que la habitan.

²⁰⁰ Rafael Alberti, *Cal y canto*, p. 52.

²⁰¹ Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 235.

²⁰² *Idem*.

Capítulo IV. Los ángeles

En este capítulo exploraremos la naturaleza de los ángeles albertianos. Primero observaremos aquellos que precedieron a los de *Sobre los ángeles*, analizaremos, desde la perspectiva de Alberti, las transformaciones que sufren a la par del sistema religioso del que provienen; con ello comprenderemos que tipo de flujo nos hace desembocar en los ángeles de *Sobre los ángeles*. Después revisaremos el recuento a través del cual cataloga a los ángeles en albertianos, buenos y dañinos. Finalmente comprenderemos dos aspectos particulares de los mismos, el primero referente a su naturaleza ajena a la voluntad humana y el segundo, a la vinculación del “ángel muerto” con la figura de Cristo.

1. Ángeles anteriores a *Sobre los ángeles*

Los ángeles fueron para Alberti compañeros ocasionales en sus primeros poemas, sus apariciones anteriores a *Sobre los ángeles* obedecen a la siguiente transformación: de imágenes repentinas a las tradicionales y religiosas, de allí a las populares y finalmente a espíritus tecnologizados²⁰³; lo anterior nos indica cómo para el poeta el sistema de creencias sobre estos seres se fue deslavando.

Afortunadamente en *Sobre los ángeles* no sólo regresamos al terreno de la tradición, sino que retrocedemos hasta la regeneración del mito angélico. Los relatos de historia religiosa que el poeta conoció durante su infancia se materializan para dejar de ser tradición y convertirse en vivencia literaria.

En la *Arboleda perdida*, topamos con una escala que ilustra metafóricamente la transformación desgastante que Alberti observa en la institución religiosa y sus elementos, nuevamente aparece el trayecto del misticismo a la tecnologización. Alberti comenta que es una: “escala descendiente del espíritu creador cristiano, luego católico, de cuyo último peldaño jesuístico pude bajar a pie, escapándome”²⁰⁴:

²⁰³ Los ángeles ultraístas aparecen antes de publicar su primer libro, en “Balcones”, los religiosos en Cal y canto, los populares en *Marinero en tierra* y los tecnologizados en *Marinero en tierra* y en *El alba de alhelí*.

²⁰⁴ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, pp.33-34.

De las sencillas Bienaventuranzas y el ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad!, al descarado y partidista “Reinaré en España y más que en todo el resto del mundo”

Del angustioso, lento y celestial gregoriano, a las cretinas palabras de la Marcha real española, típico producto de la última poética S. J.

De los Autos Sacramentales, de Calderón, al *Divino impaciente* de Pemán, pasando por el oportunismo económico-místico de Eduardo Marquina.

Del monasterio del Escorial, a la mamarrachesca y nunca terminada Almudena de Madrid o cualquiera de los últimos templos S. J. de España.

De san Ignacio de Loyola y los padres Mariana, Gracián, Suárez, etc., al reverendo padre Laburu, propagandista político-aurino por cines y teatros anteriores al 14 de abril.

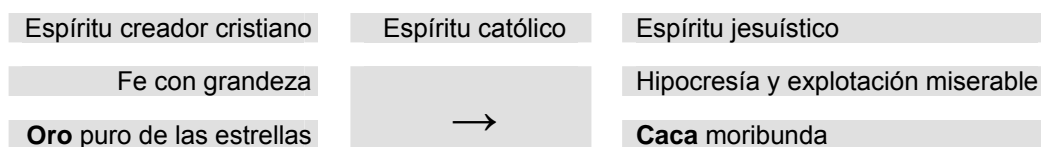
De los granates, amatistas, esmeraldas, topacios y perlas verdaderos de los mantos sagrados, a la bisutería de bazar, ¡oh mortecinos culos de vaso!, más pobretona y cursi.

De los desvelados imagineros españoles, a las industriales fabricaciones del aburguesado, relamido y standard *Sacré Coeur* con su rabioso corazón colorado sobre la camiseta.

De la fe con grandeza, llena de truenos y relámpagos, a la más baja hipocresía y explotación más miserable.

Resumiendo: del oro puro de las estrellas, a la más pura caca moribunda ²⁰⁵.

A manera de esquema:



Comprendemos que el símbolo angélico también experimenta la escala degradante y nos alegra que *Sobre los ángeles* viniera a reivindicarle.

2. Ángeles buenos, albertianos y dañinos

Ya mencionamos que los ángeles del poeta son: Presencias cargadas de su personalidad (A) o de rasgos del mundo angélico cristiano (B), entendido a la manera de santa Teresa como un ambiente en que los ángeles carecen de rasgos humanos y son presencias que no se entienden con el cuerpo o alma, sino con el espíritu ²⁰⁶.

Estas presencias se cargan con mayor o menor inclinación hacia uno u otro lado de la ecuación (A o B) o se equilibran; ya Solita Salinas de Marichal habla de ángeles que “son puramente traducciones de estados de ánimo” ²⁰⁷ del poeta,

²⁰⁵ *Ibidem*, 33-34.

²⁰⁶ Para la santa el individuo: “junto con las cosas que ve con los ojos del alma, por visión intelectual se le representan otras, en especial multitud de ángeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma, por un conocimiento admirable que yo no sabré decir”. Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 185.

²⁰⁷ Solitas Salinas de Marichal, *op. cit.*, p. 180.

“ángeles albertianos”; yo más bien considero que su carga está inclinada hacia la personalidad de éste sin perder necesariamente elementos cristianos.

En el siguiente cuadro esquematizo la división que propongo del carácter angélico con base en las distintas cargas:

1. Ángeles Albertianos	2. Ángeles Buenos	3. Ángeles dañinos	4. Ángel cristiano
+ Carga de personalidad del poeta.	+ Carga cristiana.	+ Carga cristiana.	Carga cristiana total.
- cristiana.	- personalidad del poeta.	- personalidad del poeta	

Ellos, con sus intempestuosos ataques, vitalizantes llegadas, o proyección de la personalidad del poeta, producen la mayoría de las circunstancias y dictan el ritmo de viaje.

Ahora veamos los distintos casos y la relación que guardan con la personalidad del poeta (A) y los rasgos del mundo angélico cristiano (B). Empecemos con el catálogo de ángeles buenos:

3. Ángeles buenos

- “El ángel desconocido”

Al leer este poema casi podemos imaginar a Alberti mirándose en un espejo que no corresponde con el reflejo que desea, el de la edad dorada en que fue arcángel, por ello exclama: “¡Nostalgia de los arcángeles! / Yo era... / Miradme” (19).

Parece que el lugar en que busca su reflejo es turbio, como un “pozo de aguas negras y lejanas”²⁰⁸, arquetipo que describe Bachelard al referirse a la infancia terrible cuyo espejo ya no es el de la fuente y no regala reflejos diáfanos, sino confusión, espanto.

Sí, entendemos que el poeta tiene nostalgia del mundo mítico en que, durante la infancia, revoloteó vestido de pureza mientras su rostro mostraba los rasgos de un ángel, de un santo²⁰⁹.

²⁰⁸ Gastón Bachelard, *La poética de la ensoñación*, pp. 173-174.

²⁰⁹ Recordemos la transfiguración del rostro de san Esteban capturada por el libro de los Hechos.

- “El ángel bueno”. Primer intervención

Entra en escena la presencia vitalizante e inesperada:

Un año, ya dormido,
alguien que no esperaba
se paró en mi ventana.

—¡Levántate! Y mis ojos
vieron plumas y espadas
[...]

—¡Oh anhelo, fijo mármol,
Fija luz, fijas aguas
movibles de mi alma! (27).

Al igual que en los versos anteriores, en la Biblia constantemente descubrimos ángeles exhortando al hombre con la voz: “¡Levántate!” y remediando su situación, revisemos el caso expuesto por el apóstol Lucas: “[...] se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos”²¹⁰.

La aparición de este ángel es semejante a la llegada del esposo en el *Cantar de los cantares*, donde mirando por la “ventana”, igual que sucede en “El ángel bueno”, el amado pronuncia la misma voz de aliento “Levántate” y tras ello también vitaliza todo el paraje:

Helo aquí, está tras nuestra pared,
mirando por las ventanas,
atisbando por las celosías.
Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.
Porque he aquí ha pasado el invierno,
se ha mudado, la lluvia se fue;
se han mostrado las flores en la tierra,
el tiempo de la canción ha venido,
y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola ²¹¹.

Por otra parte cuando las aguas estancadas del alma son movidas por un ángel (“fija luz, fijas aguas / movibles de mi alma!” (27)) surge en nuestra mente la ya tradicional figura de sanación de los evangelios en que: “un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al

²¹⁰ *Biblia devocional de estudio*, Lucas 22:43. Otras citas bíblicas que dan cuenta de la voz ¡Levántate! son: Zacarías 4:1; 1 Reyes 19:7; Hechos 12:7.

²¹¹ *Ibid.*, Cantares 2:9-13.

estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese”²¹².

Para terminar será importante recordar que cuando un ángel visita al humano parece como si le despertara, como si la vida cotidiana sólo hubiera sido un sueño frente a la experiencia de contacto angélico; el poeta nos dice que lleva “un año ya dormido” (27) lo que nos recuerda la escena en que el profeta Zacarías declara: “Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño”²¹³.

- “El ángel de los números”

Del conocimiento simbolizado por la “luz de los espacios” (33) de las “celestes pizarras” (33), nace el ángel de los números que vuela pensativo entre la secuencia numérica. En la siguiente estrofa aparece la asesina “fría esponja” que raya y borra la luz generando una niebla polvorienta que traga todo, y no deja “Ni sol, ni luna, ni estrellas, / ni el repentino verde del rayo y el relámpago, / ni el aire” (32) por lo que el ángel aparece “amortajado” (33) sobre los números, bañado en la cal²¹⁴ de una niebla sin sentido.

La batalla entre la niebla y la luz es bíblica, recordemos como lo expresa el libro de Job: “Por el soplo de Dios se da el hielo, [...] Regando también llega a disipar la densa nube, / Y con su luz esparce la niebla”²¹⁵.

- “El ángel bueno”. Segunda intervención

En el alumbrado ambiente de este episodio se sacia la sed, acaba la soledad y triunfa la unidad que a su vez promueve la reivindicación del camino, porque los “trenes / descarrilados, unidos / marchan / Naufragios antiguos flotan” (42) y la complejidad del mundo desaparece mientras el aire “gira más deprisa” (43).

Por otra parte, nuevamente surge el movimiento de aguas en el alma, movimiento sanador: “Dentro del pecho se abren / corredores anchos, largos, / que sorben todas las mares” (42), los versos nos remiten al ya mencionado ángel bíblico que agita las aguas para sanar; además gracias al cierre triunfal del poema:

²¹² *Ibid.*, Juan 5:4.

²¹³ *Ibid.*, Zacarías 4:1.

²¹⁴ En el tercer apartado del capítulo quinto analizaremos la acción dañina de la cal.

²¹⁵ *Biblia devocional de estudio*, Job 37:10, 11

“¡Campanas! / Una carta del cielo bajó un ángel” (43) surge un segundo vínculo con el análisis de la primer intervención de “El ángel bueno” en que consideré la escena de apertura comunicativa entre el profeta Zacarías ²¹⁶ y el ángel.

- “El ángel ángel”

La pureza de un ángel, un ángel ángel, va en proporción de la separación que guarde con la tierra, con lo mundano:

Y el mar fue y le dio un nombre
y un apellido el viento
y las nubes un cuerpo
y un alma el fuego.

La tierra, nada (55).

De ellos se espera que actúen sobre la humanidad, pero que no se perviertan abandonando su morada para habitar la aprisionante oscuridad terrestre de la que habla el apóstol Judas ²¹⁷.

- “El ángel bueno”. Tercer intervención

Nuevamente experimentamos el arribo sosegante de la presencia “deseada”:

Vino el que yo quería,
[...]
No aquel que barre cielos sin defensas,
[...]
[vino] Para, sin lastimarme,
cavar una ribera de luz dulce en
mi pecho
y hacerme el alma navegable (75-76).

¿Por qué al hablar del ángel bueno hay necesidad de aclarar que es un ángel que no daña, que trata con él generándole un momento plácido? Quizá lo haga, porque hay ángeles buenos que lo “barren”, lo limpian agresivamente, y eso no es agradable. Son, posiblemente, ángeles buenos, pero feroces, como aquél sobre el que advierte el salmista: “Sean como el tamo delante del viento, y el ángel de Jehová los acose. Sea su camino tenebroso y resbaladizo, y el Ángel de Jehová los persiga” ²¹⁸.

²¹⁶ Hemos revisado ambos en la primer aparición del ángel bueno.

²¹⁷ “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”. *Biblia devocional de estudio*, Judas 1:6.

²¹⁸ *Ibid.*, Salmo 35:5-6.

Pero en el caso que nos ocupa la presencia se comporta a la manera de los otros ángeles buenos y provoca que, en el alma de aguas estancadas, surja un río por el que éstas fluyan.

- “Tres recuerdos del cielo”. “Segundo y tercer recuerdo”

Surgen recuerdos de momentos míticos, de comunión, ajenos al peso de la carne; momentos que dieron forma a la primer palabra, al Paraíso del encuentro, al principio en que: “era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” ²¹⁹.

Antes, antes que tú me preguntaras
el número y el sitio de mi cuerpo.
Mucho antes del cuerpo.
En la época del alma.
Cuando tú abriste en la frente sin corona, del cielo,
la primera dinastía del sueño.
Cuando tú, al mirarme en la nada,
inventaste la primera palabra.

Entonces, nuestro encuentro (84-85).

Hemos finalizado el recuento de ángeles buenos y notamos que las tres apariciones de “El ángel bueno” siguen un patrón: después de una dolorosa escalada se llega al punto en que el poeta es incinerado o destruido, acaso purificado, y en el momento cumbre de destrucción aparece “El ángel bueno”, tal vez como premio a la prueba que ha sido superada.

Ya en el tercer apartado del tercer capítulo analizamos la función reivindicadora de “El ángel bueno” durante su primer aparición, a la que, como vimos, antecede la destrucción total de “El cuerpo deshabitado”; el precedente de la segunda intervención de “El ángel bueno” es también una escena destructiva, la de “El ángel rabioso” que llega para incendiar, romper y asaltar; la tercer y última aparición de “El ángel bueno” será la recompensa posterior a la catástrofe acaecida en “El alma en pena”, llegará tras la guerra que generó “la explosión de la sangre en las olas” (74), y que arrojó “al mundo escombros, / alas rotas, laúdes, cuerdas de arpas, / restos de ángeles” (74).

Por otra parte, es importante destacar que este benéfico compañero, “El ángel bueno”, es el único que tiene una presencia constante en el viaje; realiza acciones de restauración progresiva en el poeta con el propósito de generar un proceso que

²¹⁹ *Ibid.*, Juan 1:1.

recrea en él la luz perdida, que le permita localizar el rumbo, las coordenadas del Paraíso, del lugar en que la corrupción adámica no existe, puesto que el hombre no pretende ser Dios, sino contactarlo e integrarse a Él.

Considero que “El ángel bueno”, durante su primer aparición, vitaliza al poeta, lo despierta de un triste letargo que lo mantenía deshabitado: “Un año, ya dormido” (27) y le permite regenerar los deseos por los que emprendió el viaje; en su segunda intervención el ángel regenera los canales comunicativos: “Una carta del cielo bajó un ángel” (43), para en su tercer visita hacerle “el alma navegable” (76).

4. Ángeles albertianos:

Ya antes hemos analizado a profundidad en “Los ángeles bélicos”, en el tercer apartado del capítulo I, la guerra civil que impacta al poeta; a continuación verificaremos en poemas como “Los dos ángeles”, “El ángel del misterio” y “Los ángeles sonámbulos” la reiteración del altercado.

- “Los ángeles bélicos”

Los versos de este poema ²²⁰ exhiben la guerra del alma (norte) contra el cuerpo (sur), el poeta queda en medio como aquel que abandera la guerra pero sin controlarla porque es una “[...] torre sin mando, en medio, / lívida torre colgada / de almas muertas que me vieron” (30).

La imagen nos recuerda al abanderado en derrota que vemos aparecer en voz del profeta Isaías: “La gloria de su bosque y de su campo fértil [Dios la] consumirá totalmente, alma y cuerpo, vendrá a ser como abanderado en derrota” ²²¹. Entendemos que el poeta es un alma inclinada, colgada, encima de ella se desata la contienda; veamos otra imagen similar, también de Isaías: “Tus angustiadores, que dijeron a tu alma: Inclínate, y pasaremos por encima de ti. Y tú pusiste tu cuerpo como tierra, y como camino, para que pasaran” ²²².

²²⁰ He analizado la contienda entre el alma y cuerpo que expresa este poema de la mano de “Can de llamas” en el tercer apartado del primer capítulo.

²²¹ *Biblia devocional de estudio*, Isaías 10:18.

²²² *Ibidem*, Isaías 51:23.

- “Los dos ángeles”

Nuevamente estamos ante la guerra interna del poeta, bíblicamente la clásica entre ángel y demonio ²²³:

Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
[...]
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel de las canteras sin auroras,
[...]
sol, luna (47).

Es la expresión de la doble naturaleza que lo habita plasmada en binomios antagónicos como: “sol-luna”, “ángel de luz-luzbel”, y la función de estos entes al utilizar “el fuego” como un símbolo también doble y paradójico: purificador, dador de vida cuando es empleado por un “ángel de luz” y destructor cuando lo es por “luzbel”. Igualmente enfrentamos la doble naturaleza de “luzbel”, que con el fin de confundir a los hombres se finge “ángel de luz” como lo expresa la segunda carta del apóstol Pablo a los corintios ²²⁴ y santa Teresa al referirse en sus *Moradas* al dudoso origen de una experiencia de contacto divino, en la que pudo haber intervenir mañosamente el demonio transfigurado en ángel de luz ²²⁵.

Corroboramos que el poeta no logra diferenciar la naturaleza de un ángel, y un demonio que se disfraza de ángel ²²⁶, sólo sabe que en sus adentros cohabitan realizando funciones en apariencia similares y en esencia opuestas, distingue entre la bondad y maldad, aunque no por ello pueda encasillar a sus ángeles en alguna de ellas.

²²³ *Ibid.*, Apocalipsis 12:7.

²²⁴ El apóstol advierte: “El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz”. *Ibid.*, 2 Corintios 11:14.

²²⁵ La santa declara: “Queda el alma dudosa de qué fue aquello: si se le antojó, si estaba dormida, si fue dado de Dios, si se le transfiguró el demonio en ángel de luz”. Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 106.

²²⁶ Revisamos ya la doctrina que dicta la incapacidad humana para diferenciar ángeles de demonios cuando exploramos la casa alma bíblica en el primer apartado del tercer capítulo.

Ahora, continuando con nuestro análisis, cerciorémonos de la doble y antagónica naturaleza del fuego bíblico:

Como elemento destructor	Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles ²²⁷
Como elemento purificador	Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego ²²⁸ .

También santa Teresa muestra vivos ejemplos de esta llama en su naturaleza purificadora, nos dice que procede de “nuestro amor con gran sentimiento [...] un fuego que está humeando, y puédesse sufrir, aunque con pena, andándose así esta alma abrasándose en sí misma”²²⁹.

Es con este elemento purificador que el “ángel de luz” pretende acabar con las “nieblas” (47), impedimento bíblico para el paso de la luz²³⁰, del don divino. Por ello es factible que el “ángel de las nieblas” sea un demonio.

Para incidir sobre el significado del fuego divino, el profeta Malaquías nos presenta un ángel semejante al de “luz” de “Los dos ángeles”; como él, el bíblico es deseado por sus anfitriones, pues es portador de la llama purificadora y generador de redención, de “vida” (47):

Vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quién podrá estar de pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores²³¹.

Finalmente esquematicemos la doble naturaleza del ángel de luz:

Como luz verdadera:	Como luz engañosa:
Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos ²³²	No es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz ²³³ .

²²⁷ *Biblia devocional de estudio*, Mateo 25:41.

²²⁸ *Ibidem*, Hebreos 1:7.

²²⁹ Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 235.

²³⁰ Hemos hablado de estas nieblas y su antagonismo con la luz bíblica en el análisis de “El ángel de los números” en el apartado anterior de este mismo capítulo.

²³¹ *Biblia devocional de estudio*, Malaquías 3:1-3.

²³² *Ibidem*, Hechos 12:7.

²³³ *Ibid.*, 2 Corintios 11:14.

- “El ángel del misterio”

Nuevamente descubrimos a los desdoblados habitantes del poeta que representan el mayor misterio: el del otro que refleja nuestro rostro, pero que es diferente y autónomo, aunque igualmente vacío; el del Alberti que ejecutó los hechos pasados y que se estampa en la construcción presente sin lograr reconocerse, el del viajero que grita mientras su espíritu duerme... Muere: “Que un caballo sin nadie va estampando / a su amazona antigua por los muros. / Que en las almenas grita, muerto, alguien / que yo toqué, dormido, en un espejo” (70).

- “Los ángeles mudos”

Los versos de este poema expresan una situación autobiográfica:

—¿Cómo tú por aquí y en otra parte?
Querrían hombres, mujeres, mudos, tocarme,
saber si mi sombra, si mi cuerpo andan sin alma
por otras calles.
Quisieran decirme:
—Si eres tú, párate (72).

Estos versos expresan el modo en que a pesar de que la familia percibió la “batalla” que Alberti vivía en su interior, prefirió no preguntar por su desgracia, no comunicarse con él para ayudarlo, lo reprocha en *La arboleda perdida*: “La familia indiferente y silenciosa ante esta tremenda batalla, que asomaba a mi rostro, a todo mi ser, que se caía, sonámbulo, por los pasillos de la casa, por los bancos de los paseos” ²³⁴.

Estos seres mudos, adultos que debieron pastorearlo, también son mencionados en Isaías al parecer uno de los textos bíblicos preferidos de Alberti ²³⁵:

Sus atalayas son ciegos, todos ellos ignorantes; todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir. Y esos perros comilones son insaciables; y los pastores mismos no saben entender; todos ellos siguen sus propios caminos, cada uno busca su propio provecho, cada uno por su lado ²³⁶.

- “Los ángeles sonámbulos”

Insiste la imagen del altercado entre las presencias que habitan al poeta:

Lo sabéis, lo sabéis. ¡Dejadme!
Si a lo largo de mi se abren grietas de nieve,
tumbas de agua paradas,

²³⁴ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Primer y segundo libros*, p. 246.

²³⁵ En “El barrio de los profetas” en *Prosas* escribe una parodia que actualiza la imagen de Elías, Isaías, Jonás y Ezequiel.

²³⁶ *Biblia devocional de estudio*, Isaías 56:10-12.

nebulosas de sueños oxidados,
echad la llave para siempre a vuestros párpados
¿Qué queréis?
[...]
Pero oídos se agrandan contra el pecho.
De escayola, fríos,
bajan a la garganta,
a los sótanos lentos de la sangre,
a los tubos de los huesos.

Un rey es un erizo sin secreto (79).

El desdoblamiento produce una personalidad antagonista que desea robar sus secretos y exponerlos a fin de que el poeta sea purificado. El secreto fue encubierto por la primer presencia tal como sucede bíblicamente en el libro de Job, quien en el pecho escondió su iniquidad: “Y mi corazón se engañó en secreto, Y mi boca besó mi mano [...] encubrí como hombre mis transgresiones, escondiendo en mi seno mi iniquidad”²³⁷.

Sin embargo a diferencia del poeta, Job implora por alguien que le escuche:

¡Quién me diera quien me oyese! / He aquí mi confianza es que el Omnipotente testificará por mí, Aunque mi adversario me forme proceso. / Ciertamente yo lo llevaría sobre mi hombro, y me lo ceñiría como una corona. / Yo le contaría el número de mis pasos, y como príncipe me presentaría ante él²³⁸.

Job se considera príncipe y no rey como Alberti, porque reconoce sobre sí a la autoridad divina que lo ciñe, la suya no es lucha, es aceptación del proceso purificador, permite que sea la divinidad la que desentrañe sus secretos, trabajo que Alberti realiza con su mano desdoblada.

En el mismo capítulo, la amenaza para Job –de negarse a la purificación divina– es que “mi tierra clame contra mí, y lloren todos sus surcos, [...] en lugar de trigo me nazcan abrojos y espinos en lugar de cebada”²³⁹. La expuesta por Job es exactamente la consecuencia que labra Alberti más adelante en “El ángel falso”²⁴⁰, pues, a causa de negarse a la purificación, las zanjas y yerbajos arremeten en su contra sustituyendo la gloria de los trigales, previamente eliminados durante “El mal minuto”²⁴¹.

²³⁷ *Ibid.*, Job 31: 27, 33.

²³⁸ *Ibid.*, Job 31: 35-37.

²³⁹ *Ibid.*, Job 31: 38-40.

²⁴⁰ Encontramos el análisis de este poema y elementos como las zanjas y yerbajos en el séptimo apartado del quinto capítulo.

²⁴¹ El análisis de este episodio se encuentra en el primer apartado del quinto capítulo.

Otra imagen bíblica cuyos ecos aparecen en este poema es la referente a aquella “garganta” (79) que trata de encubrir los hechos y que se asemeja a lugares profundos de desolación, sobre ella el libro de los salmos advierte: “En la boca de ellos no hay sinceridad; sus entrañas son maldad, sepulcro abierto es su garganta, con su lengua hablan lisonjas” ²⁴².

Finalmente también pertenece a la mística la imagen del creyente que, como un erizo, se recoge en su interior y emprende el camino de autoconocimiento y redención, en palabras de santa Teresa: “Siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior [...] Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga cuando se retiran hacia sí” ²⁴³.

- “El ángel superviviente”

El albertiano por excelencia, un humano que no puede negar a la divinidad, pero que tampoco está dispuesto a pactar con ella... El humano, un ente que prefiere sobrevivir “herido, alicortado” (112) a vivir pleno.

En conclusión, exceptuando “El ángel superviviente” y “Los ángeles mudos”, los ángeles albertianos muestran la reiterada aparición del desdoblamiento del poeta en personalidades antagónicas que se combaten. Santa Teresa hace mención de esta incesante guerra interna: “Harto gran miseria es vivir en vida que siempre hemos de andar como los que tiene enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza” ²⁴⁴; también aclara que la guerra es contra nosotros mismos, contra nuestros sentidos y potencias traidores: “Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias [...] que se han ido fuera y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo [...] son ya traidores y andan alrededor” ²⁴⁵.

5. Ángeles dañinos

Al seguir nuestro recorrido por este mundo angélico finalmente nos encontramos con las huestes que dañan al poeta, entre ellas se encuentran los mensajeros de la ira de Dios, que pueden ser ángeles o demonios, ambos con autorización para

²⁴² *Biblia devocional de estudio*, Salmo 5:9.

²⁴³ Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 93.

²⁴⁴ *Ibidem*, p 56.

²⁴⁵ *Ibid.*, p 91.

agredir al hombre ²⁴⁶; porque bíblicamente, todo lo que sucede al hombre, todo, viene de mano de Dios, por eso “Lamentaciones” dirá: “¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?” ²⁴⁷.

- “El cuerpo deshabitado”

Los versos de este episodio tratan el drama del alma que es carbonizada por ángeles ²⁴⁸:

Llevaba una ciudad dentro.
Y la perdió sin combate.
[...]
Te dormiste.
Y ángeles turbios, coléricos,
la carbonizaron.
Te carbonizaron tu sueño.
[...]
carbonizaron tu alma,
tu cuerpo (24-25).

En el libro de Proverbios encontramos la tradicional imagen del hombre como ciudad: “Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda” ²⁴⁹. La metáfora da una enseñanza didáctica cuando la trasladamos e interpretamos a la luz del libro de Nehemías y entendemos que cuando se pretende restaurar una ciudad, pueden llegar entes “coléricos” a destruirla, a menos que permanezcamos vigilantes, sin dormir:

Pero aconteció que oyendo Sanbalat y Tobías, y los árabes, los amonitas y los de Asdod, que los muros de Jerusalén eran reparados, [...] se encolerizaron mucho; y conspiraron todos a una para venir a atacar a Jerusalén [...] Entonces por las partes bajas del lugar, detrás del muro, y en los sitios abiertos, puse al pueblo por familias, con sus espadas, con sus lanzas y con sus arcos. [...] Los que edificaban en el muro, los que acarreaban, y los que cargaban, con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada ²⁵⁰.

- “Canción del ángel sin suerte”

Este ángel usa al hombre como papalote, toma su esencia y se la lleva para eliminarla, para hacerla una chispa que perece en el aire:

Tú eres lo que va:
agua que me lleva,
que me dejará.

Buscadme en la ola.

²⁴⁶ Recordemos a los ángeles apocalípticos y el que zarandea a Job.

²⁴⁷ *Biblia devocional de estudio*, Lamentaciones 3:38.

²⁴⁸ En el segundo apartado del tercer capítulo he analizado a partir de “El cuerpo deshabitado” la arquitectura alquímica y su demoníaca destrucción.

²⁴⁹ *Biblia devocional de estudio*, Proverbios 25:28.

²⁵⁰ *Ibidem*, Nehemías 4:7, 8, 13, 17.

Lo que va y no vuelve:
viento que en la sombra
se apaga y se enciende.

Buscadme en la nieve

Lo que nadie sabe:
tierra movediza
que no habla con nadie.

Buscadme en el aire (34).

En el poema encontramos elementos como el agua, el viento, la nieve, el lodo y el aire que se relacionan con el poeta para trasladarlo al infortunio ¿Quién rige los elementos para generar este efecto? ¿Acaso la divinidad?

Respecto a la función del agua –de sus olas– encontramos una escena bíblica que muestra la reacción agraviosa de este elemento hacia el desdichado salmista que está anegado y violentamente oprimido, es un momento semejante al vivido por el poeta: “Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí [...] Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?”²⁵¹.

Con respecto al viento, también es un elemento bíblico devastador; el apóstol Mateo refiere alegóricamente la desgracia de una casa mal edificada y dañada por el viento: “[...] descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina”²⁵².

Por eso el poeta, a similitud de Job, es disuelto y apagado por el viento: “Me alzaste sobre el viento, me hiciste cabalgar en él, y disolviste mi sustancia”²⁵³.

La canción dice que al poeta debe buscársele en la ola, la nieve o el aire, tres elementos bíblicamente agresivos, ejecutores de juicios divinos como lo expresa el siguiente salmo: “El fuego y el granizo, la nieve y el vapor, el viento de tempestad que ejecuta su palabra”²⁵⁴.

²⁵¹ *Ibid.*, Salmo 42:7, 9.

²⁵² *Ibid.*, Mateo 7:27.

²⁵³ *Ibid.*, Job 30:22.

²⁵⁴ *Ibid.*, Salmo 148:8.

Siguiendo con la canción, después de ser molido delante del viento, el salmista, al igual que Alberti, sabe que la nueva morada es la “tierra movediza”, el lodo ²⁵⁵, por ello nos advierte que la divinidad dirá: “Y los molí como polvo delante del viento; los eché fuera como lodo de las calles” ²⁵⁶; por eso, finalmente allí debemos rastrear al poeta, en un lugar silencioso, sin comunión, que sobre él cierra su boca, “que no habla con nadie”. Debemos “buscarlo” (34) en las escenas de otro salmo gimiendo angustiado: “Sácame del lodo, y no sea yo sumergido; Sea yo libertado de los que me aborrecen, y de lo profundo de las aguas. No me anegue la corriente de las aguas, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre sobre mí su boca” ²⁵⁷.

En ese lodo bíblico que simboliza la vida mundana (la que deviene sin sentido u objetivo y que, según el apóstol Pablo, se rige por la potestad del aire ²⁵⁸) la vida del hombre es sólo una chispa que fenece en el aire, por ello Alberti dirá “buscadme en el aire” (33). Al respecto Job sentencia que del mismo modo que: “las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción”²⁵⁹.

- “El ángel desengañado”

Encontramos un ángel que ofrece llevarnos a lugares en que nuestro ego será coronado... por la nada:

Quemando los fríos,
tu voz prendió en mi:
ven a mi país.
Te esperan ciudades,
sin vivos ni muertos,
para coronarte.

-Me duermo.
No me espera nadie (35).

²⁵⁵ En “La casa alma bíblica”, segundo análisis del primer apartado del tercer capítulo, analizo el modo en que el viento hiere las paredes recubiertas con lodo, símbolo bíblico de lo mundano y lo engañoso.

²⁵⁶ *Biblia devocional de estudio*, Salmo 18:42.

²⁵⁷ *Ibidem*, Salmo 69:14-15.

²⁵⁸ “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. *Ibid.*, Efesios 2:1-2.

²⁵⁹ *Ibid.*, Job 5:7.

El poeta huye de este engaño y evita el camino propuesto por el ángel. En el libro de Job encontramos un escenario similar, aunque en este caso el hombre cae en el engaño, se autocorona y habita esas ciudades ruinosas de casas vacías que en “El ángel desengañado” rechazó el poeta:

Tribulación y angustia le turbarán, y se esforzarán contra él como un rey dispuesto para la batalla, / Por cuanto se portó con soberbia contra el Todopoderoso [...] habitó las ciudades asoladas, las casas inhabitadas, que estaban en ruinas. / No prosperará, ni durarán sus riquezas [...] Porque la congregación de los impíos será asolada, y fuego consumirá las tiendas de soborno. / Concibieron dolor, dieron a luz iniquidad, y en sus entrañas traman engaño²⁶⁰.

De menos el poeta no trama nada, está desengañado.

- “El ángel mentiroso”

Enfrentamos una batalla perdida ante el ángel de la mentira:

Y fui derrotada
yo sin violencia,
con miel y palabras.

Y, sola, en provincias
de arena y de viento,
sin hombre, cautiva

Y, sombra de alguien,
cien puertas de siglos
tapiaron mi sangre.

¡Ay luces! ¡Conmigo! (36).

El poeta nos traslada a las provincias de la insensatez que el apóstol Mateo ubica en la arena albertiana, pues compara a cualquiera que escucha palabras sabias y no las hace con “un hombre insensato, que edificó su casa sobre esa arena”²⁶¹.

Bíblicamente la mentira es sabrosa, pero después se desmorona y con su cascajo nos “tapia la sangre” (36) ya lo dicen los proverbios: “Sabroso es al hombre el pan de mentira; Pero después su boca será llena de cascajo”²⁶².

Alberti en su *Arboleda perdida* recordará a la mentira como un lugar doblemente manchado, ennegrecido y sin luz ante el que seguramente exclamaríamos: “¡Ay luces! ¡Conmigo!” (36):

²⁶⁰ *Ibid.*, Job 15:24, 25, 28, 35.

²⁶¹ *Ibid.*, Mateo 7:26.

²⁶² *Ibid.*, Proverbios 20:17.

Si te pudieras ver el alma [le decía el padre Lambertini], morirías de horror. La tienes sucia, lo mismo que un cendal manchado de barro. Porque, si al alma la ennegrece la lujuria, es el mentir quien la pone más negra todavía. Pecas y niegas la falta. Es decir, que pecas doblemente²⁶³.

- “Los ángeles mohosos”

Hay elementos que, aunque valiosos en otro tiempo, hoy aparecen corroídos en su interior por “Los ángeles mohosos” y sólo pueden mostrar decrepitud y nulidad:

Hubo luz que trajo
por hueso una almendra amarga.

Voz que por sonido,
el fleco de la lluvia
cortado por un hacha.

Alma que por cuerpo,
la funda de aire
de una doble espada.

Venas que por sangre,
yel de mirra y de retama.

Cuerpo que por alma,
el vacío, nada (38).

Los versos muestran elementos valiosos como el oro y plata bíblicos: Luz, voz, alma, venas y cuerpo (notamos que aparecen en un orden que va del elemento más valioso al menos) que sucumben acusados por el moho albertiano: Amargura, silencio, aire, yel y vacío; es una precipitada agonía que desemboca en la nada y nos cuenta la misma historia que el apóstol Santiago al referirse al oro en contacto con el moho: “Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego”²⁶⁴.

Esa “luz” (38) albertiana de hueso “amargo” significa para el santo Job una “vida” “amargada y suicida”: “¿Por qué se da luz al trabajado, y vida a los de ánimo amargado, que esperan la muerte, y ella no llega, aunque la buscan más que tesoros”²⁶⁵.

²⁶³ Alberti, Rafael, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 48.

²⁶⁴ *Biblia devocional de estudio*, Santiago 5:3.

²⁶⁵ *Ibid.*, Job 3:20-21.

La voz del poeta es “lluvia” (38), llanto, imagen clásica y por supuesto bíblica de desesperanza: “Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente, cuando la lluvia llena los estanques” ²⁶⁶.

Su cuerpo, ya lo vimos en “El ángel sin suerte”, es bíblicamente una chispa que se consume en el aire, una “funda de aire” (38), los versos de “Los ángeles mohosos” añaden que está habitada por la “doble espada” (38) de amargura, el libro de Proverbios la dibuja así: “Mas su fin es amargo como el ajeno, agudo como espada de dos filos” ²⁶⁷.

Sí, también amargas venas habitan su cuerpo “yel de mirra y de retama” (38), amargas como la bíblica hiel del libro de Hechos: “[...] porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás” ²⁶⁸.

Que queda para el alma cuando se azotan los elementos que la vivifican, por supuesto “el vacío” (38).

- “El ángel ceniciento”

En este poema la ira, al parecer liberadora y de cierta forma benéfica, provoca que los elementos (tierra, viento, fuego) generen una guerra que transforma al mundo en cenizas.

Precipitadas las luces
por los derrumbos del cielo,
en la barca de las nieblas
bajaste tú, Ceniciento.

Para romper cadenas
y enfrentar a la tierra contra el viento.
Iracundo, ciego.

Para romper cadenas
y enfrentar a los mares contra el fuego (39).

Esta ira ciega viene a “romper cadenas” (39), libera al poeta del moho que nubló sus esperanzas, precipita las luces que en “Los ángeles mohosos” traían “por hueso una almendra amarga” (38), baja provocando derrumbes, dando agresivos bandazos al “mundo” (39) a sus cuatro elementos tradicionalmente fundamentales: tierra, viento, agua y fuego, es el ángel ceniciento, el que con celo divino purifica

²⁶⁶ *Ibid.*, Salmo 84:6.

²⁶⁷ *Ibid.*, Proverbios 5:4

²⁶⁸ *Ibid.*, Hechos 8:23.

²⁶⁹ y que se ensucia hasta la muerte por hacerlo, ¿Es un Cristo que enfrenta iracundo la necedad del templo ²⁷⁰, del mundo, de una fingida creación divina ²⁷¹? Es un ángel que “por la nada rodó muerto” (39) ignorado por los hombres, aunque no por el poeta.

- “El ángel rabioso”

Hemos caminado de la amargura de “Los ángeles mohosos” a la ira de “El ángel ceniciento” y de allí a la presente rabia ¿Es acaso este proceso un ascenso hacia el furioso exterminio o el paso a la tremenda purificación?

¿Qué te hice, dime
para que los saltes?
¿Para que con tu agrio aliento
me incendias todos mis ángeles?

Hachas y relámpagos
de poco me valen.
Noches armadas, ni vientos
leales.

Rompes y me asaltas.
cautivo me traes
a tu luz, que no es la mía,
para tornearme (40).

En este pasaje aparecen ángeles empeñados en destruir al poeta, a sus huéspedes, lo hacen con un furor ante el que las armas albertianas se quiebran, con una cólera incendiaria. Frente a esta descripción podríamos estar hablando del escenario descrito por el profeta Jeremías en que Dios arremete en contra de Babilonia, nación armada como el poeta, pero endeble ante él juicio con el que es asaltada, torneada y quebrantada hasta que nada le queda:

Estruendo de guerra en la tierra, y quebrantamiento grande ¡Cómo fue cortado y quebrado el martillo de toda la tierra! ¡Cómo se convirtió Babilonia en desolación entre las naciones! / Te puse lazos, y fuiste tomada [...] Venid contra ella desde el extremo de la tierra; abrid sus almacenes, convertidla en montón de ruinas, y destruidla; que no le quede nada ²⁷².

²⁶⁹ Sofonías indica que la ira divina es purificadora: “Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo”. *Ibid.*, Sofonías 1:18.

²⁷⁰ El apóstol Mateo nos presenta a Cristo dando bandazos al templo mundano: “Entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas”. *Ibid.*, Mateo 21:12.

²⁷¹ El apóstol Marcos relata como para Jesús el templo, símbolo del sistema religioso, no tiene valor, el hombre debe ser liberado de él, el templo debe derribarse: “Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios. Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada”. *Ibid.*, Marcos 13:2.

²⁷² *Ibid.*, Jeremías 22-26.

¿Y si los tesoros, todos esos ángeles que almacena el poeta, fueran hojarasca que debe ser destruida para “tornearlo”, para purificarlo y redimirlo? Bíblicamente es factible, sobre todo porque la consecuencia de estos trágicos momentos en *Sobre los ángeles* es la subsecuente visita de “El ángel bueno”, la redención; el apóstol Pablo nos advierte sobre este doloroso proceso: [...] la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada [...] Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego²⁷³. Aunque la situación parece insufrible el apóstol Pablo insta a los feligreses: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese”²⁷⁴, esto porque la recompensa persigue a la purificación por fuego, por eso en la siguiente escena arriba “El ángel bueno” con una apacible carta celeste, palabras vestidas de campanazos, promesas bíblicas para aquél que está inmerso en un proceso disciplinatorio porque, como predica el apóstol Pablo: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”²⁷⁵.

- “Los ángeles de la prisa”

En este poema aparecen seis²⁷⁶ espíritus pajizos, seis ascuas, seis ángeles que empujan al poeta a la inquietud y sobresalto, a la ansiedad:

Espíritus de seis alas,
seis espíritus pajizos,
me empujaban.
[.]
Acelerado aire era mi sueño
[...]
Me empujaban.

Enemiga era la tierra,
porque huía.
Enemigo el cielo,
porque no paraba.
Y tú, mar,
y tú, fuego,
y tú,

²⁷³ *Ibid.*, 1 Corintios 3:13-15.

²⁷⁴ *Ibid.*, 1 Pedro 4:12.

²⁷⁵ *Ibid.*, Hebreos 12:11.

²⁷⁶ Es el número de la humanidad, símbolo de sus ansiedades, pecado e imperfección.

acelerado aire de mi sueño.
Seis ascuas,
oculto el nombre y las caras, empujándome de prisa.
¡Paradme!
[...]
No querían
que yo me parara en nada (51-52).

En estos versos sentimos la preeminencia del vértigo al que Bachelard verá como un devenir repentino cuyo entendimiento sólo lograremos a partir de la comprensión de la “psicología de los ángeles fulminados”²⁷⁷, de la lógica subyacente en el enemigo resquebrajamiento y huida de los elementos vitales –la tierra, agua, fuego y aire– además del abandono de la deidad, representada en el poema por el cielo; es la psicología de la expulsión, de la fuerza que nos empuja fuera de la existencia.

El libro de Job expresa escenarios similares en que al hombre, ni siquiera en su lecho, se le permite hallar quietud, pues lo persigue la feroz velocidad de sus días; se trata de un individuo expulsado semejante al que manipulan “Los ángeles de la prisa”, es un leproso literalmente empujado fuera de su propia existencia:

Quando estoy acostado, digo: ¿Cuándo me levantaré? / Mas la noche es larga, y estoy lleno de inquietudes hasta el alba. / Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza. [...] Cuando digo: Me consolará mi lecho, mi cama atenuará mis quejas; entonces me asustas con sueños, y me aterras con visiones²⁷⁸.

En este mismo libro también descubrimos momentos que señalan a hombres sin identidad –“oculto el nombre y las caras” diría Alberti– empujando a Job hacia la perdición y haciendo revueltas en su calamidad, turbaciones sobre él; en estas escenas el viento mismo le deforma con violencia hasta derribarle en el lodo, hacerlo ceniza. Crueldad y persecución lo lanzan sobre el viento hasta su disolución, con las entrañas sin reposo, que no se paran en nada:

Hijos de viles, y hombres sin nombre, más bajos que la misma tierra. Empujaron mis pies, y prepararon contra mí caminos de perdición. Mi senda desbarataron, se aprovecharon de mi quebrantamiento, [...] Vinieron como por portillo ancho, se revolieron sobre mi calamidad. / Se han revuelto turbaciones sobre mí; combatieron como viento mi honor, y mi prosperidad pasó como nube. [...] La violencia deforma mi vestidura; me ciñe como el cuello de mi túnica. [...] Clamo a ti, y no me oyes; me presento, y no me atiendes. / Te has vuelto cruel para mí; con el poder de tu mano me persigues. / Me alzaste sobre el viento, me hiciste

²⁷⁷ Gastón Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 119.

²⁷⁸ *Biblia devocional de estudio*, Job 7:4, 6, 13, 14.

cabalgar en él, y disolviste mi sustancia. [...] Mis entrañas se agitan, y no reposan; días de aflicción me han sobrecogido ²⁷⁹.

El empuje veloz y destructivo también está presente en las profecías de Isaías: “He aquí que Jehová te transportará en duro cautiverio [...] Te echará a rodar con ímpetu, como a bola por tierra extensa [...] Y te arrojará de tu lugar, y de tu puesto te empujará” ²⁸⁰.

- “Los ángeles crueles”

Un poema autobiográfico que, al rescatar el episodio de la matanza de pájaros, acusa al poeta de crueldad ²⁸¹, de permitir a sus demoníacas presencias ese actuar irracional que dejó a sus “¡Jardines del sur, deshechos! / Del sur, muertos” (54) que culpa a sus manos “aún calientes, de aquel tiempo” (54) del entierro de los pájaros, de la perforación y muerte de su “voz y los albedríos / largos, cortos de sus sueños” (53), de sus sueños de pájaros hechos de “la mar, los campos, las nubes, / el árbol, el arbolillo...” (53) de esos sueños que él también, como niño, compartía y que ahora sólo aparecen en su memoria “ciegos, muertos” (53), por eso cuando los invita a “¡Volad!” (53) a “¡Airead!” (54) ellos se resisten y con su negativa también a él le impiden el vuelo, lo llevan a dejar caer el último verso: “Enterremos” (54). “Los ángeles crueles” es un poema que parece responder a “Invitación al aire” en que el poeta casi vuela entre el aleteo de los versos:

Te invito sombra al aire.
Sombra de veinte siglos,
a la verdad del aire,
del aire, aire, aire (37).

¿Quién es esta sombra?, como lo vimos al finalizar el segundo apartado del segundo capítulo, proviene de la infancia y emerge para ser invitada a la liberación, a ¡Airead! (54); ella simboliza todo aquello que permanece atrapado en el poeta y que debe ser desentrañado, ciertamente representa su alma, su sombría esencia que desea el vuelo, es en resumen un ave-alma ²⁸²; entendemos su naturaleza de ave porque en “Invitación al aire” el poeta reclama a la sombra: “al mundo / no

²⁷⁹ *Ibid.*, Job 30:8, 12-15, 18-23, 27.

²⁸⁰ *Ibid.*, Isaías 22:17-19.

²⁸¹ El justo cuida de la vida de su bestia; mas el corazón de los impíos es cruel. *Biblia devocional de estudio*, Proverbios 12:10.

²⁸² En el siguiente capítulo analizaré el modo en que Alberti identifica al ave con la figura de su alma.

devolviste el silbo” (37) y además se refiere a ella por sus picos “Sombra, a los picos, sombra” elementos que mencionará también en el primer verso de “Los ángeles crueles”: “Pájaros, ciegos los picos” (53).

La verdad, la vida, es lo que deberían saborear los picos de la sombra, del alma, del ave; deberían recibir la invitación a la existencia, sin embargo, en “Los ángeles crueles” esos picos están ciegos, “Perforados, / por un rojo alambre en celo” (53) y la mayor crueldad no es que las aves no vuelen, sino que el poeta permanezca enterrado con ellas, que no pueda adquirir perdón porque sus manos “aún calientes, de aquel tiempo” (54) siguen siendo miembros, aunque confesos, crueles.

- “Engaño”

Alguien detrás, a tu espalda,
tapándote los ojos con palabras.

[...]

Ahumada voz de sueño
cortado.

[...]

Con palabras, vidrios falsos.

Ciega, por un túnel de oro,
de espejos malos,
con la muerte
darás en un subterráneo (56).

Al igual que en el poema, bíblicamente el espíritu de engaño, encogido y agachado, acecha por la espalda a su víctima para atraerla a su “túnel”, a la cueva en que esconde su red de muerte:

Llena está su boca de maldición, y de engaños y fraude; debajo de su lengua hay vejación y maldad. Se sienta en acecho cerca de las aldeas; en escondrijos mata al inocente. Sus ojos están acechando al desvalido; acecha en oculto, como el león desde su cueva; acecha para arrebatarse al pobre; arrebatarse al pobre trayéndolo a su red. Se encoge, se agacha, y caen en sus fuertes garras muchos desdichados²⁸³.

También bíblicamente el engaño se efectúa por medio de una lengua falsa, vidriosa y afilada, el salmista advierte: “Agravios maquina tu lengua; como navaja afilada hace engaño”²⁸⁴.

²⁸³ *Ibid.*, Salmo 10:7-10.

²⁸⁴ *Ibid.*, Salmo 52:2, la misma alusión a la lengua vidriosa aparece en Jeremías 9:8.

Recordando la cita de la *Arboleda perdida* que revisamos en “El ángel mentiroso”, en este mismo apartado, entendemos que la mentira sea para el poeta una “ahumada voz” cuyo humo ennegrece el cendal.

- “El ángel del carbón”

Tiznados por tus manos,
mis muebles, mis paredes.

En todo,
tu estampado recuerdo
de tinta negra y barro.
¡Te quemen!

Amor, pulpo de sombra,
malo (58-59).

Para entender la naturaleza de este poema viajemos a la “Morada del alma encarcelada” en *Sermones y moradas*, allí descubriremos al “Ángel del carbón” como una presencia que proviene del pasado (mazmorras) y vestida de recuerdo, o más bien de cinceladas de remordimiento, ensucia al alma en el presente: “¿Qué me decís de las mazmorras inundadas de tinta corrompida, donde la furia de un formón enloquecido resquebraja el remordimiento?”²⁸⁵.

Un sentimiento, como el deseo, cuando deformado y corrompido se transforma en maldición, es un “pulpo de sombra / malo” (54). San Juan no duda en advertirnos sobre estos apetitos y sus daños al alma:

Estos apetitos causan en el alma dos daños principales: el uno es que la privan del espíritu de Dios, y el otro es que el alma en que viven la cansan, atormentan, oscurecen, ensucian y flaquean [...] Lo que digo y hace al caso para mi propósito es que cualquier apetito, aunque sea de la más mínima imperfección, mancha y ensucia el alma²⁸⁶.

- “El ángel de la ira”

Nuevamente la intervención de una presencia que acarrea un recuerdo doloroso, que enfurece al poeta hasta la desesperación de “gritos largos” (61) que lo transportan nuevamente a los “fosos” (61), al lugar del pasado del que pretende liberarse.

²⁸⁵ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, p. 127.

²⁸⁶ San Juan de la Cruz, *Poesía. Selección de prosa*, pp. 115, 119.

- “El ángel envidioso”

El espíritu envidioso aterriza en el poeta para manejar su lengua, tomado por este ángel él es una torre avara, de oro y desconfiada, negada a escuchar, a entender a abrir sus ventanas: “Torre de desconfianza, / tú. / Tú, torre de oro, avara. / Ciega las ventanas” (62). Es un ser codicioso que desea subir, ser cielo, ser divino, cantarse a sí mismo: “Un cielo, verde de envidia, / rebosa mi boca y canta. / Yo, un cielo... / Ni escuches ni mires” (63).

El poeta es un cortador que a su paso tala hombres, ciudades, todo, aún su propia alma:

Leñadoras son, ¡defiéndete!,
esas silbadoras hachas
que mueven mi lengua.

Hoces de los vientos malos,
¡alerta!,
que muerden mi alma.

[...]
Hombres arrasados, hijos,
por las ciudades taladas (62).

Tras lo anterior, bien podemos identificar al poeta con el rey de Babilonia, ícono bíblico poseído por el mismo espíritu codicioso que, a fin de cuentas, después de haberse dedicado a talar pueblos, acaba él mismo talado como consecuencia de su ciego deseo de subir al cielo y levantar allí su trono :

[...] pronunciarás este proverbio contra el rey de Babilonia, y dirás: ¡Cómo paró el opresor, cómo acabó la ciudad codiciosa de oro! / Quebrantó Jehová el báculo de los impíos [...] el que hería a los pueblos con furor [...] Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas. / Aún los cipreses se regocijaron a causa de ti, y los cedros del Líbano, diciendo: Desde que tú percaste, no ha subido cortador contra nosotros. [...] ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. / Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono²⁸⁷.

La imagen de las hachas albertianaas que silban y muerden como serpientes también es bíblica, veamos: “Su voz saldrá como de serpiente; porque vendrán los enemigos, y con hachas vendrán a ella como cortadores de leña”²⁸⁸; igualmente bíblica es la idea de que el que está tomado por la avaricia no escucha, no mira, ciega las ventanas: “Mas tus ojos y tu corazón no son sino para tu avaricia, y para

²⁸⁷ *Biblia devocional de estudio*, Isaías 14:4-8, 12,13.

²⁸⁸ *Ibid.*, Jeremías 46:22-23.

derramar sangre inocente, y para opresión y para hacer agravio. / Te he hablado en tus prosperidades, mas dijiste: No oiré” ²⁸⁹.

- “El ángel tonto”

El espíritu de necedad, (un ente sin ciencia) teme al compromiso, finge que su alma está muerta, que es un “pájaro muerto” (68) para evitar la toma de decisiones y por eso el poeta lo abuchea cuando se lo encuentra invadiéndole la vida con su tonta indiferencia:

No en las calles, en todo,
Indiferente, necio,
Me lo encuentro.

¡El ángel tonto!
¡Si será de la tierra! (68-69).

El poeta asegura que es un ente de la tierra un ángel totalmente caído que vaga por todo lo mundano. El libro de los proverbios lo definiría así: “En el rostro del entendido aparece la sabiduría; mas los ojos del necio vagan hasta el extremo de la tierra” ²⁹⁰.

- “El ángel avaro”

La avaricia lleva al poeta a desear lo más difícil: La plenitud espiritual.

Ese hombre está muerto
y no lo sabe.
Quiere asaltar la banca,
robar nubes, estrellas, cometas de oro
comprar lo más difícil:
el cielo.
Y ese hombre está muerto (77).

Es avaricia porque evade el sacrificio, el precio que implica obtener está dádiva. Adelante nos enteramos de que no está dispuesto a entregarse por completo para obtenerla.

- “Tres recuerdos del cielo”, “Segundo recuerdo”

El cielo o paraíso prístino en que no sucedía aún la tragedia de la rebelión demoníaca es expuesto en este recuerdo, lo cual ratifica la conciencia del poeta sobre los ángeles caídos: “mucho antes de la rebelión de las sombras, / de que al mundo cayeran plumas incendiadas” (84).

²⁸⁹ *Ibid.*, Jeremías 22:17 / 21.

²⁹⁰ *Ibid.*, Proverbios 17:24.

- “El ángel de arena”

¿Qué es el mar? El poema responde presentando dos visiones contrarias: la que se refleja en unos ojos que fueron seriamente abiertos y la verdadera.

Seriamente, en tus ojos era la mar dos niños que me espiaban,
temerosos de lazos y palabras duras.
Dos niños de la noche, terribles, expulsados del cielo,
cuya infancia era un robo de barcos y un crimen de soles y de lunas.
Duérmete. Ciérralos.

Vi que el mar verdadero era un muchacho que saltaba desnudo,
Invitándome a un plato de estrellas y a un reposo de algas.
¡Sí, sí! Ya mi vida iba a ser, ya lo era, litoral desprendido.
Pero tú, despertando, me hundiste en tus ojos (86).

Bíblicamente el mar es también un símbolo ambivalente, por una parte representa el mundo de pecado e iniquidad, como en Isaías o Daniel ²⁹¹ y por otra el mundo de paz, justicia y libertad divinas como en Isaías ²⁹².

Para el poeta el mar-mundo de los ojos abiertos, tan serio como el conocimiento mismo del bien y mal, presenta elementos como: los dos niños temerosos, expulsados del cielo, ladrones, que viven en un mundo nocturno y son culpables. Veamos la similitud que guarda este paraje con el del mundo del hombre caído por causa del consejo demoníaco:

Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. / Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer [...] y dio también a su marido [...] Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos [...] Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. / Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? / Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. [...] Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. [...] Y lo sacó Jehová del huerto del Edén ²⁹³.

Si los ojos que reflejan ese paraje se cierran, permiten que el poeta vea lo que es el mar verdadero, y entonces surge gran júbilo, la desnudez deja de avergonzar, se logra la libertad, se puede degustar estrellas y reposar, porque el mar se transforma en el Paraíso descrito por Isaías, un lugar cubierto por las aguas del conocimiento en que los dos niños son ahora uno que puede saltar, jugar sin temor del “lazos” (86) o serpientes:

²⁹¹ *Ibid.*, Isaías 57:20 y Daniel 7:2.

²⁹² *Ibid.*, Isaías 48:18 y 11:9.

²⁹³ *Ibid.*, Génesis 3:5-10, 22-23.

Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. / No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar²⁹⁴.

- “El ángel de las bodegas”

Estamos ante un espíritu que se bebe al poeta:

La flor del vino blanco, sin haber visto el mar, muerta.
Las penumbras se beben el aceite y un ángel la cera. (90)

La escena es parecida a la descrita por el salmita, donde presencias espirituales se beben al hombre derretido:

Me han rodeado muchos toros [...] Abrieron sobre mí su boca. / Como león rapaz y rugiente. / He sido derramado como aguas, / y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, / derriéndose en medio de mis entrañas²⁹⁵.

- “Los ángeles muertos”

Buscad, buscadlos:
[...]
No lejos de los charcos incapaces de guardar una nube,
unos ojos perdidos,
una sortija rota
o una estrella pisoteada
[...]
Cerca del casco perdido de una botella,
de una suela extraviada en la nieve,
de una navaja de afeitar al borde de un precipicio (108-109).

Estos espíritus deben ser buscados entre entes inservibles que sucumbe pisoteados, no porque carezcan de valor, sino porque tal como las perlas bíblicas han sido lanzados delante de los cerdos y ahora aparecen despedazados²⁹⁶; sí, sucumben bajo las patas de cerdos, que son a su vez símbolos bíblicos de demonios suicidas²⁹⁷ que se arrojan “al borde de un precipicio” (109).

- “Los ángeles feos”

Vosotros habéis sido,
vosotros que dormís en el vaho sin suerte de los pantanos
para que el alba más desgraciada os reanime en una gloria de estiércol,
vosotros habéis sido la causa de este viaje (110).

²⁹⁴ *Ibid.*, Isaías 11:8-9.

²⁹⁵ *Ibid.*, Salmo 22:12-14.

²⁹⁶ *Ibid.*, Mateo 7-6.

²⁹⁷ Los demonios que Jesús expulsó del gadareno “se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó en el mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas”. *Ibid.*, Mateo 8:32.

Los versos acusan a los ángeles que habitan en el lugar lodoso (símbolo bíblico de perdición ²⁹⁸) de la desgracia y decadencia a la que el poeta ha sido conducido, según santa Teresa ²⁹⁹, por su pusilanimidad y cobardía.

Al terminar el recuento de estas figuras angélicas identificamos que, según principios bíblicos, muchas de ellas ejecutan daños por orden celestial, entendemos que el poeta es congruente con las doctrinas cristianas para las que el ser humano es incapaz de diferenciar ángeles de demonios a partir de los daños o beneficios que le propician; por ello es lógico que considere que las dos especies de origen divino deban ser nombradas con la misma palabra “ángeles”, aunque sepa y muestre que moralmente se contraponen. Podríamos decir que a veces un ángel necesita incinerarnos para bendecirnos y un demonio nos endulza el camino para maldecirnos, son experiencias paradójicas y de indescifrable origen.

Por otra parte estos ángeles o demonios cuentan con la característica que más atemoriza y repele al ser humano: la capacidad de dañar, pero el poeta trastoca el concepto de daño hasta convertirlo en una experiencia de vida enriquecedora, igual que en cualquier rito iniciático; por ello es plausible que desde la perspectiva de Alberti no pueda considerarse que en el camino recorrido o por recorrer existan sucesos dañinos o benéficos, lo que puede contemplarse es un conjunto de experiencias que transforman al espíritu humano hasta la madurez.

Por lo tanto, el suceso de mayor impacto en el viaje: el ataque de ángeles, posiblemente demonios, es el precio que se paga para adquirir sabiduría. En *Los ángeles escogidos y malignos*, C. Fred Dickason nos dice que el cristianismo considera lo siguiente con respecto a la existencia y utilidad de los demonios:

No se trata de un dualismo; no es una lucha entre dos fuerzas eternas e iguales. Dios que todo lo hizo gobierna sobre todo. Ninguna criatura sin importar lo grande o pequeña que pueda ser, puede sobrevivir un instante sin su consentimiento y sostén. Cuando se haya servido de los ángeles del mal, los que se deleitan oponiéndose a él, Dios acabará con ellos ³⁰⁰.

²⁹⁸ El salmista dirá con respecto al lodo: “Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos”. *Ibid.*, Salmo 40:2.

²⁹⁹ Para santa Teresa el lodo simboliza la perdición de una vida que por cobarde es desgraciada: “Y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente [...] Metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca la corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía”. Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 37.

³⁰⁰ Fred Dickason, *Los ángeles escogidos y malignos*, p. 12.

¿Cuál sería la utilidad de esos seres permitidos? El mismo autor comenta: “Dios es autor de un plan perfecto, que permitió que sus criaturas pecasen, de la misma manera que el compositor de una partitura incluye a voluntad alguna discordancia para crear un efecto global agradable” ³⁰¹.

¿Acaso la intención de Alberti es hacernos ver que los ángeles dañinos cumplen una función esencial en la vida del hombre?, ¿son ellos los que hacen que logremos crecer? Es verdad que el “ángel bueno” interviene varias veces, pero recordemos que siempre lo hace para rescatar y nunca para impedir el ataque o prueba, el ataque hace crecer al héroe y sobre todo le permite entender que todo tiempo es tiempo de guerra, y puesto que el enemigo no descansa, el hombre debe velar perseverante y como aconseja el apóstol Pablo, permanecer armado ³⁰².

Por su parte, afianzando la teoría sobre la función maduradora de los ángeles dañinos, Gabriel Weisz nos habla del juego caótico de ataques constantes por medio de la figura simbólica tradicional del “coyote” navajo; nos deja ver los beneficios de esta encarnación de la travesura ante la que siempre hemos de estar vigilantes y dispuestos al movimiento para enfrentarla:

[...] Coyote encarna la travesura, pero sus maniobras pueden proporcionar sabiduría a los iniciados. Ante un conocimiento cerrado y ordenado, Coyote introduce un saludable juego caótico y absurdo, aunque también puede ser destructivo y malévolos [...] El juego caótico de Coyote esboza una configuración psíquica y un cuerpo simbólico que componen un aprendizaje mediante una serie de acontecimientos violentos. Coyote es aquella información faltante para completar el esquema síquico y físico de las personas, es la fuente de un nuevo sentido y al mismo tiempo es la entelequia del rompimiento. Provoca la de-sedimentación de procesos que buscan arraigarse en una estabilidad permanente. [...] En la imaginación mítica la indeterminación y los juegos caóticos parecen configurar a los cuerpos imaginarios, los cuales deben cruzar por estos procesos hacia el rumbo de la adquisición del conocimiento. Coyote saca a las personas de sus límites psíquicos ³⁰³.

Finalmente notamos que “coyote” o, en *Sobre los ángeles*, las huestes dañinas, son seres míticos que en ocasiones activan violentos mecanismos para perfeccionarnos; son, en las palabras de Alberti plasmadas en *Sermones y moradas*, entes de los que debemos purgarnos para obtener libertad y que a través

³⁰¹ *Ibid.*, p. 130.

³⁰² El apóstol Pablo dirá: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra [...] huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”. *Biblia devocional de estudio*, Efesios 6:12-13.

³⁰³ María Noel Lapoujade, *Espacios imaginarios*, pp.154-155.

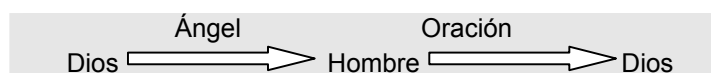
de la purga misma, de esos movimientos que nos arquean, nos permiten también madurar:

Ya podéis envaneceros de la derrota de aquel hombre que anduvo por el océano endurecido para ahogar sus fantasmas y sólo consiguió que los moluscos se le adhirieran a la sangre y las algas mas venenosas le chuparan los ojos cuando la libertad rempujaba hacia él, corneándole desde el demonio más alto de los rompehielos³⁰⁴.

6. Ángeles ajenos a la voluntad humana

Los textos bíblicos conciben a los ángeles como seres intrínsecamente ligados a la vida humana, pero que no se subyugan a ella, sino que la interfieren constantemente para ministrarla. El escritor de la carta a los hebreos analiza esta función angélica y para hacernos reflexionar cuestiona: “¿No son todos [los ángeles] espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?”³⁰⁵. Por su parte el apóstol Pedro en su primer carta revela que estos seres actúan sobre la humanidad cumpliendo en ella las órdenes de Dios, pero sin acceder a las peticiones del individuo: “[...] quien habiendo subido al cielo [Jesús] está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades”³⁰⁶.

Ahora enfoquémonos en el proceso que vincula al hombre y al embajador divino; bíblicamente la divinidad puede promover la comunicación con el hombre por medio de los ángeles, pero la del hombre a Dios no puede retornar por el mismo canal, el problema es que se quiera considerar al mensajero como emisor del mensaje o como canal efectivo de retorno para cerrar el circuito comunicativo, cuando el hombre, para comunicarse con Dios, sólo tiene que hablar (orar), por eso el apóstol Mateo aconseja: “todo lo que pidieréis en oración, creyéndolo, lo recibiréis”³⁰⁷. A manera de esquema:



Entablar algún tipo de comunicación con el ángel es imposible, lo que se generaría sería un proceso nulo, esa podría ser la razón por la que el poeta

³⁰⁴ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, pp. 116,117.

³⁰⁵ *Biblia devocional de estudio*, Hebreos 1:14.

³⁰⁶ *Ibid.*, 1 Pedro 3:22.

³⁰⁷ *Ibid.*, Mateo 20:22.

bautiza como “muerto” (11) al ángel de “Paraíso perdido”, porque la principal entre sus características, la comunicativa, la de mensajero divino ³⁰⁸ califica al ser completo, y como este mensajero, por el momento, no aporta nada, es calificado de esta forma; sin embargo, lo raro es que a una figura de muerte no se le podría pedir: “Ilumina / con tu rayo el retorno” (13).

A lo largo de *Sobre los ángeles* encontramos interacciones semejantes: ningún diálogo con los seres alados, ellos actúan sobre la vida del poeta siguiendo indicaciones divinas y hacen caso omiso a los deseos del afectado quién en ocasiones se muestra confundido y desalentado por ello.

Hay momentos en que los ángeles hablan al poeta para ordenarle y él obedece, lo cual no significa que esté en acuerdo o desacuerdo, sino que esos ángeles lo rigen al igual que al tiempo y espacio; en sus manos y ante sus órdenes él es un títere: “Viento contra viento / Yo, torre sin mando, en medio” (30) nos dice en “Los ángeles bélicos” para ratificarlo.

También hay episodios en que, cuando los ángeles le entregan mensajes de la divinidad, con ello lo redimen y vitalizan, casi se adueñan de su voluntad para erguirlo después de la depresión y él puede exclamar: “¡Campanas! / Una carta del cielo bajó un ángel” (43) o como en este otro episodio de “El ángel bueno”: “Alguien dijo: ¡Levántate! / Y me encontré en tu estancia” (27).

7. El ángel muerto y Cristo

Frente a las tinieblas el “ángel muerto” (11) dormita en lugar de proyectar una ruta segura, por lo que el poeta exclama: “-Ángel muerto, despierta. / ¿Dónde estás? Ilumina / con tu rayo el retorno” (13).

El poeta rige parcialmente el timón mientras el vigía, de sobrenatural visión y potestad, le niega las coordenadas ¿Pero acaso bíblicamente la divinidad no tiene cuidado de nosotros?, ¿por qué permite esta catástrofe?, ¿para qué vigila por medio de sus ángeles si no va a detener las caídas? Al parecer prefiere las redenciones que la perenne sanidad, cuando visita la tierra se dirige a los enfermos y se glorifica en sus debilidades, bien lo dice el apóstol Pablo: “[Dios] Me

³⁰⁸ *Malák* en hebreo designa a los mensajeros, embajadores o emisarios. Eugene E. Carpenter y Comfort, Philip W., *Glosario Holman de términos bíblicos*, p. 22.

ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”³⁰⁹. Se glorifica en las caídas y subsecuentes redenciones porque a través de ellas sus grandes emisarios adquieren madurez y plenitud.

No obstante, el poeta en este momento, desde su perspectiva, siente perdido el destino; para él se extingue el “Paraíso” de la comunicación unificadora con la divinidad y deviene en silencio nocturno:

Silencio. Más silencio.
Inmóviles los pulsos
del sinfín de la noche.

¡Paraíso perdido!
Perdido por buscarte,
Yo, sin luz para siempre (13).

La escena me recuerda otra acaecida durante una noche en que la tempestad casi ahoga en las profundidades del mar a un conjunto de pescadores, mientras el vigía dormitaba: “[Cristo] les dijo: Pasemos al otro lado [...] Pero se levantó una gran tempestad de viento y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron y le dijeron: Maestro ¿no tienes cuidado que perecemos?”³¹⁰.

Bíblicamente el mar en tempestad puede simbolizar la angustia de los impíos³¹¹, la inestabilidad humana³¹², la vida abrupta e infértil de los herejes³¹³, el quebrantamiento³¹⁴ y demás situaciones angustiantes como la que expresa el salmista:

Sálvame, oh Dios, / porque las aguas han entrado hasta el alma. / Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; / he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado. / Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; / han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios. [...] Sácame del lodo, y no sea yo sumergido [...] Ni me trague el abismo³¹⁵.

Definitivamente la angustia del salmista nos evoca la desesperación de “Paraíso perdido” y por otra parte, al asociar la metáfora acuífera del salmo con el evangelio

³⁰⁹ *Biblia devocional de estudio*, 2 Corintios 12:9.

³¹⁰ *Ibid.*, Marcos 4:35, 37-38.

³¹¹ *Ibid.*, Isaías 57:20.

³¹² *Ibid.*, Santiago 1:6.

³¹³ *Ibid.*, Judas 13.

³¹⁴ *Ibid.*, Lamentaciones 2:13.

³¹⁵ *Ibid.*, Salmo 69:1-3 / 14-15.

citado, entendemos que el mar simboliza las vicisitudes humanas y sus dolencias almáticas.

Retornando a la historia de los pescadores, nos enteramos de que, tras el recorrido por el mar tempestuoso, el ciclo concluye en bonanza cuando: “levantándose [Jesús] reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?”³¹⁶. Si el ciclo de *Sobre los ángeles* que inicia con el tormentoso “Paraíso perdido” persigue la metáfora bíblica, es lógico que esperemos la supervivencia.

Ahondemos un poco más en la personalidad del singular “ángel muerto, vigía” por medio de una visión controvertida pero plausible que desemboca nuevamente en la figura de Cristo como símbolo de redención.

Bíblicamente el único ángel muerto y vigía, el único muerto y vivo es el que aparece para dirigir su dictamen a una de las siete iglesias apocalípticas: “Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió”³¹⁷. Este ángel transporta la voz de Jesucristo, aún muchos teólogos afirman que el ángel mismo es Jesucristo³¹⁸; podría objetarse que Cristo no es un ángel, aunque no se puede negar que los ángeles existen para hacer conocer a los hombres la voluntad de Cristo³¹⁹; por ello el “ángel muerto” puede ser Cristo mismo o un canal portador de su voz.

Volviendo al mensaje entregado a la iglesia de Esmirna, notamos que su estructura se hermana con la vivencia iniciática de Alberti en *Sobre los ángeles*. Cristo da siete mensajes como el que a continuación conoceremos, cada uno distinto tanto en el contenido como en el sinécdoque particularizante que ocupa para referirse a su ser, esto es importante puesto que sólo en este mensaje se menciona la característica de haber estado muerto dentro del tropo, la razón la entenderemos después de esquematizar la situación anunciada:

³¹⁶ *Ibid.*, Marcos 4:39-40.

³¹⁷ *Ibid.*, Apocalipsis 2:8.

³¹⁸ “El que habla es Jesucristo, designado por uno de sus siete atributos: Eugene E. Carpenter y Comfort, Philip W., *Glosario Holman de términos bíblicos*, p. 38.

³¹⁹ “A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas”. *Ibid.*, 1 Pedro 1:12.

<ul style="list-style-type: none"> • Iglesia que pasa tribulación. 	Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.
<ul style="list-style-type: none"> • Será atacada por el demonio. • Tendrá tribulación por diez días. • Tendrá que ser fiel hasta la muerte. • El galardón será la corona de vida. 	No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.
<ul style="list-style-type: none"> • Si vence no morirá por segunda vez. 	El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte ³²⁰ .

Se trata de un mensaje de muerte, pero con poder para dar vida (con un “rayo” capaz de iluminar el retorno, diría Alberti), por medio de él Cristo advierte a sus feligreses sobre la necesidad de que sean atacados por demonios, sufran y mueran para tener derecho a la vida eterna. El ángel no reaccionará ante ninguna de las situaciones venideras, será sólo un vigía ¿Podemos imaginar a esta iglesia clamando a Cristo en medio de la tribulación?: “-Ángel muerto, despierta. / ¿Dónde estás? Ilumina / con tu rayo el retorno” (13).

Y si el que grita con angustia tuviera oído como dice la cita de Apocalipsis, escucharía y entendería que ésta es sólo una tribulación pasajera, una prueba en que tendrá que morir para renacer, puesto que al decidir a Cristo se decide también imitar su crucifixión³²¹.

Seguramente la iglesia piensa que Cristo les abandonó y que, por buscarlo, le han perdido, que no habrá luz para ellos; más aún, muchos podrían lamentarse como Alberti: “¡Paraíso perdido! / Perdido por buscarte, / yo, sin luz para siempre”(13).

Esta iglesia congrega a los individuos que pasarán por experiencias similares en su camino de redención; la peculiaridad del mensaje es su carácter simultáneamente colectivo e individual, de hecho aunque en su encabezado se dirige a la iglesia, en su redacción se dirige a la segunda persona del singular; es decir, entabla una comunicación íntima con el individuo; de esta forma integra la relación personal y colectiva, lo cual nos lleva a establecer que el conjunto de

³²⁰ *Biblia devocional de estudio*, Apocalipsis 2:9-11.

³²¹ *Ibid.*, Gálatas 6:14.

experiencias referidas a una iglesia son simultáneamente el conjunto de experiencias que padece el individuo.

Cada feligrés conoce a su Dios por el tipo de relación que ha entablado con él, ante Esmirna, Cristo se presenta como “el que estuvo muerto y vivió”, la iglesia asimila esta naturaleza de su Dios y la imita.

Si enfocamos el mensaje a Esmirna desde la perspectiva del rito de iniciación descubrimos sus diferentes eslabones:

1. Ataque de demonios.
2. Tribulación por diez días.
3. Fidelidad del héroe hasta la muerte, demostración de su valentía.
4. El galardón será la corona de vida, la eternidad.

Así como en esta profecía bíblica, en *Sobre los ángeles*, hacia el final, el mal se transforma en crecimiento y como en todo rito, las pruebas y muerte venideras tienen el objetivo de generar la maduración espiritual del joven.

El texto de Alberti refleja: La vivencia que el héroe tuvo del rito de iniciación cristiano; la paradoja del ángel “muerto” que vivifica y la aparente indiferencia del mismo al desenvolverse como vigía y contemplar la circunstancia sin involucrarse.

¿Cómo un muerto funge como vigía? ¿Acaso los espíritus, los ángeles, mueren? Sólo hay noticia de un caso: Cristo, que para los creyentes resucitó, no sin experimentar y vencer a la muerte; todo con el objetivo de ascender y vigilar nuestro paso por la dimensión terrena. Cristo es el Señor del mundo espiritual, el primogénito de los muertos: “Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra” ³²², es el héroe que vive pero que estuvo en situación de muerte y que ahora está empoderado sobre la muerte y el hades: “[...] tengo las llaves de la muerte y del Hades” ³²³.

En conclusión, considerando las características de los ritos de iniciación corroboramos que en “Paraíso perdido” el héroe hace un ofertorio: su vida. Su alma se crucifica para entrar al reino de los muertos, que espiritualmente es el paso al reino de vida; en la entrada Cristo tiene las llaves, abre la puerta y lo acompaña a imitar su proceso de muerte para lograr la posterior supervivencia.

³²² *Biblia devocional de estudio*, Apocalipsis 1:5.

³²³ *Ibid.*, Apocalipsis 1:18.

Capítulo V. Paraíso frustrado

El poeta emprende el viaje porque, como nos entera en “Paraíso perdido”, ya antes ha recorrido todo lo que el tiempo y el espacio le ofrecían y por ello concluyó, al igual que el libro de Eclesiastés: “¿Hay algo de que se puede decir: he aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido”³²⁴ Por eso nos dice: “A través de los siglos” y “por la nada del mundo” (11) no hay respuestas.

Efectuó su fallida búsqueda entre la humanidad y descubrió que: “Nadie lo sabe. Hombres / hijos, de pie, a la orilla / parada de las tumbas, / me ignoran” (11-12); y con respecto a sus creaciones, son sólo: “Ciudades sin respuesta” (11); por ello la convivencia con los elementos que lo circundan se tornó una maldición y ahora se encuentra atrapado en un sitio que sólo le inspira el deseo de huir, está en una soledad como la descrita por Bachelard:

[...] si se tiene la impresión de que se está solo en el mundo. Y no bien se sueña el mundo, se habla el lenguaje de los comienzos del mundo [del tiempo mítico] [...] Para dar plena realidad a la metáfora hay que producir un vuelco [...] La metáfora se vuelve entonces origen, el origen de una imagen que actúa directa, inmediatamente³²⁵.

Como vemos, para Bachelard el ambiente que nos imprime soledad, una soledad primigenia, anuncia el origen de una aventura, un “vuelco”; para *Sobre los ángeles*, la búsqueda en las “negras simas”.

Recorriendo los pasajes del *Antiguo Testamento* encontramos una situación similar a la de “Paraíso perdido”, un ambiente sórdido y agreste en que Tiro³²⁶ se enfrenta al total abandono en el discurso de la profecía bíblica del libro de Ezequiel. Veamos la similitud entre la descripción de los lugares visitados por el poeta en “Paraíso perdido” y el pasaje bíblico:

“Paraíso perdido”	Libro de Ezequiel
<ul style="list-style-type: none">• Ciudades sin respuesta (11).• Ríos sin habla (11).• Mares mudos (11).	Y demolerán los muros de Tiro, y derribarán sus torres; y barreré de ella hasta su polvo. [...] Y levantarán sobre ti endechas, y te dirán: ¿Cómo percaste tú, poblada por gente de mar, ciudad que era alabada? [...] te convertiré en ciudad asolada, como las ciudades que no se habitan; haré subir sobre ti el abismo, y las muchas aguas te cubrirán ³²⁷ .

³²⁴ *Biblia devocional de estudio*, Eclesiastés 1:10.

³²⁵ Gastón Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 109.

³²⁶ Metrópoli comercial fenicia considerada inexpugnable, emporio comercial del Antiguo Oriente.

³²⁷ *Biblia devocional de estudio*, Ezequiel 26:4, 17, 19.

Haré un paréntesis para decir que los primeros versículos nos recuerdan los versos de “El cuerpo deshabitado”; sus murallas y ciudades derrumbadas y sumergidas en un pozo seco.

Volvamos al ejercicio comparativo entre “Paraíso perdido” y el episodio del libro de Ezequiel. Observemos como, tras el paraje consumido, los hombres quedan vestidos de espanto ante “las tumbas” (11):

<p>“Paraíso perdido”</p> <ul style="list-style-type: none"> • Hombres fijos, de pie, a la orilla parada de las tumba (11). 	<p>Libro de Ezequiel</p> <p>Entonces todos los príncipes del mar descenderán de sus tronos, y se quitarán sus mantos, y desnudarán sus ropas bordadas; de espanto se vestirán, se sentarán sobre la tierra, y temblarán a cada momento, y estarán atónitos sobre ti ³²⁸.</p>
---	---

Las voces que pregonan el sentir del hombre son cesadas por falta de conocimiento, porque “no saben nada” (12), son “ciegas” (12):

<p>“Paraíso perdido”</p> <ul style="list-style-type: none"> • Aves tristes, cantos petrificados (12). 	<p>Libro de Ezequiel</p> <p>Y haré cesar el estrépito de tus canciones, no se oirá más el son de tus cítaras ³²⁹.</p>
--	--

El poeta desciende al lugar desértico, que calcina; lo hace con los pueblos de otros siglos y “por la nada del mundo” camina hacia la profundidad, hacia los inhóspitos sepulcros carentes de sol:

<p>“Paraíso perdido”</p> <ul style="list-style-type: none"> • A través de los siglos / por la nada del mundo (11) • Sin sol, vientos antiguos/ inertes en las leguas por andar, / levantándose / calcinados (12). 	<p>Libro de Ezequiel</p> <p>Y te haré descender con los que descenden al sepulcro, con los pueblos de otros siglos, y te pondré en las profundidades de la tierra, como los desiertos antiguos, con los que descenden al sepulcro, para que nunca más seas poblada ³³⁰.</p>
---	--

Los vientos antiguos son a su vez hombres de otros siglos que se descarnan y secan siguiendo en éxtasis un rumbo perdido:

<p>“Paraíso perdido”</p> <ul style="list-style-type: none"> • vientos antiguos, / inertes, en las leguas / por andar, levantándose / calcinados, cayéndose / de espaldas, poco dicen (12). 	<p>Libro de Ezequiel</p> <p>Y todos sus fugitivos, con todas sus tropas, caerán a espada, y los que queden serán esparcidos a todos los vientos ³³¹.</p>
---	---

Ezequiel 26 es uno de los dos pasajes bíblicos que se consideran en conexión con la mítica caída de Satanás, la primer y emblemática caída que sería imitada “A

³²⁸ *Ibidem*, Ezequiel 26:16.

³²⁹ *Ibid.*, Ezequiel 26:13.

³³⁰ *Ibid.*, Ezequiel 26:20.

³³¹ *Ibid.*, Ezequiel 26:21.

través de los siglos” (11) por la humanidad entera “en éxtasis el rumbo” (12). Algunos teólogos considerarán que el episodio:

Nos habla de los juicios de Dios sobre uno o más gobernantes rebeldes. Pocos son los estudiosos que no aceptan que este pasaje se refiere a la condición inicial de Satanás y su caída [...] en nuestra opinión; el pasaje se dirige a dos personas: un mandatario humano y un líder sobrenatural que se encuentra detrás de éste: Satanás³³².

Satanás es contemplado como símbolo de aquello que cae y se separa de la fuente de vida; lo opuesto al “Verbo”, lo enmudecido. No es gratuito que bíblicamente la mudez provenga de espíritus malignos como lo muestran los evangelios, el de Lucas dirá al respecto: “Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló”³³³.

En “Paraíso perdido” el espacio presenta un rostro adverso al poeta, pero su peor arista es el mutismo sombrío, lo advertimos desde la pregunta abortiva que se hace “con silencio” (11) hasta “el fin de la tierra” (12), pasando por un desfile de mudas figuras: el ángel, las ciudades, los ríos, las cumbres, los mares, los hombres y las aves. Todas las voces están muertas, lo existente no comunica; que los hombres estén de pie y el ángel vigile no ahuyenta el fétido aroma a silencio de mazmorra, a una noche que impide la comunión, la unidad.

El poeta desea que la sangre corra y los latidos generen el Paraíso sonoro porque el lugar que habita es un “espanto de tinieblas sin voces” (12) en que todos los cuerpos carecen de alma y se mantienen solitarios por la impotencia para comunicarse.

Pero este paraje tiene un pasado, no siempre ha sido así, hubo un tiempo bucólico y el poeta lo sabe, hubo un tiempo prístino y de inocencia del cual es símbolo la infancia y que regresa a sus manos como la reminiscencia de un hecho, como un valor: La paz. Por eso cuando el poeta pregunta por un rumbo para su viaje, pregunta por un lugar específico: “Paraíso” (13).

Jean-Jaques Wünenburger al hablarnos de “La búsqueda narcisista del espacio de los orígenes” nos dice que cuando:

³³² Fred Dickason, *Los ángeles escogidos y malignos*, 32.

³³³ *Biblia devocional de estudio*, Lucas 11:14.

[...] el espacio nos llama para hacernos regresar a la tierra de los orígenes. [...] La presencia actual del mundo se borra para servir de memorial de la felicidad pasada, de un paraíso perdido. En este sentido el espacio exterior no es más que un objeto transicional para hacernos regresar hacia nosotros mismos, para revivir otro tiempo, para que el presente no se aferre. En este caso el espacio ya no es mirado por sí mismo como despliegue de formas propias, no es más que espejo de nuestro cuerpo, huella del recuerdo. [...] Porque el origen que buscamos, donde situamos nuestra nostalgia del ser, es en el límite un no-lugar, un punto originario, que se mantiene a la orilla misma del espacio. Entonces el espacio ya no es ni siquiera espacio de la infancia sino sustituto de la madre original [y aún de la deidad originaria]: el mundo desaparece en la imagen fantasmática de la primera persona de la cual hemos sido separados. El espacio del deseo es un lugar de antes del primer exilio al mundo [el mítico Paraíso].

En estas condiciones, el genio de los lugares ya no sirve a una historia del mundo, sino solamente acompaña una historia interior. [...] Algunos no buscan a fin de cuentas mas que los trozos estallados de su trayectoria existencial. A lo opuesto de sus propiedades objetivas, el lugar ya no es más que una parte del Yo, proyectada en el No-Yo. En un límite, esta sobrevalorización narcisista del espacio puede llegar a una ceguera sobre el mundo, a una pérdida del sentido de los lugares, que no hablan de nosotros; entonces ya no nos hablan³³⁴.

Alberti emprende el viaje para encontrar el espacio que antecede su propia existencia, un lugar que le permita vincularse de nuevo con el origen sonoro, con la fuente de vida: el Paraíso.

¿Qué define a este bíblico espacio? Esencialmente la preeminencia del "Verbo", del que emanó la perfección de los elementos, él es palabra empoderada, vida que resplandeció sobre las tinieblas, sobre los espacios mudos:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.
Este era en el principio con Dios.
Todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.
En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.
La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella³³⁵.

Regresar al Paraíso es regresar al principio, es recoger los "trozos estallados de nuestra trayectoria existencial" y llevarlos al lugar carente de tiempo y espacio para, sacrificándolos ante la divinidad, unirlos. Elémire Zolla considera que es volver a *ser*:

¿O es que Elohim, la divinidad, es el tiempo como duración pura, indiviso en un antes y un después, no proyectado sobre una línea del espacio? Quizá sea el tiempo en que nos sentimos fragmentados por las culpas del pasado, por la angustia del futuro, por la fugacidad del presente, por la fatiga del discurrir, pero se vive en un instante eterno, olvidándolo todo y gozando de todo. En la medida en que se experimenta esa duración pura se participa de lo divino, se vive al principio, se vive en un estado creativo.

Aparece lo que el tiempo presupone: se participa del ser perfectísimo. Se participa del ser [...] ³³⁶.

³³⁴ María Noel Lapoujade, *Espacios imaginarios*, p. 38-39.

³³⁵ *Biblia devocional de estudio*, Juan 1:1-5.

³³⁶ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 29.

Hay episodios en *Sobre los ángeles*, como los que involucran al “ángel bueno”, que le permiten al poeta obtener chispazos del Paraíso; del origen que, sin tiempo ni espacio, paradójicamente da movimiento al alma, la levanta y aviva. Pero a pesar de estos místicos refrigerios el Paraíso bíblico sigue vetado con espadas fulgurantes que impiden la entrada al hombre caído y engañado, que impiden la entrada al poeta. La tradición cristiana asegura que el único que dobla esas armas es Cristo, ni la naturaleza, ni la humanidad, ni huestes de ángeles o demonios pueden vivificar un ápice al espíritu humano para encaminarlo al Paraíso.

Jesús decía: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”³³⁷, del Padre emana el *Ser*, la comunión que se establece con Él es la fuente vivificante, el origen; si ese vínculo se regenera, permite que la vida abra un cauce desde lo divino para dirigirse a inundar lo humano a través del amor, que es el único canal portador de gracia y redención; veamos como lo expone la siguiente cita: “Respondió Jesús y le dijo: El que me ama mis palabras guardará; y mi padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”³³⁸.

Sin embargo, como lo hemos señalado, *Sobre los ángeles* no recorre completo el cauce místico de *Las Moradas*, su expresión camina con ellas en busca de la vivificación del espíritu, de la redención, pero no vuela hasta el manso sonido de la luz que la presencia de Dios regala a santa Teresa, lo que no impide que constatemos la aparición de reminiscencias cristianas durante el trayecto.

El poeta subsiste y se apropia las herramientas bíblicas necesarias para el recorrido pero sin dejar su antropocentrismo y ciertos mecanismos de autoprotección que le impiden la llegada a las alturas teresianas, a las íntimas moradas de su viaje. Es un peregrino que no suelta la última maleta de su Yo y por ello al vislumbrar el final del camino reconsidera sus ideales, rompe el silencio y se revela... o tal vez sólo deja salir a flote su deseo más profundo, su instinto de supervivencia: Él no está dispuesto a exponerse en totalidad, a negarse a sí

³³⁷ *Biblia devocional de estudio*, Juan 14:6.

³³⁸ *Biblia devocional de estudio*, Juan 14:23.

mismo, su temor a la extinción le impide decir con santa Teresa: “¡Oh muerte, muerte, no sé quién te teme, pues está en ti la vida!”³³⁹.

1. El mal minuto

Este episodio nos habla del momento en que el veneno se filtra, es el “Mal minuto” que clava la traición grave e inesperada, al parecer, expresión de la voluntad inconsciente del poeta: boicotear el viaje, desviarlo:

Cuando para mí eran los trigos viviendas de astros y de dioses
y la escarcha los lloros helados de una gacela,
alguien me enyesó el pecho y la sombra,
traicionándome (88).

Notamos que la traición del yeso, de la cal, afecta el nivel de las creencias; se traslada del lugar de los sentimientos, del corazón, del “pecho”, hasta llegar a ellas y dañarlas, esto para cumplir la perversión de su objetivo: Encalar al poeta hasta el mismo espectro de su presencia y detener la escalada hacia el Paraíso. Adelante analizaremos esta “cal” que bíblicamente y también para el poeta, es una “blanqueadora de sepulcros” (98); por ahora indagemos las creencias a las que el poeta dio la espalda.

- Primer creencia: “una semilla alberga dioses”

Para hablarnos de ella Alberti rememora: “Cuando para mí eran los trigos viviendas de astros y de dioses” (88), nosotros nos preguntamos ¿Cómo puede el trigo albergar astros y dioses?, es fácil entenderlo si recordamos pasajes como el de la semilla de mostaza, en que la más pequeña de las semillas, al crecer, se transforma en árbol³⁴⁰, se trata de la paradoja doctrinal: “De lo mínimo se hará lo máximo” claro, a través del crecimiento. Bajo esta enseñanza el poeta puede esperar que de una semilla surjan “dioses”; sin embargo es necesario tener la semilla, ¿qué significa ésta? Veámoslo en el evangelio de Lucas: “Entonces el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecería”³⁴¹.

El poeta tenía esa fe, creía que un “hombre muerto” (77) (lo mínimo) podía pretender el cielo (lo máximo). Revisemos como lo dicta en *El ángel avaro*:

³³⁹ Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones del alma a Dios*, capítulo VI.

³⁴⁰ *Biblia devocional de estudio*, Mateo 13:31-32.

³⁴¹ *Ibidem*, Lucas 17:6.

Ese hombre está muerto
y no lo sabe.
Quiere asaltar la banca,
robar nubes, estrellas, cometas de oro
comprar lo más difícil:
el cielo (77).

- Segunda creencia: “El trigo debe morir”

Al revisar el libro de Juan encontramos que nos habla del proceso a través del cual necesitamos morir a nuestro ego para ser astros o hijos de Dios, pequeños dioses, frutos: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva” ³⁴².

La semilla (trigo) suele enfrentarse a pruebas y sufrimientos, son parte del proceso de muerte y resurrección cristianos: “Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandaros como á trigo; mas yo he rogado por ti que tu fe no falte [...] él le dijo: Señor, pronto estoy á ir contigo aún a cárcel y a muerte” ³⁴³.

Mientras nos habla de los símbolos del cosmos, Federico González señala que, el de la semilla, es un símbolo universal del rito iniciático en que se tiene que morir para obtener dones:

Desde la semilla [el trigo], que indica las posibilidades latentes del ser [los astros]; su ingreso en las entrañas de la madre tierra, que el adepto a los misterios experimenta cuando se interna en la caverna iniciática; la muerte de esa semilla y su renacimiento hasta que sale a la luz; su crecimiento vertical ascendente; el desarrollo horizontal de sus ramas y follaje, y hasta la generosidad de sus frutos que contienen internamente otra semilla con todas sus potencias, nos hablan del proceso de la transmutación ³⁴⁴.

Por lo tanto, considerando que el poeta quiere “comprar lo más difícil: el cielo” (77) no necesita “asaltar la banca” ³⁴⁵ (77), sino morir emulando al trigo para así transformarse en vivienda de astros. Desgraciadamente, ya en “El alma en pena” Alberti habla de las “perdidas batallas en los trigos” que transforman su alma en un resplandor muerto:

hombres contra rosas,
las perdidas batallas en los trigos,
la explosión de la sangre en las olas.
[...]

³⁴² *Ibid.*, Juan 12:24.

³⁴³ *Ibid.*, Lucas 22:31-33.

³⁴⁴ Federico González, *La Rueda, Una Imagen Simbólica del Cosmos*, p. 37.

³⁴⁵ Asaltar la banca indica el deseo de obtener el beneficio sin sufrir por él.

Alma en pena:
el resplandor sin vida,
tu derrota (73).

Aquí el ego lucha contra el alma (“hombres contra rosas”) la vence y deja penando, hecha un “resplandor sin vida”.

Por otra parte los sufrimientos del proceso de redención también se expresan en “El mal minuto” por medio del ambiente helado del camino de crecimiento que congela el llanto de la gacela, lo transforma en escarcha: “Cuando para mí [era] [...] la escarcha los lloros helados de una gacela” (88).

Bíblicamente la gacela es símbolo de velocidad y esplendor³⁴⁶, si traspolamos el significado de este símbolo a la escena de “El mal minuto” entendemos que aunque se padece en el frío camino de purificación (lloros = dolor y helados = purificación), la naturaleza del que viaja fortifica a través de él su resplandor proveniente de la velocidad y hermosura.

La imagen anterior, al igual que la del trigo, es síntesis del padecimiento que Dios permite para generar una gloria posterior; este principio abunda en imágenes bíblicas como la del salmo 147³⁴⁷ que ilustra los episodios del proceso retomando elementos de “El mal minuto” como: lo mejor del trigo, la velocidad, el frío y la escarcha:

- a. Dios promete un don (los albertianos astros del trigo): “El da en tu territorio la paz; / te hará saciar con lo mejor del trigo”.
- b. Dios provee herramienta veloz para obtener el don: “El envía su palabra a la tierra; / velozmente corre su palabra”. La herramienta es fe, palabra divina encarnada, aterrizada en tierra, en un ente veloz, ¿una gacela? Un organismo que puede hacerla correr, que puede realizarla, vivificarla.
- c. En el siguiente peldaño del salmo, Dios permite el padecimiento, el frío purificador, la escarcha:

“Da la nieve como lana,
y derrama la escarcha como ceniza.
Echa su hielo como pedazos;
ante su frío, ¿quién resistirá?”

³⁴⁶ Gacela en hebreo: *tsebí*, significa prominencia, hermosura, velocidad y esplendor.

³⁴⁷ *Biblia devocional de estudio*, Salmos 147:14-18.

Podemos imaginar al organismo, que velozmente vivificaba la fe, congelado; podemos entender como las aguas emanadas por los ojos de la gacela albertiana son convertidas en escarcha.

- d. Finalmente, por medio de la velocidad del aliento divino sobre el rostro del ciervo es que las aguas se derriten y siguen siendo emanadas, venciendo así la adversidad (el frío) y logrando la gloria deseada: “Enviaré su palabra, y los derretirá; / soplaré su viento, y fluirán las aguas”.

El salmo predica que si queremos lo mejor del trigo “sus astros” debemos correr veloces como la gacela y aún al padecer la fría escarcha, seguir corriendo para derretir las aguas, vivificar palabras, convertir las creencias en actos, pero... ¿Y si algo nos traiciona y detiene?

Los momentos que preceden a la muerte del ego, a la llegada del fruto, son escarchados y devastadores ¿Quién los resistirá? Proverbios predica que sólo el que tiene fe suficiente –aquel que impide el adormecimiento de sus párpados, el dormir de sus ojos– sólo él logra escapar de la adversidad para dirigirse a su magnificado destino. La fe necesaria para resistir la inclemencia provendrá del tipo de mirada con que percibimos el mundo; es decidir, dependerá de lo que expresen nuestros ojos: “los lloros helados de una gacela” (88) o la velocidad de la gacela que escapa del cazador:

No des sueño a tus ojos,
ni a tus párpados adormecimiento;
escápate como gacela de la mano del cazador,
y como ave de la mano del que arma lazos³⁴⁸.

Finalmente diré que el problema no es la ínfima naturaleza de un grano de trigo, ni la escarcha que trata de limitar la mirada de la gacela; el trigo no deja por ello de ser vivienda de astros ni la gacela la expresión de velocidad y esplendor; el problema es que el poeta no pase la prueba, que no rompa la cáscara de la semilla, que no quiebre la escarcha; el problema es que alguien le enyese la existencia y le impida renacer. Por eso sus creencias: de lo mínimo se hará lo máximo: “[...] los trigos [son] viviendas de astros y de dioses” (88) y del dolor proviene el esplendor “la escarcha [expresa] los lloros helados de una gacela” (88)

³⁴⁸ *Ibid.*, Proverbios 6:4-5

se pierden tras la parálisis, bajo el peso de la cal que arrebató el clamor Albertiano: “alguien me enyesó el pecho y la sombra, traicionándome” (88). No queda nada tras la bala perdida que le enyesa los latidos. La cal se perfila así como promotora de la inmovilidad, de la muerte.

Todo sucede en un instante: “el del secuestro, por el mar, de los hombres que quisieron ser pájaros [...] el de la muerte del agua que siempre miró al cielo” (88). El mar, símbolo de mundana perdición, hizo su parte atrapando el deseo de aquellos cuya alma retenía el agua y soportaba el ascenso. Al parecer, después de este minuto el poeta pierde al Paraíso como deseo y destino, ya lo advertía “El alma en pena”: “No hay entrada en el cielo para nadie” (74) cuando se pierden las “batallas en los trigos” (74) y la cáscara atrapa nuestro nacimiento.

Ahora, sin un escudo como el de las creencias, las mentiras comienzan a infiltrarse para desquebrajar el camino, pronto las ágiles lenguas blanquean los ocres laberintos por los que debía viajar el poeta, los hechos quedan encubiertos por fina mampostería que evita los dolorosos enfrentamientos venideros, la auto-laceración purificante.

2. Mentiras

Durante el viaje hubo escenarios en que las mentiras –encubridoras que blanquean y encalan– precedieron al cisma de “El mal minuto”, pero el poeta pudo salvar esos escollos, tal vez porque aún contaba con el escudo de sus creencias. Uno de esos casos es el de “El ángel mentiroso” donde encontramos el proceder cauto y dulce de la mentira para construir lugares inestables, “arenosos”:

Y fui derrotada
yo, sin violencia
con miel y palabras.

Y, sola, en provincias
de arena y de viento,
sin hombre, cautiva (36).

Bíblicamente las provincias arenosas son lugares engañosos que arruinan lo que en ellas se construye, en el evangelio de Mateo ³⁴⁹ encontramos que aquel que edifica su existencia sobre la arena sólo debe esperar los tiempos difíciles en

³⁴⁹ *Biblia devocional de estudio*, ed. cit., Mateo 7:26-27.

que descienda la lluvia, el cauce de los ríos se desborde y los vientos se enfurezcan para ver caer su edificación, para verse arruinado:

Concluyendo en “El ángel mentiroso” presenciamos como la falsedad no esconde su castigo de obscuridad y hace clamar al poeta: “¡Ay luces! ¡Conmigo!”(36).

Otro episodio que da cuenta de la mentira en acción es “Engaño” que la presenta como “vidrios falsos” (56) utilizados por una de las tantas presencias que habitan al poeta para embaucarlo.

3. Los sepulcros blanqueados

Como se dijo, las esporádicas mentiras afectaron el trayecto y su recorrido, pero en “Nieve viva” llegamos al punto en que parte importante de las personalidades que habitan al poeta, aquellas que de continuo ha ido arrancando desde que emprendió esta aventura, han sido encubiertas a través de falsedades y con ello la labor purificadora se torna inoperable puesto que ya no serán desarraigadas ni expuestas.

Presenciamos la decoloración final por causa de una mentira poderosa; nos enteramos de que el engaño causó que recuerdos podridos y seguramente mortíferos, fueran escondidos y peor aún, vestidos de luz, una luz falsa y muda que permeó hasta la sombra del poeta:

Sin mentir, ¡qué mentira de nieve anduvo muda por mi sueño!
Nieve sin voz, quizás de ojos azules, lenta y con cabellos.
¿Cuándo la nieve al mirar distraída movió bucles de fuego?
Anduvo muda blanqueando las preguntas que no se respondieron,
los olvidados y borrados sepulcros para estrenar nuevos recuerdos.
Dando a cenizas, ya en el aire, forma de luz sin hueso (98).

Estos versos nos recuerdan un artículo publicado por Alberti en *El Sol de Madrid* en 1931, titulado *Miedo y vigilia de Gustavo Adolfo Bécquer*; en él habla del deseo de morir de Bécquer, trata de imaginar sus alucinaciones febriles y entre otras menciona una en que la nieve se liga directamente con la petrificación, el blanqueamiento y la cal:

Sueño, morir, sueño, dormir [...] No puede más, los relojes le duelen, lo oye con el corazón, que se le para ya, de cuando en cuando, y se ahoga. ¿Es esto la agonía? Sí, debe serlo, porque le parece que el techo de su alcoba se ha ido abriendo despacio y que

una nieve venida de Noruega le va petrificando, blanqueándole con una cal helada todo el cuerpo³⁵⁰.

Bíblicamente la nieve es un símbolo de purificación, su extrema temperatura habla de cuanto se padece en ella y su color de la pureza y santidad que se adquiere paulatinamente:

Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana³⁵¹.

Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve³⁵².

Para Gaston Bachelard es Dios mismo quien dirige estas blanqueadoras nieves en el alma: “en la cima del alma, ¿no flota Dios como el alba en las nieves que blanquean?”³⁵³.

Si un símbolo como la nieve miente, su apariencia permanecerá pero será ineficaz: cubrirá con su blancura pero no transformará.

Todos tenemos redención según los evangelios, menos aquellos que viven encubiertos, los hipócritas blanqueados que esconden su pútrido interior:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia³⁵⁴.
Entonces Pablo le dijo [a un fariseo]: ¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?³⁵⁵.

“Nieve viva” remata informándonos de otro fraude producto del cual surgió una luz falsa: “Sin mentir, ¡qué mentira de nieve anduvo muda por mi sueño! [...] Dando a cenizas, ya en el aire, forma de luz sin hueso” (98).

Veamos ahora de dónde provienen estas cenizas y esta luz sin hueso. Bíblicamente el agua que purifica va acompañada también por fuego purificador:

[...] todo lo que resiste el fuego, por fuego lo haréis pasar, y será limpio, bien que en las aguas de purificación habrá de purificarse; y haréis pasar por agua todo lo que no resiste el fuego³⁵⁶.

Nos metiste en la red;
pusiste sobre nuestros lomos pesada carga.

³⁵⁰ Rafael Alberti, *Prosas*, pp. 57-58.

³⁵¹ *Biblia devocional de estudio*, Isaías 1:18.

³⁵² *Ibidem*, Salmos 51:7.

³⁵³ Gaston Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 121.

³⁵⁴ *Biblia devocional de estudio*, Mateo 23:27.

³⁵⁵ *Ibidem*, Hechos 23:3.

³⁵⁶ *Ibid.*, Números 31:23.

Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza;
pasamos por el fuego y por el agua,
y nos sacaste a abundancia ³⁵⁷.

De hecho el producto del fuego, las cenizas, son también un medio de purificación: “[...] la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne” ³⁵⁸.

También en *Sermones y moradas* en el “Sermón de las cuatro verdades” el poeta alude al frío y fuego como medios de purificación en el camino de redención:

Para delicia de aquel hombre a punto de morder las candelas heladas que moldean los cuerpos sumergidos por el Espíritu Santo en el sulfuro de los volcanes, la agonía lenta de su enemigo se le apareció entre el légamo inmóvil de una tinaja muerta de frío en un patio ³⁵⁹.

Por lo anterior podríamos suponer una purificación por fuego de los “olvidados y borrados sepulcros” (98) cuando encontramos sus “cenizas”(98) en el aire; pero notamos que esta purificación también es un fraude y aunque la mentira de nieve da a las “cenizas [...] forma de luz” (98), no hay en ellas residuos que pertenezcan al poeta, son cenizas “sin huesos” (98); por eso nos preguntamos con el poeta: “¿Cuándo la nieve al mirar distraída movió bucles de fuego?” (98) porque sabemos que él nunca fue purificado con fuego que produjera cenizas.

Sin embargo, no podríamos mostrarnos sorprendidos ante esta fechoría, puesto que ya el apóstol Pablo nos advierte sobre cómo algunos fingen ser partícipes de la naturaleza purificadora de Cristo y sólo la imitan: “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” ³⁶⁰.

Estamos en un momento trascendente ya que al sustituir episodios del trayecto por mentiras el poeta provoca que escrutar los hechos sea inútil, de hacerlo sólo produciríamos más mentiras. Fernando Arrabal lo dice así: “Historia del mentiroso: El mentiroso no tiene historia. Nadie se atrevería a contar la crónica de la mentira, ni a proponerla como una historia verdadera. ¿Cómo contarla sin mentir?” ³⁶¹.

³⁵⁷ *Ibid.*, Salmos 66:11-12.

³⁵⁸ *Ibid.*, Hebreos 9:13.

³⁵⁹ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles. Sermones y moradas. Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos. Con los zapatos puestos tengo que morir*, pp. 118-119.

³⁶⁰ *Biblia devocional de estudio*, 2 Co 11:13-14.

³⁶¹ José Martínez Selva, *La psicología de la mentira*, p. 11.

Ahora sólo es posible observar el resplandor de la cal mientras el camino hacia los huesos de muertos e inmundicias en “los borrados y olvidados sepulcros” (98) se ha hecho inaccesible. Lo que aquí sucede deriva en un cambio de rumbo catastrófico que impide la redención.

4. Antecedentes calcáreos

Los poemas citados a lo largo de este capítulo no son los únicos que traen manchones de cal, hay otros episodios en que la reacción de esta sustancia trasciende en menor grado, sin dejar de ser dañina, los menciono para concluir el asunto de la “cal” y para dejar un antecedente de su constante presencia.

En “El cuerpo deshabitado” salen y entran presencias del poeta, que es un moribundo paralizado por la cal:

Solo, en el filo del mundo,
clavado ya, de yeso.
No es un hombre, es un boquete
de humedad, negro,
por el que no se ve nada (24).

En “El ángel de los números” nos adentramos en la niñez del poeta, en días que sucumben entre liturgias y catecismo; veamos cómo los recuerda Alberti en su biográfica *Arboleda perdida*:

[...] como se va viendo, lo que más preocupaba a toda mi familia era nuestra educación religiosa, nuestra formación en los principios más rígidos en la fe católica con todas sus modestísimas consecuencias. [...] De todos aquellos colegios andaluces se salía solamente con la cabeza loca de padrenuestros, pláticas terroríficas, y con tal cúmulo de faltas ortográficas e ignorancias tan grandes³⁶².

Siguiéndole la pista a la “cal” enfrentamos el manchón de tiza asociado a estos días de hastío e “ignorancia”:

Tizas frías esponjas
rayaban y borrraban
la luz de los espacios.
[...]
Y en las muertas pizarras,
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4... (32-33).

³⁶² Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, p. 25.

Vemos la lucha entre la cal y la luz misma (conocimiento), el modo en que esta sustancia blanquecina trata de eliminarla. Al final, en la pizarra, que es el campo de batalla, el poeta remata con un ángel muerto tumbado sobre los números (conocimiento), haciéndolos inservibles.

En este poema la acción de la cal no es sólo petrificante, el proceso es más profundo y su acción ocasiona que el conocimiento acabe cubierto por un ángel amortajado: el de la educación religiosa, un ángel que alude al conjunto de doctrinas que destruyen el conocimiento.

Por todo lo antes expuesto la cal se perfila como un elemento paradigmático, con ella el poeta indica especialmente tres tipos de daños:

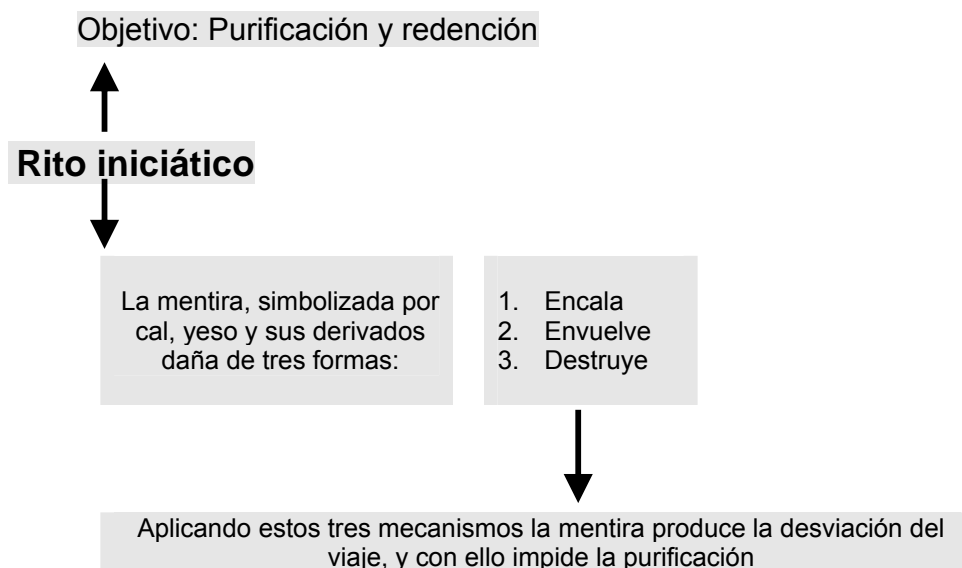
- Encalar seres y objetos. Esto es petrificarlos, hacerlos inoperables, la cal funge como un veneno paralizador.
- Envolverlos. Como si fuera un capullo, guarda en su centro lo agravioso y deslumbra por fuera con calcáreo esplendor.
- Destruirlos, matarlos ¿Y acaso no funciona igual la mentira? En el instante anterior a que cubramos el hecho que nos avergüenza o disgusta, estamos ya atrapándolo, “encalándolo”, para, inmovilizado, poder destruirlo; por ello resolvemos con Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*: “¡Que sabor pútrido nos deja la mentira!” :

Sabéis que odio, detesto y no puedo soportar una mentira, no porque sea más recto que el resto de nosotros, sino simplemente porque me espanta. Hay una mancha de muerte, un aroma de mortalidad en las mentiras, que es precisamente lo que odio y detesto en el mundo [...] lo que quiero olvidar. Me hace sentir miserable y enfermo, como lo haría el morder algo podrido. Debe de ser el temperamento, supongo³⁶³.

Pero entre “El ángel de los números” y “El cuerpo deshabitado” todavía se intercala un hálito de redención que llega a puntos poderosos cuando el “ángel bueno” visita al poeta, es tal vez por eso que la acción de la cal se neutraliza durante esos episodios.

A continuación presento a modo de esquema el mecanismo con que opera la cal y sus consecuencias:

³⁶³ José María Martínez Selva, *op. cit.*, p. 26.



5. La pérdida del gozo

Tras descubrir a la “cal” como un elemento de agravio y mentira que mata petrificando y blanquea sin limpiar, hablaré de un suceso que ocurre inmediatamente después del “Mal minuto” y antes de que el rumbo fuera brutalmente cambiado por “Nieve viva”, se trata de lo sucedido en “El ángel de las bodegas” donde el poeta (barriles) y una parte profunda de su alma: el gozo, (flor del vino) aparecen encalados. El poeta se presenta como un barril derruido: “Cuatro arrumbadores encalan los barriles. / Los vinos dulces, llorando, se embarcan a deshora [...] / He aquí paso a paso toda mi larga historia” (90).

En *Sermones y Moradas* en el “Sermón de las cuatro verdades” Alberti nos explica con pericia la naturaleza de este hombre-barril: “[el alma] que yace entre las duelas comidas y los aros mohosos de los barriles abandonados, se desespera en el fermento de las vides agrias y grita en la rebosadura de los vinos impuros”³⁶⁴.

El barril contiene la flor del vino que simboliza el gozo del alma, pero ésta se encuentra muerta y el poeta nos aclara que nunca vio la nieve, entendemos entonces que no se logró ese gozo que proviene de la unión con la divinidad, la cumbre del proceso de purificación.

³⁶⁴ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles. Sermones y moradas. Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos. Con los zapatos puestos tengo que morir*, p. 120.

Fue cuando la flor del vino se moría en penumbra
y dijeron que el mar la salvaría del sueño.
Aquel día bajé a tientas a tu alma encalada y húmeda.
[...]

La flor del vino, muerta en los toneles,
sin haber visto nunca la mar, la nieve (89).

En el “*Sermón de las cuatro verdades*” el poeta ratifica el significado de “la flor del vino”: “Bien poco importa a la acidez de los mostos descompuestos que mi alegría se consuma a lo largo de las maderas en las fermentaciones más tristes”³⁶⁵.

A su vez la flor y el vino son símbolos bíblicos de gozo; la flor: “Han brotado las flores en la tierra, / ha venido el tiempo de la canción”³⁶⁶. El vino: “Se perdió el vino, / enfermó la vid, / gimieron todos los que eran alegres de corazón”³⁶⁷.

En “El ángel de las bodegas” ambos se encalan y por ello caducan, en su ausencia el panorama se trastoca y languidece hasta la muerte; de igual forma sucede bíblicamente cuando la vid se ausenta. Revisemos esta cita que lo atestigua:

Él será cortado antes de tiempo
y sus renuevos no reverdecen.
Como la vid, perderá sus uvas antes de madurar,
y esparcirá su flor como el olivo³⁶⁸.

6. Renuncia

Apesadumbrado, el poeta aceptó que el viaje no llegaría a la nota más alta desde “Muerte y juicio” antes de “Nieve viva”; con ello renunció a sus celestiales aspiraciones:

A un niño, a un solo niño que iba para piedra nocturna,
para ángel indiferente de una escala sin cielo...
Mirad. Conteneos la sangre, los ojos.
A sus pies, él mismo, sin vida (91).

Para llegar hasta la cumbre le hizo falta mayor fe en el amor y en el ciclo de redención, en el ascenso:

no creíste ni en Venus que nacía en el compás abierto de tus brazos
ni en la escala de plumas que tiende el sueño de Jacob al de Julio Verne.
Niño.

³⁶⁵ *Ibidem*, p. 121.

³⁶⁶ *Biblia devocional de estudio*, Cantares 2:12.

³⁶⁷ *Ibidem*., Isaías 24:7.

³⁶⁸ *Ibid.*, Job 15:32, 33. Joel 1:12. también lo refleja: La vid está seca y pereció la higuera; [...] Y así se extinguió el gozo / de los hijos de los hombres³⁶⁸.

Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni postura (93-94).

Parece que sí, ahora que todo ha quedado bajo la cal, el nuevo destino es el infierno; después de tantos recuerdos, de la constante lucha con múltiples presencias, después de la espiral de redención... el viaje llega “al país de las telas de araña” (100), al triste olvido de “Invitación al arpa”, la melodía de viaje botada demasiado lejos como para seguir escalando, estamos frente al estancamiento, no más notas álgidas, el arpa ha sido abandonada:

Siempre, siempre más lejos.
Adonde las maderas guardan ecos y sombras de pasos,
adonde las polillas desvelan el silencio de las corbatas,
adonde todo un siglo es un arpa en abandono (100).

Y que desgracia cuando se asoma “Luna enemiga” para cobrarse la traición cometida en “Nieve viva” y hundir al poeta en el pasado que trató de olvidar:

fui hundiéndome de espaldas en los cielos pasados.
Diez reyes del otoño contra mí se rebelaron.
Ángeles y traiciones siempre aceleran las caídas (101).

El poeta se encuentra perdido en las escenas borrosas que no puede exhibir y perdonarse porque ahora son indescifrables al estar bajo la cal; mira su reflejo en “Luna enemiga” y surgen imágenes desconocidas que le exigen explicaciones mientras él sólo acierta a pedir auxilio: “Salvadme de los años en estado de nebulosa, / de los espejos que pronuncian trajes y páginas desvanecidos” (101).

“Luna enemiga” concluye dictando “mi alma ha olvidado las reglas” (101), especialmente la de ser honesta, de modo que debe enfrentarse a las consecuencias expresadas en “Castigos”. La mentira que se filtró en “Nieve viva” encuentra ahora la furia y venganza de los hechos antes negados por la cal:

Es cuando golfos y bahías de sangre,
coagulados de astros difuntos y vengativos,
inundan los sueños.
Cuando golfos y bahías de sangre
atropellan la negación de los hechos (102).

El producto de esos hechos permanece y atropella las mentiras “la negación de los hechos” con las que el poeta recreó convenientemente su pasado, nada queda oculto, es la sangre de sus transgresiones la que exige venganza a su tierra firme.

Un “túnel” (102) como éste pretendía la redención, condicionada al cumplimiento de las reglas; ahora, después de transgredirlas con el blanqueo de despojos engañosos, su destino se desvía y se opaca la última puerta:

Yo no sabía que las puertas cambiaban de sitio,
que las almas podían ruborizarse de sus cuerpos,
ni que al final de un túnel la luz traía la muerte.
Oídme aún (102).

Sin embargo parece que nada fue premeditado, que todo deviene de un olvido durante la prueba, que todo se debe: “al advenimiento del frío en los sueños que se descuidan” (102); a la congeladora parálisis de una gacela, nos recuerda “El mal minuto”.

Pero al descubrir la desviación, ¿por qué no retrocede ni intenta deshacerse de aquella falsedad, por qué decide seguir? No pretende vestirse de luz, porque sabe que eso implica enfrentar “la negación de los hechos” (102) y así seguir despojándose de más ángeles hasta que nada quede, hasta entregar, su cetro amalgamado de potestades, a la divinidad.

7. Vasos estrangulados

Tras “Castigos” aparecen los reclamos para “El ángel falso”. Puesto que ahora todo el esfuerzo del viaje no tiene sentido, el poeta demanda: ¡Alguien me ha timado, un embaucador, un falso!:

Para que yo anduviera entre los nudos de las raíces
y las viviendas óseas de los gusanos.
Para que yo escuchara los crujidos descompuestos del mundo
y mordiera la luz petrificada de los astros,
al oeste de mi sueño levantaste tu tienda, ángel falso (104).

A lo largo de este poema analizaré dos elementos, el primero será el concerniente a la construcción de la que se habla, de ella desentrañaré el significado de su propia naturaleza como templo y el de sus habitantes; el segundo será el frío como promotor del surgimiento de cardos y zanjas agresivos cuyo objetivo es la destrucción del alma.

Primer elemento: Templo arruinado. En estos versos el poeta nos invita a escuchar lo que quedó de él: la ruina que alberga presencias endebles, infieles y fatigadas, todas las que se dedicó a conservar bajo la cal:

Los que unidos por una traición y la caída de una estrella me escucháis
acogeos a las voces abandonadas de las ruinas.
Oíd la lentitud de una piedra que se dobla hacia la muerte.

No os soltéis de las manos.

Hay arañas que agonizan sin nido
y yedras que al contacto de un hombro se incendian y llueven sangre.
La luna transparente el esqueleto de los lagartos (104).

Esos lagartos-demonios que se escurren por entre las moradas derruidas del poeta ya habían sido observados por santa Teresa en su *Castillo interior*, alegoría del alma humana:

En fin, entran [las personas] en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del castillo ni sosegar³⁶⁹.

[...] en la Morada que queda dicha [...] aunque no hay tanto lugar para entrar las cosas ponzoñosas, unas lagartijillas sí, que como son agudas, por doquier se meten³⁷⁰.

Volviendo a los escombros de “El ángel falso” tropezamos con las piedras que “se doblan hacia la muerte” añorando: “Si os acordáis del cielo” (104).

Alberti, al mostrarse como ruina de un lugar vinculado al cielo, nos alerta sobre su antigua naturaleza de templo y con ello adopta una posición congruente con el espíritu cristiano que impera en este viaje, ya que bíblicamente cada persona es un templo, el apóstol Pablo dirá al respecto: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”³⁷¹.

Para enfatizar la relación ruinas-templo viajemos a un texto en que el poeta imagina los momentos de quiebra espiritual de Gustavo Adolfo Bécquer, (a quien homenajea en *Sobre los ángeles*) se trata de “Miedo y vigilia de Gustavo Adolfo Becquer” que proyecta la situación padecida por Alberti en “El ángel falso” utilizando elementos similares como los lagartos y las ruinas vinculadas al cielo, de hecho, este vínculo es clarificado, pues se define como adoración al cielo, revelando con ello que las ruinas pertenecieron a un templo: “[Bécquer] No desconoce tampoco las ruinas, las piedras que han adorado al cielo desde cerca y ahora son nidos de lagartos y duermen ignoradas de las estrellas y las nubes”³⁷².

Tristemente, en *Sobre los ángeles*, el templo quebrado es consecuencia de las

³⁶⁹ Santa Teresa de Jesús, *Castillo interior o las moradas*, p. 29.

³⁷⁰ *Ibidem*, p. 106.

³⁷¹ *Biblia devocional de estudio*, 1 Corintios 3:16.

³⁷² Rafael Alberti, *Prosas*, p. 57.

mentiras que encalaron las creencias de Alberti, sus cimientos y muchas de sus habitaciones. Porque bíblicamente no hay casa-templo que resista el frío y viento desde pilares fundamentados en mentiras arenosas ³⁷³.

Segundo elemento: Frío, grietas y vasos-ave quebrados. Es también a causa de los calcáreos engaños que surge un nuevo enemigo en el interior del templo arruinado: el frío, que ya hemos analizado como símbolo de purificación en el proceso de redención al que Alberti renunció.

Este elemento se encoleriza y decide agredir al engañador, provocando que del camino salten dos enemigos más: cardos y zanjas estranguladoras de aves: “la cólera del frío se erguirá aguda en los cardos / o en el disimulo de las zanjas que estrangulan / el único descanso de las auroras: las aves” (105).

De modo semejante el frío actúa como promotor del trayecto entre hierbajos y ruina en “Miedo y vigilia de Gustavo Adolfo Bécquer” donde Alberti nuevamente se proyecta al mostrar el estado de Bécquer durante “la noche oscura de su alma”:

Él era un pobre ángel de carne y hueso, perdido en una fría alcoba, sobresaltado por el crujir de las maderas, por el temblar de los muros, los cabezazos del viento y el fustigar de la lluvia en los cristales. [...] ¿A dónde ir? Conoce ya los cardos, las aulagas, las ortigas, los brazos de las zarzas que a la revuelta de un camino, de repente, nos tiran de la carne, saltándonos las venas. No desconoce tampoco las ruinas, las piedras que han adorado al cielo desde cerca ³⁷⁴.

El frío es para Alberti un elemento que se yergue con la exigencia de justicia, del pago por los agravios cubiertos con cal, por eso utiliza a los cardos para tirar del transgresor, atraparlo y posteriormente ejecutarlo: quebrarlo entre sus propias grietas.

La zanja estranguladora con que amenaza el frío al ave en “El ángel falso” reitera la ruina del alma del poeta pues, al estrangular al ave, estrangula su parte profunda (el templo-alma quebrado ahora quiebra una parte interna del alma por medio de sus grietas). Por un lado afirmo que el ave es un símbolo de su alma (adelante analizaremos como bíblicamente el ave simboliza el alma); por otro, apunto que es una parte profunda, porque si exploramos con santa Teresa su “castillo interior” en *Las moradas* nos cercioraremos de la amplitud de habitaciones que componen al alma y la diversidad de seres que la habitan, entre los que

³⁷³ *Biblia devocional de estudio*, Mateo 7:26, 27.

³⁷⁴ Rafael Alberti, *Prosas*, p. 57.

destaca una “mariposica” que nace después de recorrer un vasto camino de purificación hasta las quintas moradas, ella es una parte del alma a la que “hanle nacido alas” ³⁷⁵, una parte que por su naturaleza me remite a la imagen del ave que habita el templo albertiano ³⁷⁶. Si el castillo teresiano fuera derruido, seguramente este ente volador -valuarte de la purificación en las honduras- también sería atrapado por algún cardo y estrangulado entre zanjas y cascajo.

Considerando lo mostrado por santa Teresa podemos comprender que el alma no se extingue en su totalidad porque el ave sea estrangulada o porque impere la ruina, con ello se pierde mucho, pero no se anulan los sobrevivientes, porque recordemos que al final queda un ángel alicortado.

Volviendo a la zanja, diré que casi amenaza al ave que habita al alma con la voz que de Dios escucha Isaías al augurar la ruina provocada por la traición del encubrimiento de lo podrido:

¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi espíritu, añadiendo pecado a pecado! [...] por tanto, os será este pecado como grieta que amenaza ruina, extendiéndose en una pared elevada, cuya caída viene súbita y repentinamente.

Y se quebrará como se quiebra un vaso de alfarero, que sin misericordia lo hacen pedazos; tanto, que entre los pedazos no se halla tiesto para traer fuego del hogar, o para sacar agua del pozo ³⁷⁷.

Sí, bíblicamente el alma es simbolizada con un vaso de alfarero

Vuestra perversidad ciertamente será reputada como el barro del alfarero. ¿Acaso la obra dirá de su hacedor: No me hizo? ¿Dirá la vasija de aquel que la ha formado: No entendió?³⁷⁸.

Los quebrantarás con vara de hierro; / como vasija de alfarero los desmenuzarás ³⁷⁹.

Es así como entendemos que el alma-vaso bíblica es quebrada por la justicia de Dios mientras que el ave-alma de Alberti es estrangulada por “la cólera del frío”, en ambos casos el tormento es consecuencia del encubrimiento de sucesos con miras al olvido de los mismos, pero por desgracia de ellos siempre queda un eco que perdura y que al resonar arruina el alma.

Entre el escombro, observamos un vaso bíblico que no saca agua del pozo, que

³⁷⁵ Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 116.

³⁷⁶ Otro símbolo utilizado por Alberti para referirse a las profundidades del alma es la rosa.

³⁷⁷ *Biblia devocional de estudio*, Isaías 30:1, 13, 14

³⁷⁸ *Ibidem*, Isaías 29:16.

³⁷⁹ *Ibid.*, Salmos 2:9.

no refresca, y un ave albertiana cuyo canto ya no es “descanso de las auroras” (105); son entes irredentos que como dirá *Sermones y moradas* en el “Sermón de las cuatro verdades” no tienen otro destino que contemplar un “círculo en ruina”³⁸⁰ un ciclo en que Alberti, decepcionado, olvida el cielo áureo y se hunde en la decadencia: “Porque no existe nada más saludable para la arcilla que madura la muerte como la postrera contemplación de un círculo en ruina”³⁸¹.

Pero en realidad el objetivo bíblico no es que la arcilla del vaso-alma madure la muerte, sino la vida, que sufra hasta transformarse en oro.

Volviendo a “El ángel falso”, el poeta trata de excusarse, de explicar por qué su vaso-alma no adquiere el áureo terminado, aludiendo a que todo hombre, en mayor o menor grado, está manchado, tiene lacre, puesto que guarda presencias infieles y fatigadas. Para mostrarlo, nuevamente hecha mano de la simbología cristiana, curiosamente, la que acabamos de analizar, en la que todo hombre es un vaso de alfarero que no sabe contener agua o fuego, sólo hastío:

Quienes piensen en los vivos verán moldes de arcilla
habitados por ángeles infieles, infatigables:
los ángeles sonámbulos que gradúan las órbitas de la fatiga (105).

El hastío destruye el ímpetu de purificación y comprendemos que esa es la causa por la que no habrá vasos de oro; en “El ángel falso” cada golpe ya no transforma ni renueva el alma, la desmenuza.

Obtener un vaso de oro es el objetivo del proceso de purificación cristiano, el camino a recorrer de cualquier vaso-alma sería la paulatina transformación de barro a madera y plata hasta llegar a la vitalidad del oro:

Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles.
Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra³⁸².

Sí, al oro puro de las estrellas que para Alberti es símbolo del espíritu creador cristiano³⁸³:

Tras entender la naturaleza humana, Alberti hace una pausa y parece soltar un

³⁸⁰ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, p.119.

³⁸¹ *Idem*.

³⁸² *Biblia devocional de estudio*, 2 Timoteo 2:20-22.

³⁸³ Rafael Alberti, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, p. 34.

largo bostezo al decirnos: “¿Para qué seguir andando?” (105). Esto fue un mal sueño y si nuestros pasos continúan por aquí, la “escarcha”, que una vez nos habló del esplendor de la gacela, ahora nos hará sufrir gran daño porque no tenemos ya ni el esplendor ni la velocidad que simboliza este animal y por ello será imposible derretirla, en consecuencia se hará dura y filosa como clavo, cortante hasta el luto mismo:

Las humedades son íntimas de los vidrios en punta
y después de un mal sueño la escarcha despierta clavos
o tijeras capaces de helar el luto de los cuervos (105).

El reproche termina casi en un sarcasmo: “Puedes envanecerte [...] de que mataste un muerto” (105) ¡Ja!

8. Los escombros

Este viaje acaricia el final y en “Los ángeles de las ruinas” “por fin llegó el día, la hora de las palas y los cubos” (106) el momento de recoger escombros como: la luz olvidada, el mar de ahogados, los cielos de esparto, el cadáver de un ave y hasta una rosa infiel.

- La luz olvidada.

Ella es símbolo del Espíritu de Dios y resucitaría al poeta cuando el viaje se completara, pero la encalada que detuvo el cauce de verdades dejó al poeta sin fe y al viaje, sin combustible para encenderla.

Bíblicamente sucede algo similar en la parábola de las diez vírgenes ³⁸⁴, en que el aceite (fe) de las lámparas se extingue consumido por el tiempo de espera –se le vienen “abajo los minutos” (106) diría Alberti– lo que provoca que la luz desaparezca; con ello se frustra la entrada de las vírgenes a la celebración redentora (simbolizada por las bodas), se frustra su unión con Dios.

El poeta, ante su fracaso, acaba por considerarla sólo un distractor, una falsa esperanza que no debió atesorar; un elemento incapaz de vivificar a los que perecen en el mar (vida mundana) deseando sin cesar la Tierra Prometida, (redención):

No esperaba la luz que se vinieran abajo los minutos
porque distraía en el mar la nostalgia terrestre de los ahogados (107).

³⁸⁴ *Ibidem*, Mateo 25:8-10.

- El mar irredento.

Aparece en escena como el hábitat de los ahogados, bíblicamente es un símbolo de la vida mundana, por ello en el rito bautismal salir de las aguas es identificado con el logro de la redención, veamos como se habla en la epístola de Judas sobre este lugar en que “muertos y desarraigados” “espuman su propia vergüenza”:

“Estos son [...] nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas”³⁸⁵.

Al retomar el asunto de la luz, pero ahora en su relación con los marítimos habitantes, entendemos que ella no ha sido la culpable de la desgracia, es el hecho de que nadie espere su visita lo que impide su llegada; si los hombres aún viajan por los “mares necesitados” (107) es porque todavía desean el Paraíso, pero a ella ya nadie la requiere “oficialmente” (107), por eso no puede regalarles “la resurrección de las voces” (107) y lo que queda de ellos es sólo la degradación de su humanidad, de sus sonidos: “ecos que se calcinan” en el infierno mundano, porque estos “hombres de brea y fango” absortos en su poderío tecnológico, olvidan que son una mancha limitada:

Se olvidan hombres de brea y fango
que sus buques y sus trenes,
a vista de pájaro,
son ya en medio del mundo una mancha de aceite,
limitada de cruces por todas partes.
Se han olvidado.

Como yo, como todos.
Y nadie espera ya la llegada del expreso,
la visita oficial de la luz a los mares necesitados,
la resurrección de las voces en los ecos que se calcinan (107).

Lo notamos, la clave para obtener la victoria está en la fe que permite esperar “la llegada del expreso”, ella inyecta valor al hombre para enfrentar sus escombros, para cruzar el mar que lo ahoga. Con suficiente fe se camina sobre las aguas y se obtiene la anhelada tierra, ya lo muestra el episodio bíblico relatado por el apóstol Mateo:

Y ya la barca estaba en medio de la mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario. Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar. Y los discípulos [...] se turbaron [...] Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened

³⁸⁵ *Ibid.*, Judas 1: 12-13.

ánimo; yo soy, no temáis! Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús³⁸⁶.

- Los cielos de esparto

Nadie esperaba que los cielos amanecieran de esparto
ni que los ángeles ahuyentaran sobre los hombres astros de cardenillo (106).

No, nadie esperaba que en “Los ángeles de las ruinas” el ideal del camino de redención cayera ataviado con sogas, mientras los ángeles (¿Demonios?) de estas ruinas rescataban la imagen del hombre, que se encontraba enmohecida.

Con la fuerza divina eliminada, la carne del poeta se yergue vencedora, pero sin filiación, desvestida: “Los trajes no esperaban tan pronto la emigración de los cuerpos” (106) nos dice el poeta. Acepta esta pérdida de identidad desde “Muerte y juicio” en que fue sentenciado a sobrevivir desnudo:

Y como descendiste al fondo de las mareas,
a las urnas donde el azogue, el plomo y el hierro pretender ser humanos,
tener honores de vida,
a la deriva de la noche tu traje fue dejándote solo (93).

El descenso del poeta a las “urnas” mundanas en donde los hombres de hierro buscan honores, produce este fallo. La vestidura que lo abandonó fue excelsa, prístina, por ello, se lamentaba nostálgico en “El ángel desconocido” cuando, aunque sin “sandalias” (19) ni “túnica” (19), aún conservaba las alas bajo la vestimenta mundana: “Vestido como en el mundo, / ya no se me ven las alas. / Nadie sabe cómo fui” (19).

Lo que le queda ahora es, como lamenta en “Luna enemiga”, vivir en estado de nebulosa, esperar que alguien lo rescate de la falta de identidad:

Salvadme de los años en estado de nebulosa,
de los espejos que pronuncian trajes y páginas desvanecidos” (101).

Para Alberti el símbolo del “traje” va de la mano con lo expuesto por san Juan de la Cruz sobre el significado de un alma que se “disfraza”, es decir que adopta un traje divino, un vestido acorde al camino que emprenderá, y que cumple funciones esenciales como impedir, a lo largo de la “noche oscura” del viaje místico, que sea descubierta por el “tiempo”, el mundo “racional”, o el “demonio”: “Por lo cual dice que iba *disfrazada* [el alma], porque llevaba el traje y vestido y

³⁸⁶ *Ibid.*, Mateo 14:24-34.

término natural mudado en divino, subiendo por fe; y así era causa este disfraz de no ser conocida ni detenida de lo temporal, ni de lo racional, ni del demonio”³⁸⁷.

En “El ángel desconocido” el poeta perdió este disfraz, por eso increpa a los que lo identifican como mundano y no como divino: “Yo era... / Miradme” (19).

Por otra parte, volviendo a “Los ángeles de las ruinas” notamos que Alberti, además del traje, también deja el lecho en medio de la ruina, tinieblas y caos, despierta en un amanecer sin júbilo pero “navegable” (106), de sensata resignación, de victoria sobre los cielos ante los que no sucumbió su ego: “Por un alba navegable huía la aridez de los lechos” (106) reflexiona. El lecho es para Alberti símbolo de la muerte del cuerpo, bien lo explica en “Muerte y vigilia de Gustavo Adolfo Bécquer”:

Y ya se sabe que un lecho es una tumba que aún no ha abierto la boca para devorarnos y que si apoyamos el oído contra ella podemos escuchar como un rumor sordo y vacío, que es sin duda la voz con que los sepulcros reclaman nuestros cuerpos³⁸⁸.

Por eso el que dejen de ser áridos es prueba fehaciente de un cuerpo que gana la partida.

El poeta está conciente en este momento sobre su destino: no habrá Paraíso, ni redención, ni luz; el viaje sólo fue el preámbulo de una empresa que, para recorrerse completa, necesita consumir la vida entera. Con lo que ahora cuenta es con el crecimiento obtenido –que lo hay– por él se levanta del lecho para seguir su senda. Aún no es el héroe que renuncia al antropocentrismo, pero sí el que exhibe honestamente su “mal minuto”, sus “ruinas” y aún permite que los rumores develen datos autoinculpatórios sobre la catástrofe:

Se habla de la bencina,
de las catástrofes que causan los olvidos inexplicables
se murmura en el cielo de la traición de la rosa (106).

- La rosa infiel

¿Quién es esta rosa cuya traición se murmulla en el cielo? Bíblicamente la rosa simboliza el alma; en el *Cantar de los cantares* se expresa el idilio fiel que ésta, como esposa, vive con Dios, quién toma el papel del esposo:

Yo soy la rosa de Sarón,
y el lirio de los valles.

³⁸⁷ San Juan de la Cruz, *Poesía selección de prosa*, p. 126.

³⁸⁸ Rafael Alberti, *Prosas*, p. 57.

Como el lirio entre los espinos,
así es mi amiga entre las doncellas ³⁸⁹.

Por supuesto estamos enterados del modo en que el alma del poeta traicionó el camino de redención, pero no estábamos seguros de su alevosidad; sin embargo, al escuchar el rumor sobre el “contrabando de pólvora” (107) y el de “ese segundo” (107) en que la bala silenció la voz divina que habitó al poeta para, de ese modo, dejar hablar a su ego; no nos queda duda, todo ha sido premeditado, un autoboicot bajo el control del poeta:

Nunca pensasteis que vuestra sombra volvería a la sombra
cuando una bala de revólver hiriera mi silencio.
Pero al fin llegó ese segundo,
disfrazado de noche que espera un epitafio (107).

Descubrimos que sobre esto se nos habló desde “El mal minuto” porque “Ese minuto fue el de las balas perdidas” (88).

Ahora, después del asesinato, lo que llega a moverse en “los ángeles de las ruinas” es sólo la farsa producida por “La cal viva [que] es el fondo que mueve la proyección de los muertos” (108), sí, esa que anduvo blanqueando los sepulcros y que ahora usa como títeres a sus encalados.

- El cadáver de un ave.

Como olvidar al ave que habitó el templo ruinoso, esa parte profunda del alma estrangulada durante “El ángel falso” en una zanja; pues, para rematar el panorama de traiciones ignominiosas, las murmuraciones no respetan la presencia del cadáver alado y el poeta nos dice:

Yo comento con mi alma el contrabando de la pólvora,
a la izquierda del cadáver de un ruiñeñor amigo mío.
No os acerquéis (106).

Y no, no conviene acercarse, porque es tanto el hastío que se respira en este paraje que fácilmente la infiel alma (rosa) podría estallar:

Os he dicho que no os acerquéis.
Os he pedido un poco de distancia:
la mínima para comprender un sueño
y un hastío sin rumbo haga estallar las flores y las calderas (107).

³⁸⁹ *Biblia devocional de estudio*, Cantares 2:1-2.

9. Pasos a la quiebra

Esta es la sala de espera hecha de “ladrillos inservibles” (108) que ya no se apilan para ascender, ya no construyen torres, ahora muestran la escala del fracaso, son los pasos para destruir el camino de purificación.

A continuación con nuestras palas y picos, recogeremos, al lado del poeta, las pistas que dejan “Los ángeles muertos”, un conjunto de ínfimos seres inservibles cuyo significado incide en la ruina almática:

- Los “cauces interrumpidos por el silencio de las basuras” (108) muestran el camino de redención desviado por la incredulidad y las calcáreas mentiras.
- Los “charcos incapaces de guardar una nube” (108) hablan de hombres que no retienen el agua redentora, el Espíritu divino, porque son vasijas quebradas, aves estranguladas cuyos “ojos perdidos” (108) no revelan habitantes en el alma.
- “Una sortija rota” (108) expresa el compromiso de redención cancelado (más adelante la volveremos a encontrar cuando el poeta decide devolverla) un ciclo que olvida el cielo áureo, “un círculo en ruina” diría Alberti.
- Los “escombros” (108), las “torres” (108) hechas “ladrillos difuntos” (108) y “chimeneas que se derrumban” (108) cantan juntos el himno a la ruina de la construcción almática.
- Las “hojas tenaces que se estampan en los zapatos” (108) cuentan los episodios de vida encubiertos.
- Las “astillas vagabundas que se consumen sin fuego” (108) provienen de pedazos de madera que no configuran una cruz, vidas de días que vagan sin arder por el contacto divino.
- Los “muebles desvencijados” (109) apuntan a las propiedades, a los dones derruidos del alma.
- Los “nombres y signos que se enfrían en las paredes” (109) son palabras que alguna vez, en su templo, fueron entes cálidos, vivos y que ahora atestiguan la comunicación perdida.
- La “gota de cera que sepulta la palabra de un libro / o la firma de uno de esos rincones de cartas / que trae rodando el polvo” (110) rememoran otro tiempo

en que el poeta escuchó “¡Campanas!” (43) cuando “Una carta del cielo bajó un ángel” (43) en “El ángel bueno” y como diría santa Teresa: estuvo en gracia su alma ³⁹⁰; porque durante esos momentos surgieron breves instantes en que Alberti aceptó que “Dentro del pecho se abren corredores anchos, largos, que sorben todas las mares” (42), fueron episodios como los mencionados por la santa: brotes de “arroyicos [...] como de una fuente muy clara” ³⁹¹. Con esa experiencia toda su circunstancia se vivificó: hubo agua viva, luz, aire veloz, multitudes, cercanía, unión y hasta naufragios rescatados; pero ahora, como sabemos, gran parte del alma está encalada, cubierta bajo “la gota de cera que sepulta” y por ello no hay más comunicación que permita el ascenso, porque el polvo intimida a las palabras en un rincón.

- El “casco perdido de una botella” (109) muestra un cuerpo sin contenido, sin alma. Recordemos el análisis de “El ángel de las bodegas” en que el poeta representa su cuerpo como un barril y el contenido del mismo como su alma.
- La “suela extraviada en la nieve” (109) señala al cuerpo paralizado.

El fatídico recorrido termina cuando nos topamos con la “navaja” (109) cuyo dueño no encontró utilidad a la vida... ¿Qué es la vida cuando ni los seres ni su esencia funcionan?

10. Corrosión hasta el hundimiento

En este ocre amanecer del “alba más desgraciada”, se asoman los espíritus de fealdad como un nuevo producto del viaje. Ante el calor solar se expresan feroces, se materializan en los vapores fétidos del pantano para evidenciar el abismo que los separa del destino áureo; ellos, “gloria de estiércol”, enfrentan al sol. Se trata de “Los ángeles feos”:

Vosotros habéis sido,
vosotros que dormís en el vaho sin surte de los pantanos
para que el alba más desgraciada os reanime en una gloria de estiércol,
vosotros habéis sido la causa de este viaje (110).

¿Cómo aparece el sol (cuya expresión es el “alba”) en este panorama? santa Teresa dice que: “[...] el sol resplandeciente que está en el centro del alma no

³⁹⁰ Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 30.

³⁹¹ *Idem*, p. 31.

pierde su resplandor y hermosura, [que] siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura”³⁹²; lo advierte inmediatamente después de hablarnos del alma que, como consecuencia de sus culpas, se planta en “muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desenvoltura y suciedad”³⁹³; como vemos es un escenario imitado en “Los ángeles feos”.

Entendemos que de la desviación del viaje, del traslado a nuevas y contaminadas aguas (como lo vería santa Teresa) ha surgido un nuevo destino, indeseado, frustrante, pero que debe aceptarse porque paso a paso el poeta, a través de él, descubre todo aquello que a manera de espíritus ahora, como consecuencia de la desviación, lo habita: La falsedad, la ruina, la muerte y la fealdad. El aceptar este destino no le permite vivir, pero sí sobrevivir con una ración de honestidad que regala sobriedad al trayecto.

El pantano y otras manifestaciones acuíferas de “Los ángeles feos” no son más que la representación de seres, posiblemente demonios, que ahora habitan al poeta –espíritus hijos del engaño– por eso nos advierte que “[...] la bondad de las aguas es aparente” (110) ya que las suyas, en realidad, son corrosivas, de “amoníaco” (110).

Bíblicamente el agua es un símbolo del espíritu que habita al hombre. El “agua viva” como imagen, es el agua de la fuente, en contraposición a las aguas estancadas o quietas de cisternas o pantanos:

Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna³⁹⁴.

El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva³⁹⁵.

Vs.

E hízome sacar de un lago de miseria, del lodo cenagoso; y puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos³⁹⁶.

Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua³⁹⁷.

³⁹² Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 32.

³⁹³ *Idem*.

³⁹⁴ *Biblia devocional de estudio*, Juan 4:13-14.

³⁹⁵ *Ibidem*, Juan 7:38.

³⁹⁶ *Ibid.*, Salmo 40:2.

³⁹⁷ *Ibid.*, Jeremías 2:13.

El uso que hace el apóstol Juan de la metáfora “ríos de agua viva correrán de su seno” es a propósito del Espíritu Santo, que “habían de recibir los que creyeran” ³⁹⁸ en Cristo, puesto que él mismo funge como “morador” en el hombre creyente ³⁹⁹ y con ello lo santifica.

Pero el poeta absorbe otro tipo de espíritus porque una de sus conclusiones, derivadas del viaje, es que para no deshacerse de su Yo “será lo más seguro que un hombre se convierta en estopa” (111) y absorba todo aquello que lo desee habitar, menos al Espíritu de agua viva, aunque en ello vaya la vida de su espíritu.

En esta total aceptación de su fatídico destino el poeta llega a otro nivel y nos dice que si antes albergaba quejas sobre su humanidad, ahora hasta disfruta de ella y de su caducidad: “ha sido un falso testimonio decir que una sogá al cuello no es agradable” (111); así como de las mentiras de que está plagada: “[...] el excremento de la golondrina exalta al mes de mayo” (111). Con respecto a la cita anterior, cabe decir que el excremento de golondrina es, para Alberti, una de las manifestaciones de la cal (que ya hemos asociado a la mentira), lo cual se verifica en “Morada del alma que espera la paz” en *Sermones y moradas* cuando el poeta nos habla de “El rencor [que] se exaltaba en la cal excrementicia de los más viejos palomares” ⁴⁰⁰.

Es más, llega a asegurarnos: “Una rosa es más rosa habitada por las orugas / que sobre la nieve marchita de esta luna de quince años” (111). Su exaltación de los fermentos de muerte y su alabanza a los abortos del espíritu es un doloroso manifiesto contra la pureza, contra el ritual de los textos que transforman al alma hasta hacerla digna de derramarse sobre la pulcritud de una luna iniciática y que buscan, como nos explica Elémire Zolla, que los lectores tengan siempre presente “la espiral que va del pozo hasta la Rosa”: “[...] [Dante] Suponía que sus lectores tendrían presente en su mente, como un enorme y complejo proscenio, la espiral

³⁹⁸ *Ibid.*, Juan7:37-39.

³⁹⁹ *Ibid.*, Juan 14:17.

⁴⁰⁰ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, p.148.

que va del Pozo hasta la Rosa, a medida que se iba desarrollando en ella la *Comedia*⁴⁰¹.

Lo que el poeta no dejará de confesar “antes de que demos sepultura al viaje” (112) es que hubo crecimiento a pesar de la encalada: “mi alma sin saberlo se perfecciona” (111) nos dice. Porque aunque no logró cruzar la puerta hacia la redención divina (Cristo es la puerta de entrada al Paraíso⁴⁰²), sabe que:

Cuando una sombra se entrecoge las uñas en las bisagras de las puertas
o el pie helado de un ángel sufre el insomnio fijo de una piedra,
mi alma sin saberlo se perfecciona (111).

Ha subido buen número de escalones, casi ha cruzado el umbral y el dolor que provoca la frustración de tomar una puerta del lado incorrecto no evita el enriquecimiento proporcionado por el trayecto insomne.

La puerta se cierra. La divinidad podría arrebatarlo del hundimiento para redimirlo, hacerlo luz en lugar de una sombra atrapada entre las bisagras, pero no sucede y el maldice su fangosa alma anclada a tierra:

Al fin ya vamos a hundirnos.
Es hora de que me dierais la mano
y me arañarais la poca luz que coge un agujero al cerrarse
y me matarais esta mala palabra que voy a pinchar sobre las tierras que se derriten (111).

Cuando el poeta dice: “Es hora de que me dierais la mano” sabemos que la esperanza permaneció hasta el último instante, hasta su Apocalipsis. En *Sermones y moradas* surge una situación semejante y él, al igual que en “Los ángeles feos”, luce resignado cuando nos dice “Ya es así”, nada se ha de remediar, porque él está: “[...] lejos de los que apoyándose en voz baja sobre mis hombros quisieran retenerme como pedazo vacilante de tierra”⁴⁰³; se encuentra sin posibilidad de que una mano arañase su poca luz, quedó irredento “Allá abajo”⁴⁰⁴: “Perdido en esa luz que me trata lo mismo que a un muerto más entre las tumbas”⁴⁰⁵.

⁴⁰¹ Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 104.

⁴⁰² En *Biblia devocional de estudio*, Juan 10:9 encontramos que Cristo es la entrada al Paraíso: “Yo soy la puerta: el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos”.

⁴⁰³ Rafael Alberti, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, p.155.

⁴⁰⁴ *Idem*.

⁴⁰⁵ *Idem*.

El poeta acaba atrapado en esa “poca luz”, obscuridad con la que se diluye, a la que no pudo rescatar del agujero una mano divina para validarlo como ente viviente y evitarle la asolada estadía “junto al peligro de los nombres que se pulverizan” ⁴⁰⁶.

Johannes Pfeiffer habla de esas manos incomunicadas cuando se refiere a las creaciones poéticas que no nos dejan una impresión de redención porque su “proceso creador circular se ve interrumpido” ⁴⁰⁷, porque su “trasmutación” y “magia verbal”, después de plasmarse en un “tono [que] se va haciendo más fuerte hasta llegar a lo estridente” ⁴⁰⁸, acaban en un *diminuendo*:

Es como si un alma martirizada por el dolor extendiera la mano para lograr asir lo más elevado, y como si la mano resbalara de tal modo que en lugar de la fórmula mágica decisiva encontrara una fórmula de sustitución, verbosa y lánguida” ⁴⁰⁹.

Y ciertamente ese es el tono de “Los ángeles feos”, lánguido como el cieno en que se hunde; es el puerto de un canto que transitó por fuentes contestatarias y encalló en la renuncia. Posiblemente sea el tono de toda la aventura angélica, el de un recorrido con pretensión circular que no culmina.

11. Sobrevivir sin gloria

En “El ángel superviviente” el poeta confiesa “la nieve traía gotas de lacre, de plomo derretido” (112), por eso el proceso de perfeccionamiento no logra impulsarlo lejos de su Yo y fracasa ante la traición de las impuras gotas de lacre, símbolos de los pesados intereses que el poeta logró esconder bajo la cal, y traer hasta el final del viaje a manera de contrabando.

Bíblicamente la nieve sin corrupción –fin último del camino de perfeccionamiento– simboliza la roja transgresión purificada, por eso el salmista pregona: “Lávame y seré más blanco que la nieve” ⁴¹⁰ y si escuchamos a Isaías encontramos la misma idea: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” ⁴¹¹.

⁴⁰⁶ *Idem.*

⁴⁰⁷ Johannes Pfeiffer, *La poesía*, p. 84.

⁴⁰⁸ *Ibidem.*, p. 88.

⁴⁰⁹ *Idem.*

⁴¹⁰ *Biblia devocional de estudio*, Salmos 51:7.

⁴¹¹ *Ibidem*, Isaías 1:18.

El lacre se derrite, se hace gotas, para fingirse nieve; fingirse parte del proceso, urdir el contrabando y en el punto álgido del rito traicionar su cauce e impedir que culmine y expulse al Yo como consecuencia de su ascenso.

Es cierto, a la redención cristiana le sobra el ego, su meta es que en lugar de la personalidad humana lo que quede sea la personalidad de Cristo, puesto que “ser humano” es sinónimo de contener lacre, plomo. Pablo en su carta a los gálatas lo afirma: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” ⁴¹².

Para el cristianismo no hay justicia en lo humano, no hay pureza porque, como dirá el rey Salomón en Eclesiastés: “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga bien y nunca peque” ⁴¹³.

¿Qué otra impureza contenía este fallido proceso? Pues la disimulada inocencia del poeta, quien finalmente, ante su Yo amenazado, se declara asesino de la luz tan exigida al inicio del viaje y nos habla de sus: “disimulos de niña que ha dado muerte a un cisne” (112) de su “mano enguantada” (112) que provocó “la dispersión de la luz y el lento asesinato” (112).

El asesinato de la luz y del cisne fueron alevosos, puesto que se ejecutaron lentamente y con guantes aislantes que no atribuyo al temor a la evidencia sino al deseo de evitar el contacto con el preciosista y puro símbolo.

Finalmente el destructor se muestra satisfecho y sereno, sostiene el cetro lleno de poder, lo disfruta. Para reafirmarse y mantenerse le fue necesario renunciar al contacto total con lo divino; es por ello que “la derrota del cielo” (112) le trae al poeta “un amigo” (112), un acompañante: él mismo.

Sin embargo es posible que Alberti no desearan la muerte de la luz, o su dispersión, pero, si pretendía seguir ligado a su ego, a su impuro e imperfecto Yo, era necesario que renunciaran a esa luminosa búsqueda.

A todos nos habita, en palabras de Alberti, “El ángel avaro” y por ello codiciamos lo más difícil “el cielo” (77); ese lugar que para Gaston Bachelard es la

⁴¹² *Ibid.*, Gálatas 2:20.

⁴¹³ *Ibid.*, Eclesiastés 7:20.

“verdadera patria de la vida”⁴¹⁴ por lo que : “Todos los objetos sufren la tentación constante de abandonar la tierra para ir al cielo”⁴¹⁵ porque él: “Es la vida de lo que vive sin ningún esfuerzo, la ligereza de lo que no corre ningún peligro de caer, la sustancia que posee la unidad de color, la unidad de calidad”⁴¹⁶, porque en él se desarrolla: “El mundo de la transparencia [...] la dicha de ser claro de sentimientos”⁴¹⁷.

Entonces, siendo universal y poderoso el ímpetu de vuelo, la obsesión de cielo, ¿qué es ese “lacre” (112) que nos ata a la tierra? Sí, se trata del ego humano, él es el factor que impide la transparencia, la claridad de sentimientos a la que alude Bachelard.

Ese “lacre”, ese “plomo derretido” es impedimento de vuelo, es lo que nos mutila las alas; porque el ala hace la diferencia, pues según Gastón Bachelard: “El movimiento del vuelo da, en seguida, en una abstracción fulminante, una imagen dinámica perfecta, acabada, total”⁴¹⁸, de plenitud, redentora diría yo, y eso es lo que Alberti no logra obtener al terminar el viaje, pues su pájaro muere. Pero lo que sí logra tras el tortuoso camino, es vivir la transformación de ente rastrero a “bestia” cercana al último eslabón evolutivo: al de ente volador; no es gratuito que al final sobreviva un ángel, un organismo que, aunque herido, ha sido enderezado. Gastón explica así la transformación de la serpiente en ave:

En el reino de la imaginación, como en la paleontología, los pájaros salen de los reptiles; muchos vuelos de pájaro continúan el andar reptante de la serpiente. Los hombres en su vuelo onírico triunfan de su carne rastrera [...].

La serpiente crece soltando sus escamas. Con agudos dolores los silbidos comenzaron a trocarse en grito discordante; grandes trabajos, horribles ansias, múltiples formas de pez, pájaro, bestia, dieron a luz a una forma de niño, allá donde antes había un gusano. [...] Así las formas nacen de un protoplasma torturado. Son formas de dolores. [...] Lo enderezado sale de lo torcido. [...] La torsión es [...] la imagen inicial. Esta tensión es la que prepara el enderezamiento⁴¹⁹.

Y así fue, pues son innegables las torsiones del viaje, las que hicieron al poeta soltar sus escamas, piedras que lo construyeron y se desvanecieron hasta la

⁴¹⁴ Gastón Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 197.

⁴¹⁵ *Idem*.

⁴¹⁶ *Ibidem*, p. 208.

⁴¹⁷ *Idem*.

⁴¹⁸ Gaston Bachelard, *op. cit.*, p. 85.

⁴¹⁹ *Ibidem*, pp. 102, 103, 104.

ruina; no podemos negar que tras la tortura surgió un superviviente, un “ángel superviviente”.

Sobre los ángeles se despiden, dejan atrás los fallos y confesiones y se enfocan a finiquitar negocios. El alma se manifiesta como ave: “Por un ave, tres anillos de oro / fueron hallados y enterrados en la escarcha” (112) declara Alberti.

Bachelard dirá sobre el significado del pájaro:

Nuestra alma al escaparse de la envoltura carnal que la retiene en esta vida inferior, encarna en un cuerpo glorioso más ligero, más rápido que el del pájaro [...] El ala sólo ha dado nombre al símbolo, y el pájaro ha venido en último lugar para dar ser al símbolo⁴²⁰.

Pero... ¿El ave?, ¿Acaso no era ya un cadáver en “El ángel falso”? Es posible que este suceso fuese anterior, que provenga de los tiempos de “Nieve viva” y por ello surja el insistente: “Acordaos de aquel día, acordaos” (112), acordaos del tiempo en que el ave aún no sucumbía entre las ruinas.

Siguiendo al ave, ya antes observamos su correspondencia con el alma, pero dejamos para este momento la búsqueda de su significado bíblico, que ciertamente la ratifica en los salmos:

En Jehová he confiado; / ¿Cómo decís a mi alma, / que escape al monte cual ave?⁴²¹.

Nuestra alma escapó cual ave del lazo de los cazadores; / se rompió el lazo, y escapamos nosotros⁴²².

El ave-alma revolotea en el invernal ambiente⁴²³ tras su objetivo: el tesoro escondido por el níveo proceso purificador: los “tres anillos de oro”, que parecen en realidad nudo borromeo, expresión de la unidad de la deidad cristiana: Padre, Verbo y Espíritu. Anillos, que por cierto, son de “oro”, material asociado por Alberti con el “Espíritu creador cristiano” y “La fe con grandeza” como lo menciona en su *Arboleda perdida*⁴²⁴.



Nudos borromeos



Ave Albertiana

⁴²⁰ *Ibid.*, pp. 89, 90.

⁴²¹ *Biblia devocional de estudio*, Salmos 11:1

⁴²² *Ibidem*, Salmos 124:7. Referencias similares: Proverbios 7:23, 27:8, Lamentaciones 3:52.

⁴²³ Invierno es símbolo de ambiente de prueba y primavera de redención en Cantares 2:11-12.

⁴²⁴ Alberti, Rafael, *La arboleda perdida. Libro primero y segundo*, pp. 33-34.

La situación en que se desenvuelve el “ave” nos recuerda a la “paloma”, la albertiana, tan simétrica en su significado a la del arca de Noe ⁴²⁵ que surca una tormenta y finalmente es enviada a verificar la redención, la erradicación del cieno, la existencia de tierra noble, firme en que el olivo fructificase, en que surgiese el “oro”: una rama de olivo.

Volviendo al asunto de los anillos, diré que cuando el hombre contacta con la divinidad las manos de ésta lo circundan, pactan con él, son ciclos que en la fuerza de su trinidad lo comprometen, tal como lo proclama el *Cantar de los cantares*: “Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos” ⁴²⁶; o como lo cuenta la parábola del hijo pródigo, en la que el Padre (Dios) pacta nuevamente con él a través de un anillo: “Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano” ⁴²⁷.

Tristemente también hay casos bíblicos en que el don no es aceptado por miedo y preferentemente se le entierra, se le regresa intacto por temor al riesgo, tal es el caso de la parábola de los talentos ⁴²⁸:

[...] llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.

Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí ⁴²⁹.

Tras la parábola entendemos que del mismo modo en que el siervo poseedor de un sólo denario renunció a la empresa de reproducirlo y prefirió enterrarlo, el ave-alma de “El ángel superviviente” da testimonio de haber hallado el tesoro y renunciado a él, de haberlo regresado al proceso níveo y purificador, a la escarcha, sin permitir que circundara su dedo por temor a que lo asfixiara: “Por un ave, tres anillos de oro /fueron hallados y enterrados en la escarcha” (112).

¡Que la nieve guarde nuevamente sus tesoros! Es el deseo del alma, porque bíblicamente la purificación que pretende en el hombre es más terrible aún que la

⁴²⁵ *Biblia devocional de estudio*, Génesis 8:11.

⁴²⁶ *Ibidem*, Cantares 5:14.

⁴²⁷ *Ibid.*, Lucas 15:22.

⁴²⁸ El “talento,” más que una moneda, era el peso de un determinado número de dinero, unos 42 kilos; era equivalente a 6.000 denarios que a su vez era el sueldo diario de un operario.

⁴²⁹ *Biblia devocional de estudio*, Mateo 25:24-26.

purificante lepra de Job, llamada igualmente “nieve” en libros como Éxodo, Números y Reyes ⁴³⁰.

Sí, ni el santo Job, con su historia de dolor insufrible, vivió esta clase de frío proceso, es por eso que cuando Dios rompe su silencio es para enfrentar a Job con su ignorancia y hacerle saber que su batalla fue mínima frente a la que se debe emprender si se pretenden los tesoros de la nieve:

¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve,
o has visto los tesoros del granizo,
que tengo reservados para el tiempo de angustia,
para el día de la guerra y de la batalla? ⁴³¹.

Haré un paréntesis para analizar otro poema en que ya se mencionaban los tesoros de la nieve y la renuncia a los mismos, se trata de “Expedición”, en él comienzan las consecuencias del “Mal minuto” y aunque todavía no se sufre la encalada mayor de “Nieve viva”, sí enfrentamos el resbalón que desvía el viaje y disuade el ánimo de buscar tesoros: “Porque resbalaron hacia el frío los ángeles y las casas, / el ánade y el abeto durmieron nostálgicos aquella noche” (95). Es el desvío que disuade el ánimo de buscar el ascenso simbolizado por el abeto, por el árbol, figura en que Bachelard observa la promesa de vida aérea:

El árbol derecho es una fuerza evidente que lleva una vida terrestre al cielo azul [...] Sé como yo, le dice el árbol al soñador derrumbado, yérquete ⁴³².
El árbol ayuda al poeta a llevarse a la altura, a superar las cimas, a vivir una vida aérea ⁴³³.

“Expedición” provoca que el terreno de batalla sea abandonado, que sucumba rezagado hasta donde el humo de un tranvía es ya sólo un fingimiento sin brío ni movimiento, con lo que se descubre: “que el humo viajaba sin fuego” (95).

El nostálgico poeta “desde lejos, desde muy lejos” (95) trata de olvidar, por medio de la “niebla” (95) que difumina las imágenes, su dolor tras haber sepultado la gran empresa y sus tesoros (la redención del alma) bajo la nieve: “La guitarra en la nieve sepultaba a una rosa. / La herradura a una hoja seca.”(95).

Ahora, alienando su voz, nos informa sobre la ignorancia y confusión que prevalecen a causa de su trágico dictamen:

⁴³⁰ *Ibidem*, Números 12:10, Éxodo 4:6, 2 Reyes 5:27: “Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre. Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve”.

⁴³¹ *Ibid.*, Job 38:22- 23.

⁴³² Gaston Bachelard, *op. cit.*, pp. 252-253.

⁴³³ *Ibidem*, p. 258.

Se ignora el paradero de la Virgen y las ocas,
la guarida de la escarcha y la habitación de los vientos.
No se sabe si el sur emigró al norte o al oeste (95).

Todo su ser está perdido, el sur-cuerpo ⁴³⁴ posiblemente fue a dar al norte-alma, pero en realidad ni de ellos ni de la escarcha y los vientos se sabe nada con certeza.

Para rematar ofrece una recompensa al que experimente las bodas con la nieve, él pagará por que vengan a contarle: “10 000 dólares de oro a quien se case con la nieve” (95).

No, en conclusión, nadie se expondrá para alcanzar tal pureza, nadie puede hacer níveas sus vestiduras, no hay justo ni aún uno, todos están lazados por el lacre de sus vidas, ¿Quién está dispuesto a quedar en la nada, el vacío?

Elémire Zolla nos recuerda que ya San Juan de la Cruz enseñaba sobre esta necesidad de purgarnos para tocar la pureza:

[...] para alcanzar la pureza y la paz que nos están destinadas es preciso primero ser despojados y vaciados, y ciertamente son conturbadores el desnudamiento y purgación de las potencias.

Pero, incluso esta “noche oscura”, ¿Qué fin tiene sino la quietud “que excede los sentidos”? Y si para atravesarla se abandona la paz, es porque “no hay paz, aunque pueda parecer tal al alma”. Una satisfacción del yo efímera y falsa se puede hacer pasar por una aniquilación del yo: mejor barrerla rápido, antes de que fatalmente se venga a dar en la melancolía o en la desesperación. Por eso el místico cristiano se alimenta de visiones tremendas; con vistas a la quietud radical debe sacrificar la aparente. Fija ante los ojos tiene la imagen del máximo espanto [...] hasta vaciarse de toda reacción humana, para presentarse, ante la fuerza que lo trajo al mundo, como un cadáver. La imagen del cadáver, inaugurada para la tradición cristiana por Filón, permanece constante a lo largo de los siglos. Supone que se debe pasar por la agonía, es decir, que se debe destruir la quietud para obtener una quietud mayor. La quietud sigue siendo el fin y la corona de la mente, el ojo de ese huracán que el contemplativo mismo ha desencadenado para contemplar mejor ⁴³⁵.

El precio es excesivo, para Zolla es ¡La muerte misma! Por eso el poeta no renuncia al Yo; Pudimos presenciar la renuncia a ángeles...o demonios pero quedó “la última voz de un hombre [que] ensangrentó el viento”, que lo llenó de lacre para mostrar que prefería ser ángel a medias, alicortado e inoperable antes que efectuar una boda con la nieve:

La última voz de un hombre ensangrentó el viento.

⁴³⁴ He explicado el significado del sur- cuerpo y norte-alma por medio de dos poemas: “Los ángeles bélicos” y “Can de llamas” en el tercer apartado del primer capítulo.

⁴³⁵ Elémire Zolla, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, p. 128.

Todos los ángeles perdieron la vida,
Menos uno, herido, alicortado (112).

Bien decía el poeta en la primer verdad de sus *Sermones y moradas*: “No pudo aquel hombre sumergir sus fantasmas porque siempre hay cielos reacios a que las superficies inexploradas revelen su secreto” (115) sobre todo cuando nos negamos a pagar el precio, a darnos en sacrificio como lo explica Zolla:

En el principio del Génesis se halla contenida la idea del sacrificio: si el hombre desea alcanzar un estado divino, creativo, deberá sacrificar, es decir, recorrer de nuevo el camino cosmogónico a la inversa, devolver lo creado al Creador, destruirlo [destruirse]⁴³⁶.

Para Bachelard, en esta destrucción nada debe quedar, ni siquiera “Las palabras: fantasmas y sombras [que] son demasiado fuertes. Todavía se aferran demasiado a las realidades. Nos impiden ir hasta el extremo de la anulación del ser, hasta la oscuridad de nuestro ser que se disuelve en la noche”⁴³⁷, lo debemos hacer porque “Fundirse en el elemento fundamental es un suicidio humano necesario para quien quiere vivir un surgimiento en un nuevo cosmos. Olvidar la tierra, condenar nuestro ser terrestre [...]”⁴³⁸.

María Noel Lapoujade nos dice que aún la destrucción de la imaginación humana es necesaria:

Para la mística en general, la imaginación humana resulta un estorbo cuando se limita a forjar imágenes que anclan la vida humana en el cuerpo, los sentidos, lo exterior, lo contingente, la apariencia; esto es, la vanidad en cualquiera de sus formas.

En este sentido constituye uno de los obstáculos por vencer en el camino del abandono, del despojamiento inexorable de lo superfluo⁴³⁹.

Pero no es novedad que el hombre se niegue a olvidar la tierra y sus imaginaciones sobre ella, siempre ha deseado la purificación a bajo precio, como dice Elémire Zolla: “[...] no ha sido de un día para otro que el hombre desee renovarse, pero sea renuente a purificarse”⁴⁴⁰ puesto que:

[...] en cuanto se les advierte que, para alcanzar todo eso [quietud, paz, alegría sobria], hace falta una purificación [...] se rebelan gritando al Dios cruel, a los tiranos espirituales que exigen semejantes renunciaciones. Y, puesto que se avergonzarían de ser completamente sinceros, vedles envueltos en el inconfundible ropaje de la deshonestidad⁴⁴¹.

⁴³⁶ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 43.

⁴³⁷ Gaston Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 218.

⁴³⁸ *Ibidem*, p. 307.

⁴³⁹ María Noel Lapoujade, *Espacios imaginarios*, p. 107.

⁴⁴⁰ Elémire Zolla, *Qué es la tradición*, p. 235.

⁴⁴¹ *Ibidem*, p. 234.

Sin embargo el poeta exhibe su “deshonestidad”, ¿es sincero?, porque sabemos que no niega la naturaleza áurea de los anillos que se vio obligado a regresar. Bachelard ya lo advertía: “No hay subida eterna, no hay una elevación definitiva, la verticalidad nos descuartiza, pone a la vez en nosotros lo alto y lo bajo” ⁴⁴², por ello es factible que toquemos los anillos áureos, pero tal vez no sea posible que los mantengamos en nuestras manos.

Finalmente podemos decir que en Alberti verificamos esa sed religiosa, esa inquietud mística que lo obligó a enfrentar el inmenso mar de ángeles, medir su potencia, aceptar la derrota y entregar las alas. No creo que dejara de añorar la construcción del castillo o la batalla ganada, pero aprendió, como lo advierte el apóstol Lucas, que para una empresa de esta envergadura deben calcularse bien los gastos:

[Jesús decía:] el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. / Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? / No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.

¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? / Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide paz.

Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo ⁴⁴³.

El ambiente queda en paz, Alberti ha dicho –no puedo– y ha ondeado el paño blanco, la construcción cayó y en la guerra aunque “todos los ángeles perdieron la vida” (112) quedó “uno, herido, alicortado” (112)... ¿Honesto, hipócrita? Más bien superviviente a la manera en que Fernando Savater entiende el justo medio en el proceso “Del divino impaciente al discreto hipócrita” en *Sobre vivir* texto que expone las tres posiciones morales que se pueden tomar frente a la vida: la del sobreviviente...

¿Te diré el más oculto secreto, lo que jamás admitiré ante los muchos, lo que muy pocos oídos aguzados y despejados deben escuchar? Lo más yo de mi yo, aquello único e irrepetible que más quiero –déjame esto y repartid lo demás entre los perros– es lo que tú podrías ver de yo en mí ⁴⁴⁴.

La del hipócrita...

⁴⁴² Gaston Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 196.

⁴⁴³ *Biblia devocional de estudio*, Lucas 14:27-33.

⁴⁴⁴ Fernando Savater, *Sobre vivir*, p. 330.

Ponte la máscara y ven al baile. ¡Carnaval de Venecia, que duraba seis meses al año y se preparaba o añoraba durante otros seis! [...] [en que] con máscaras aprendían los niños lecciones hipócritas sobre la realidad aparentemente oculta, ocultamente aparente, del carnaval del mundo, y la máscara ocultaba la palidez del enfermo al médico que le auscultaba bajo su antifaz: la muerte bajo máscara de seda roja, danzaba junto al vértigo del Gran Canal [...]. El esqueleto emparedado, como verdad última del Carnaval ⁴⁴⁵.

Y la del divino impaciente...

El [divino] impaciente no sabe transmutarse [...] sin máscaras, sin velos, arde ante los ojos de los demás [...] Ríe, discurrea, se apodera de cosas a puñados, blasfema candorosamente, se coge la cabeza enfebrecida con las manos. Desgarra, destripa, muerde con desconsideración suicida el corazón tapado de las cosas. [...] se convierte él mismo en pura dinamita y enciende sin tardanza la mecha de la conflagración que debe fulminarle; artista, se ahoga en la producción desmesurada de lo febril y su ansia creadora le estrangula arrebatadamente antes de alcanzar la forma, porque es incapaz de someterse a la paciencia y el trabajo de la mediación ⁴⁴⁶.

La muerte es inminente, la divina impaciencia es aniquilante, la discreta hipocresía nos empareda y en medio de la balanza lo que se yergue es un ángel sin alas que tras haber madurado trabaja paciente para mediar, para sobrevivir... Y sin embargo, a pesar del esfuerzo, la tibieza no deja de ser un vomitivo que sólo se remedia al comprar oro refinado en fuego y vestiduras blancas, sólo se remedia al obtener el anillo de entre la nieve:

Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas ⁴⁴⁷.

⁴⁴⁵ *Idem.*

⁴⁴⁶ *Ibidem*, p. 331.

⁴⁴⁷ *Biblia devocional de estudio*, Apocalipsis 3:16, 18.

Conclusiones

En *Sobre los ángeles* Rafael Alberti urde un entramado angélico con el único objetivo de exponer la transición que lo maduró e hizo crecer bajo la conciencia de los límites humanos, que lo encaminó a la inminente afrenta en que encaró al peor de sus enemigos: Él mismo.

Abordé el tejido de la obra desde cinco estructuras, tres principales: la del lenguaje poético, la del pasado y la del descenso; y dos secundarias: una proveniente directamente del pasado, compuesta por el aparato ritual cristiano y otra, subproducto de esos rituales: la del misticismo cristiano; ambas ligadas a las otras estructuras principales.

Por medio de esta armazón definí los mecanismos que dan vida a *Sobre los ángeles*. Descubrimos que el poeta escarba y se desfonda con el objetivo de revivir su pasado y enfrentarlo, pero esencialmente su búsqueda se encamina a rescatar las creencias y vitalizarlas a un nivel que ni siquiera durante su pasado experimentó.

A través del análisis corroboramos que la historia sagrada y los dogmas cristianos estuvieron latentes esperando el tiempo en que se disparase la búsqueda de sus imágenes, su resurrección, no como recuerdos, sino como esquema de vida que lleva al hombre a transformarse en héroe mítico tras experimentar el ritual: Ese ciclo que cantan todos los evangelistas y profetas y que recorre desde el Génesis hasta el Apocalipsis: “el morir para renacer”, el rito en que todo creyente lee el mismo argumento: la crucifixión necesaria, absoluta, ineludible. Alberti sabe que estos son sus ciclos espirituales, sus ritos, el crisol a través del que descifra los significados, los mecanismos que rigen su pensamiento y las impresiones de su alma.

El valor del texto se centra en la transición que muestra de la moral cerrada, basada en la tradición inculcada al poeta, a la moral abierta profesada en una religión dinámica que regala verdadera experiencia de vida ⁴⁴⁸.

Ahora, durante nuestro recorrido hemos visto surgir elementos cristianos en:

1. La arquitectura y fisonomía del alma albertiana que se presenta positivamente como: Casa, torre, ciudades, templo, espiral, norte, ave o flor y negativamente como: Ruina, sepulcro, abismo, pozo, agua contaminada, ave estrangulada, flor infestada.
2. Los ángeles que identificamos como presencias cargadas con mayor o menor fuerza de la personalidad del poeta o de rasgos del mundo angélico cristiano, lo cual me llevó a clasificarlos básicamente en cuatro categorías: albertianos, buenos, dañinos y el cristiano.
 - Entre los ángeles buenos el más llamativo “El ángel bueno” aparece como premio a las pruebas superadas; su acción es progresivamente restauradora y corre de la vitalización a la regeneración del canal comunicativo.
 - Por su parte encontramos a los ángeles albertianos como evidencia de la reiterada aparición del poeta desdoblado en personalidades antagónicas que se combaten.
 - Sorprendentemente muchos de los ángeles dañinos ejecutan ordenes celestiales, con ello entendemos que a veces, paradójicamente, un ángel que pretende bendecirnos nos incinera en tanto que un demonio nos endulza el camino para maldecirnos; al mostrar esta contradicción el poeta trastoca el concepto de daño hasta convertirlo en una experiencia de vida enriquecedora, igual que en cualquier rito iniciático; por ello es plausible que Alberti no considere que a través del camino recorrido o por recorrer existan sucesos dañinos o benéficos, sino sólo un conjunto de experiencias que maduran al espíritu humano. Alberti demuestra que

⁴⁴⁸ La palabra griega *zōē* en el N.T. se usa para hablar de la *vida plena* que Dios da, los seres humanos nacen con una vida natural: gr. *psujē* (alma o personalidad) y gr. *bios* (lo necesario para mantener la vida física [la supervivencia]). Eugene Carpenter y Philip W. Comfort, *Glosario Holman de términos bíblicos*, p. 423.

los ángeles –malos o buenos– cumplen una función esencial en la vida: nos perfeccionan con su juego caótico y destructivo.

- Finalmente surge el enigmático “ángel muerto, vigía”, totalmente cristiano e identificable con la figura misma de Cristo.
3. El concepto de Paraíso que expone el poeta a lo largo del texto como un lugar ideal de comunión con la divinidad en que la mudez del mundo que le circunda se trueca en “Verbo” originario, en tiempo mítico y sonoro.
 4. La identificación de la mentira e hipocresía como transgresiones que impiden la culminación del rito iniciático pues penetran no sólo la carne sino las creencias mismas. La cal, yeso y demás derivados se presentan como símbolos del encubrimiento de hechos, de su negación, como promotores de la inmovilidad y muerte, pues impiden la labor purificadora. Son elementos paradigmáticos en la trama del texto, con ellos el poeta indica especialmente tres tipos de daño: encalar, envolver y destruir; acciones que provocan la desviación del viaje a un destino irredento.
 5. Las consecuencias de la hipocresía y la mentira: la renuncia al proceso purificador, la furia y venganza de los hechos negados, la decadencia expresada por el surgimiento de grietas en el alma, la ruina de la misma que invita presencias endebles, infieles y fatigadas (posiblemente demonios), y la estrangulación del espíritu.
 6. Los habitantes de un alma irredenta: La falsedad, la ruina, la muerte y la fealdad.
 7. La exigencia de la destrucción de todos nuestros fantasmas y sombras, de nuestras realidades e imaginaciones mientras deseemos la culminación de la experiencia mística.
 8. La lucha constante contra el ego que impide la creación de la personalidad de Cristo en el hombre y que provoca que los dones divinos sean desechados por temor a tener que entregarnos por completo; y el modo en que el hombre prefiere sobrevivir atado a su ego a vivir pleno sin su Yo.

Como verificamos, en *Sobre los ángeles* la redención se frustra, por lo que no se fragua como texto místico, pero a causa de la evidente sed espiritual, sí

expresa una religiosidad dirigida al dinamismo místico; se frustra porque el poeta no está dispuesto a sacrificar totalmente su yo y lo que trunca el proceso a través del cual entrega poco a poco elementos de su personalidad para sustituirlos por los del ideal cristiano es el encubrimiento de los mismos, lo cual hace inoperable la ascética función de desentrañamiento de su personalidad. El vómito sanador se ve tapiado por la cal, elemento que simboliza el engaño, hipocresía y mentira.

Con el interés de mantener el ego a salvo el poeta renuncia a la prueba y a sus dones para dirigirse a la ruina, que de cualquier forma implica ganancia, puesto que la maduración es innegable y el ángel superviviente lo atestigua.

La finalidad del viaje es mostrar la deshonestidad contra la que lucha todo ser humano; la ruina, fealdad y caos que a causa de la misma nos habita, pero también hace hincapié en lo devastadora y decepcionante que puede ser una empresa de esta índole cuando lo buscado excede la simple supervivencia y nuestra alma no está dispuesta a pagar el precio: A borrarse; por lo que valdrá la pena adecuar las expectativas y ser paciente, aguardar para emprender una batalla a la vez y obtener una victoria por día; hacer esperar a la *vida* mientras encontramos valor para enfrentarla, para vestirnos de lino fino, resplandeciente y puro, para desechar la levadura ⁴⁴⁹ y lazar nuestro cuerpo, mente y espíritu con la espiral de oro, con los tres anillos albertianos; para ser la novia apocalíptica, esa ciudad de oro ⁴⁵⁰:

Vino entonces a mí uno de los siete ángeles [...] y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.

Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima,

[...]

la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio ⁴⁵¹.

Porque el que se transforma en una ciudad áurea es “fundado en paz” ⁴⁵² y encuentra el Paraíso perdido en la comunión con Dios.

⁴⁴⁹ Recordemos la parábola en que un poco de levadura leudó toda la masa, al igual que el lacre albertiano degradó la nieve. *Biblia devocional de estudio*, Mateo 13:33.

⁴⁵⁰ Alberti se autonombra “la mejor de las ciudades” (25) en “El cuerpo deshabitado” y la mejor ciudad bíblicas es la apocalíptica “nueva Jerusalén”.

⁴⁵¹ *Biblia devocional de estudio*, Apocalipsis 21:9-11, 18.

⁴⁵² Significado de Jerusalén. Eugene Carpenter y Philip W. Comfort, *Glosario Holman de términos bíblicos*, p. 101.

Bibliografía

1. ALBERTI, Rafael, *Cal y canto*, Madrid, Alianza, 2002. 104 pp.
2. -----, *Con la luz primera*, Selec., ed. y pról. de María ASUNCIÓN MATEO. Madrid, EDAF, 2002. 680 pp.
3. -----, *La arboleda perdida libro primero y segundo*, Barcelona, Bruguera, 1980. 314 pp.
4. -----, *La arboleda perdida tercero y cuarto libros (1931-1987)*, Madrid, Alianza, 1998. 463 pp.
5. -----, *Prosas*, Madrid, Alianza, 1980. 184 pp.
6. -----, *Sobre los ángeles, Sermones y moradas, Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir*, Madrid, Alianza, 2002. 198 pp.
7. BACHELARD, Gastón, *El aire y los sueños*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002. 327 pp.
8. -----, *La poética de la ensoñación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004. 321 pp.
9. *Biblia devocional de estudio* (trad. Casiodoro de Reina, revisión de 1960), U.S.A., Liga bíblica, 1991. 1136 pp.
10. CANO BALLESTA, Juan, *La poesía española entre pureza y revolución (1920-1936)*, España, Siglo XXI, 1996. 259 pp.
11. CARPENTER, Eugene E. y COMFORT, Philip W., *Glosario Holman de términos bíblicos*, México, Livingstone Corporation, 2003. 439 pp.
12. COWPER POWLS, John, *El arte de olvidar lo insoportable*, México, Psicoanalítica de la Letra, 2000. 78 pp.
13. DEL RÍO, Ángel, *Historia de la literatura española*, New York, Holt Rinehart and Winston, 1963. 446 pp.
14. DICKASON, Fred, *Los ángeles escogidos y malignos*, México, Portavoz, 1995. 230 pp.
15. GONZÁLEZ, Federico. *La Rueda, Una Imagen Simbólica del Cosmos*, Barcelona, Symbolos, 1986. 320 pp.

16. HERNÁNDEZ GARCÍA, Gabriela, *La vitalidad recobrada. Un estudio del pensamiento ético de Bergson*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2001. 126 pp.
17. MARTÍNEZ SELVA, José María, *La psicología de la mentira*, México, Paidós, 2005. 203 pp.
18. NOEL LAPOUJADE, María, *Espacios imaginarios*, Coordinación de... México, UNAM, 1999. 376 pp.
19. PFEIFFER, Johanes, *La poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005
20. SALINAS DE MARICHAL, Solita, *El mundo poético de Rafael Alberti*, Madrid, Gredos, 1968. pp.
21. San Juan de la Cruz, *Poesía selección de prosa*, Selec. y ed. de Cristóbal CUEVAS. Barcelona, Área, 2002. 283 pp.
22. Santa Teresa de Jesús, *Castillo interior o las moradas*, México, Aguilar, 1976. 286 pp.
23. SAVATER, Fernando, *La infancia recuperada*, Madrid, Alianza, 2005. 257 pp.
24. -----, *Sobre vivir*, Barcelona, Ariel, 5ª ed., 2006. 334 pp.
25. TRESIDDER, Jack, *1001 Symbols*, San Francisco, Chronicle books, 2004. 373 pp.
26. XIRAU, Ramón, *Entre la poesía y el conocimiento antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004. 566 pp.
27. ZOLLA, Elémire, *Qué es la tradición*, Barcelona, Paidós, 2002. 314 pp.
28. -----, *Verdades secretas expuestas a la evidencia. Sincretismo y fantasía, contemplación y esoterismo*, Barcelona, Paidós, 2002. 206 pp.